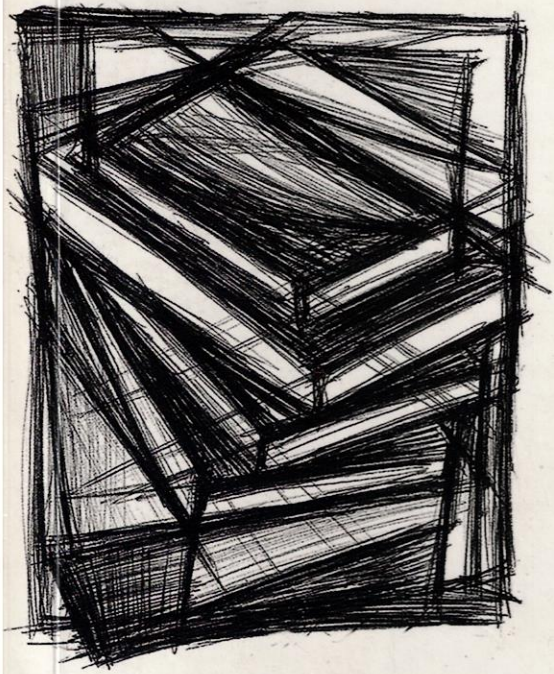
Mario Muñoz

Antología del cuento mexicano de la segunda mitad del siglo XX



Mario Muñoz
Selección y prólogo

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

BIBLIOTECA DEL UNIVERSITARIO

Antología del cuento mexicano de la segunda mitad del siglo XX

Biblioteca del Universitario

PQ7276
A573
2008
e). 2

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo
Rector

Ricardo Corzo Ramírez
Secretario Académico

Víctor Aguilar Pizarro
Secretario de Administración y Finanzas

Joaquín Díez-Canedo Flores
Director General Editorial

Sergio Pitol
Director de la Biblioteca del Universitario

Jorge Medina Viedas y Agustín del Moral Tejeda
Editores fundadores de la Biblioteca del Universitario

Biblioteca Central U.V

ANTOLOGÍA DEL CUENTO MEXICANO DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Mario Muñoz
(Compilación, selección y prólogo)

BIBLIOTECA DEL UNIVERSITARIO / NÚMERO 29

235854

Diseño: Lucía Gómez Benet y Carlos Torralba
Dibujo de portada: Humberto Espino D'Hombre, integrante del Taller de Grabado de la Facultad de Artes Plásticas de la UV
Captura y formación: Lucía Riveros
Cotejo: Isabel Gallardo Rivera y Lucía Riveros

Clasificación LC: PQ7276 A573 2008
Clasif. Dewey: M863.44
Título: Antología del cuento mexicano de la segunda mitad del siglo XX / Mario Muñoz, selección y prólogo.
Edición: 1a. ed.
Pie de imprenta: [Xalapa, Ver., México] : Universidad Veracruzana, 2008.
Descripción física: 260 p. ; 19 cm.
Serie: (Biblioteca del Universitario ; núm. 29)
ISBN: 978-607-7605-17-1
Materia: Cuentos mexicanos--Siglo XX.
Autor secundario: Muñoz, Mario, comp.
Autor corporativo: Universidad Veracruzana
DGBUV / BU29

Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz, México
Apartado postal 97, CP 91000
diredit@uv.mx
Tel/fax (228) 818 5980; 818 1388

Primera edición: enero del 2009

© Universidad Veracruzana (por esta edición)
© Sergio Pitol, por la presentación
© Mario Muñoz, por el prólogo

ISBN: 978-607-7605-17-1

Impreso en México
Printed in Mexico

Biblioteca del Universitario

Sergio Pitol

I

En México, la primera gran batalla por el libro y su defensa la sostuvieron los liberales del siglo XIX; fue ardua y constante. En especial se debe citar a Ignacio Manuel Altamirano y a Justo Sierra. Pero el apóstol del libro de más altos alcances que ha conocido nuestro país ha sido José Vasconcelos, quien en el siglo pasado, de 1921 a 1924, casi inmediatamente después de la Revolución mexicana, durante su cargo como Secretario de Educación en el periodo presidencial de Álvaro Obregón transformó todos los espacios culturales de la nación. José Vasconcelos era un hombre de ideas intensamente viscerales. Sin embargo, de ninguna manera le estorbaron para realizar el programa de cultura que delineó cuando fue designado Secretario de Educación. Un programa que, sin eufemismos, puede uno considerar como titánico. Por sólo ese periodo de prodigios podría su nombre pasar a la historia. La notable reforma educativa y el renacimiento cultural que emprendió estuvieron siempre, en su momento y aun durante muchos años después, cercados por la incomprensión, minados por

la suspicacia, la envidia y el recelo de los mediocres. Sin embargo, su energía se impuso. Para lograrlo, se rodeó de todos los escritores de talento del país, igual los comprometidos con sus ideales educativos que los empeñados en el culto de formas que él no admiraba, así como de músicos, pintores y arquitectos de todas las edades y tendencias, aun de aquellas que admitía no comprender, o que abiertamente no compartía. En ese sentido fue absolutamente ecuménico. Con él se iniciaron casi todos los escritores que conformaron nuestra vanguardia literaria, y se pintaron, ante el pasmo horrorizado de la gente de orden y razón, los primeros murales. Llamó a todos los artistas a colaborar con él y no los convirtió en burócratas. Y ya en sí eso es un milagro.

Se ha escrito ampliamente sobre la Cruzada educativa y cultural de Vasconcelos. Me conformo con citar unas líneas de Daniel Cosío Villegas, un intelectual a quien caracterizaba el escepticismo, y aun cierta frialdad hacia sus pares:

> Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne...

II

En una obra de Mijaíl Bajtín leí una aseveración en que pocos han reparado. Dice este excepcional teórico ruso que

el más grande don que el mundo nos ofrece al nacer es una lengua acuñada, desarrollada y perfeccionada por millares de generaciones anteriores. Hemos, los humanos, recibido la palabra como una herencia mágica. Uno sabe quién es solamente por la palabra. Y nuestra actitud ante el mundo se manifiesta también por la palabra. La palabra, tanto la oral como la escrita, es el conducto que nos comunica con los demás. Le permite salir a uno de sí mismo y participar en el convivio social.

Y el escritor español Pedro Salinas en uno de sus ensayos sobre lingüística declara: "El hombre hizo el lenguaje. Pero luego, el lenguaje con su monumental complejidad de símbolos, contribuyó a hacer al hombre; se le impone desde que nace". La filosofía, la historia, todas las disciplinas del saber, son productos del lenguaje. Pero hay una que establece con él una relación especial, y esa es la literatura; es, desde luego, hija del lenguaje, pero también es su mayor sostén; sin su existencia el lenguaje sería gris, plano, reiterativo. Es la literatura la que lo alimenta, lo transforma, lo castiga a veces, pero le otorga una luminosidad que sólo ella es capaz de crear.

La literatura, como toda rama de la cultura, no conoce límites; su territorio es inconmensurable, y a pesar de todos los esfuerzos que se haga no podrá conocer más que una porción minúscula de aquel inmenso espacio.

En la zona donde yo me muevo mejor, la novela, el lector tiene la posibilidad de viajar por el espacio y también por el tiempo y conocer al mundo y a sus moradores por su presencia física tanto como en su interioridad espiritual y psicológica. Leer es conocer a Troya a través de Homero, y el periodo napoleónico por Stendhal, el surgimiento triunfal del mundo burgués en la Francia de la primera mitad del siglo XIX, por Balzac, y todo ese mismo siglo en

España, cargado de múltiples peripecias por Pérez Galdós, las condiciones sociales de la Inglaterra victoriana por Dickens, la épica escocesa por Walter Scott y el sofocado mundo colonial británico por Joseph Conrad. Sabemos lo que sucedía en el México de Santa Anna por Inclán y en el de la Revolución a través de Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos y Mariano Azuela, y de esa manera, por la novela, podemos vislumbrar muchos, muchísimos fragmentos del mundo, los que queramos, no sólo las situaciones histórico-sociológicas en un país y una época determinados, sino además las modulaciones del lenguaje, y el acercamiento a las artes plásticas, a la arquitectura, a la música, a los usos y costumbres, al imaginario de ese espacio y ese tiempo que elegimos.

Leer es uno de los mayores placeres, uno de los grandes dones que nos ha permitido el mundo, no sólo como una distracción, sino también como una permanente construcción y rectificación de nosotros mismos. Reitero la invitación, casi la exhortación, de mantenerse en los libros, gozar del placer del texto, acumular enseñanzas, trazar una red combinatoria que dé unidad a sus emociones y conocimientos. En fin, el libro es un camino de salvación. Una sociedad que no lee es una sociedad sorda, ciega y muda.

III

Hace unos años, quince tal vez, en un simposio literario una persona pasó a la tribuna y declaró rebosando de felicidad que el libro era ya un objeto obsoleto, que tenía sus días contados, que la sociedad actual podría evitar las molestias de su frecuentación, puesto que la Internet le resolvería

cualquier necesidad de entretenimiento e información. La Internet, nos asestó en varias ocasiones, es el vehículo cultural del presente. Su aparición reviste la misma importancia que el descubrimiento de Gutenberg en su época. Las bibliotecas se transformarán en oficinas y viviendas. Los poetas no le son ya necesarios a nadie.

Por fortuna ese ignorante se equivocó. Las ferias del libro en México, en nuestro continente y en toda Europa han repuntado de una manera impresionante. Las librerías se multiplican en nuestro país. Sabemos que por largo tiempo el libro no decaerá, no por el uso de la Internet sino por lo contrario, ambos son susceptibles a potenciar los efectos de uno a los otros.

Parecería que el eco de Vasconcelos está volviendo a sus orígenes.

IV

La palabra *libro* está muy cercana a la palabra *libre*; sólo la letra final las distancia: la *o* de libro y la *e* de libre. No sé si ambos vocablos vienen del latín *liber* (libro), pero lo cierto es que se complementan perfectamente; el libro es uno de los instrumentos creados por el hombre para hacernos libres. Libres de la ignorancia y de la ignominia, libres también de los demonios, de los tiranos, de fiebres milenaristas y turbios legionarios, del oprobio, de la trivialidad, de la pequeñez. El libro afirma la libertad, muestra opciones y caminos distintos, establece la individualidad, al mismo tiempo fortalece a la sociedad, y exalta la imaginación. Ha habido libros malditos en toda la historia, libros que encarcelan la inteligencia, la congelan y manchan a la humanidad, pero ellos quedan vencidos por otros, los ge-

nerosos y celebratorios a la vida, como *El Quijote*, *La guerra y la paz*, de León Tolstoi, las novelas de Pérez Galdós, todo Dickens, todo Shakespeare, *La montaña mágica* de Thomas Mann, los poemas de Whitman, los ensayos de Alfonso Reyes y la poesía de Rubén Darío, López Velarde, Carlos Pellicer, Pablo Neruda, Octavio Paz, Antonio Machado, Luis Cernuda y tantísimos más que continúan derrotando a los demonios. Si el hombre no hubiese creado la escritura no habríamos salido de las cavernas. A través del libro conocemos todo lo que está en nuestro pasado. Es la fotografía y también la radiografía de los usos y costumbres de todas las distintas civilizaciones y sus movimientos. Por los libros hemos conocido el pensamiento sánscrito, chino, griego, árabe, el de todos los siglos y todas las naciones.

La Biblioteca del Universitario creada por la Universidad Veracruzana le abre al estudiante las puertas del conocimiento del mundo y también a sí mismo.

Prólogo

Mario Muñoz

I. El despuntar de la modernidad en México

El cuento, junto a la novela y la poesía, es uno de los géneros literarios que ha gozado de amplia aceptación en México. El prestigio que tiene en la actualidad entre críticos, académicos y público se debe a varios factores socioliterarios dignos de considerar si tratamos de encontrar explicaciones a la crecida nómina de cuentistas que está en activo, y al elevado porcentaje de narraciones cortas publicadas en años recientes en los medios impresos del país. Así, pues, cualquier comentario o balance acerca de las contribuciones del cuento a la literatura nacional, debe partir, por lo menos, de un apresurado y mínimo resumen de las circunstancias que contextualizan, en parte, su evolución. Ello permitirá establecer, con cierta propiedad, la vigencia y la constante transformación del género.

En el desarrollo de las modalidades literarias intervienen elementos e influencias de diversa intensidad, que incluyen desde la tradición cultural en la que se ha formado el escritor hasta las exigencias editoriales, dictaminadas a menudo no tanto por criterios de calidad artística sino por

el gusto o interés de los lectores, como sucede actualmente con los temas de la violencia, la migración, el sexo y las drogas. En la segunda mitad del siglo XX el cuento mexicano fue afianzando su lugar gracias a las innovaciones de estilo, a la renovación de contenidos y a los múltiples enfoques sobre la realidad del país que pusieron en práctica —en los textos cortos que publicaron en la década del cincuenta— autores como Juan José Arreola, Juan Rulfo, Edmundo Valadés, Augusto Monterroso, y otros muy jóvenes que recién entonces empezaban a ingresar en las letras con discretos volúmenes de relatos que potenciarían el descubrimiento de nuevos lenguajes narrativos. Me refiero a Sergio Galindo, Carlos Fuentes, Sergio Pitol y José Emilio Pacheco, por citar algunos nombres incluidos en esta antología y pertenecientes a un notable conjunto de creadores —los nacidos entre 1926 y 1939— que habrían de erigirse en verdaderos líderes generacionales en el curso de los años sesenta.

En esa década la cultura sufrió cambios profundos e irreversibles provocados por situaciones internas y externas. El espíritu de renovación y cambio que cimbraba el ámbito internacional a través de las vanguardias artísticas, la contracultura, las revueltas juveniles y las consignas de la izquierda, repercutió con fuerza inusitada en varios sectores de la sociedad mexicana que empezaban a distanciarse de la mentalidad conservadora, impuesta por la Iglesia, y de los símbolos patrios manipulados por el sistema político imperante. El orden interno, tan celosamente resguardado por los gobiernos posrevolucionarios, comenzó a resentirse ante la avanzada, lenta pero eficaz, de grupos de artistas y literatos con actitudes, comportamientos y posiciones ideológicas contrarias a las establecidas. De este rechazo surgió en las artes plásticas una animadversión hacia la estética populista, y entre los escritores una imperiosa necesidad

por crear un lenguaje innovador, descontaminado del falso realismo y de la prosa cargada de lugares comunes y mensajes ideológicos explícitos que habían predominado desde la Revolución, con el denominado nacionalismo cultural que tanto influyó en el lenguaje de la vida política, en la fraseología cotidiana y en los discursos artísticos.

Los sesenta fueron años de disidencia e invención; una alimentaba a la otra en continuo enfrentamiento contra los valores dominantes. De esta rebeldía surgió la actitud iconoclasta de las nuevas corrientes pictóricas hacia el muralismo representado por Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros; el repudio de los jóvenes cineastas por los melodramas y las películas de corte campirano que formaron el gusto de la clase media; el rechazo de los cuentistas y novelistas al mundo cerrado del regionalismo y a los presupuestos filosóficos sobre la identidad del mexicano, convencidos de que el cosmopolitismo era la vía de acceso a la libertad de la imaginación sin por ello renegar de las propias raíces. Esta desmitificación, que compartieron artistas, escritores, dramaturgos, periodistas e intelectuales de avanzada, estimuló importantes proyectos editoriales que transformarían a la narrativa mexicana, que pasó de los conflictos sociales a las situaciones particulares, del ambiente de provincia a las enrarecidas atmósferas de la metrópoli, del estrecho localismo del terruño a la universalidad. México y el mundo constituían así un solo territorio sin fronteras. Los rasgos propios de "lo mexicano", lejos de marcar una diferencia abismal con "lo otro", eran parte de una cultura compartida por todos los hombres. No seríamos más una excepción sino una rama del mismo árbol de la civilización occidental.

Desde luego, en el campo de la literatura este salto cualitativo no fue espontáneo o improvisado, pues ya existían

algunas obras precursoras animadas por el mismo impulso renovador, como los volúmenes de cuentos *Confabulario* (1952) de Juan José Arreola, *El llano en llamas* (1953) de Juan Rulfo, *Los días enmascarados* (1954) de Carlos Fuentes, y *La muerte tiene permiso* (1955) de Edmundo Valadés. Además de las conocidas novelas *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez, *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, y *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes. Lo sobresaliente es que hasta los sesenta la necesidad de transformación se volvió imperiosa y orgánica al ser compartida por narradores de diferentes generaciones, sin que mediaran programas o manifiestos de grupo a la manera de las vanguardias europeas y latinoamericanas precedentes.

Este clima de controversia y singularidad favoreció el auge de canales destinados a difundir la literatura y propició la fundación de publicaciones y casas editoriales dispuestas a dar oportunidad a los jóvenes talentos. Conviene citar algunos de los órganos de difusión de mayor incidencia en la época por la dimensión que alcanzó en ellos el cuento, y porque expresaron con nitidez el ascenso de la modernidad en el país a través de las colaboraciones de escritores, poetas y pensadores de edades y proveniencias diversas que coincidieron en el mismo marco temporal —los sesenta— y en el mismo espacio urbano —la ciudad de México. La *Revista Mexicana de Literatura,* los suplementos *México en la Cultura* y *La Cultura en México, S.NOB,* los *Cuadernos del Viento,* la *Revista de Bellas Artes,* la *Revista de la Universidad de México, La Palabra y el Hombre* y *El Cuento* —mensual dirigido por Edmundo Valadés con el cual dio el impulso definitivo al género—, constituyeron la punta de lanza de otra sensibilidad y de otras ideas que estaban fraguándose dentro de una sociedad apegada a los esquemas de pensamiento y a rígidos principios morales.

Paralelamente a estas publicaciones, aparecieron casas editoriales con visión futurista que apostaron al porvenir confiando en la calidad de los autores jóvenes, como Siglo XXI, Joaquín Mortiz, Era y la Editorial de la Universidad Veracruzana, cuya colección Ficción goza hasta la fecha de un sólido prestigio dentro y fuera de nuestras fronteras.

No hay duda de que estos antecedentes sentaron las bases para ampliar el circuito de la literatura, y del cuento en particular, en las tres décadas siguientes: de los años setenta a los noventa. En este lapso aumentan las antologías consagradas al género, las revistas y los suplementos culturales, comienzan a proliferar los talleres literarios, y se instituyen, con apoyo oficial, becas y premios nacionales, estatales y locales para estimular tanto a los jóvenes inclinados a las letras como a los profesionales. Todas estas actividades y reconocimientos han consolidado la trayectoria del cuento en la medida en que siempre ocupa un lugar destacado entre los llamados géneros mayores.

Sin estos mínimos precedentes, que en parte corresponden a la sociología del gusto y la literatura, sería hasta cierto punto inexplicable el hecho de que en el transcurso de poco más de cuarenta años, la publicación de libros de cuentos haya logrado cifras sorprendentes, según las estadísticas del investigador Russell M. Cluff —registradas en su libro *Panorama crítico-bibliográfico del cuento mexicano (1950-1993)*—, y de que empezara a despertar interés la producción de los precursores del cuento moderno —situados en la primera mitad del siglo xx—, como Alfonso Reyes, Julio Torri, Efrén Hernández, José Revueltas, Francisco Tario y José Martínez Sotomayor. La validez de sus textos cortos radica en que anticipan los derroteros que posteriormente el cuento continuará expandiendo. No obstante que producen en pleno apogeo del realismo

crítico y bajo la presión de la temática social, consiguieron innovar la forma y la estructura del cuento, concibiéndolo en calidad de objeto artístico autónomo y autosuficiente. De sus aportaciones son deudores escritores del nivel de Carlos Fuentes y Sergio Pitol, ambos galardonados con el Premio Cervantes, quienes reconocen la influencia considerable que tuvo el célebre cuento de Alfonso Reyes: "La cena" —publicado en 1912—, en sus respectivas escrituras. También la generación actual juzga la obra de esos fundadores como una continua corriente de estímulos que ha dado origen a las numerosas variantes que asume en México el cuento contemporáneo.

II. Las peripecias del cuento en México

Los orígenes del cuento en México son humildes y secretos. Nace como narración incluida en otros especímenes literarios o justificada por ellos. Durante la Conquista y la Colonia lo encontramos formando parte de crónicas, leyendas o sucesos milagrosos sin asumir las características del cuento en sentido propio. Estamos lejos del móvil artístico que hoy lo promueve en tanto género literario con rasgos específicos. Por el contrario, las prosas de aquellos tiempos estaban despojadas de cualquier intención lúdica o formal. La finalidad que las animaba era adoctrinar, enseñar o demostrar determinadas ideas preconcebidas por quienes usaban estos textos para mostrar ejemplos o principios edificantes a seguir. Distantes de gozar de relativa suficiencia, aparecían bajo la sombra de obras mayores de distinta especie que no pertenecían en sentido estricto al campo de la ficción. Tengamos pendiente que hasta la aparición de la primera novela publicada en México en

1816, *El Periquillo Sarniento,* de José Joaquín Fernández de Lizardi —El Pensador Mexicano—, la literatura de imaginación estuvo aherrojada por la férrea censura de la monarquía y de la Iglesia, que tachaban de nocivas y disolutas las obras que no cumplían con el exclusivo propósito de enseñar la religión católica y de mantener la obediencia a los ordenamientos de la corte, prohibiendo cualquier manifestación ajena a estos designios. La palabra escrita tenía como misión difundir y hacer cumplir los dogmas sagrados y las leyes seculares. Nadie podía esquivar esta imposición so pena de terminar en galera a manos de la justicia laica o sometido a las arbitrarias decisiones de los tenebrosos tribunales de la Inquisición.

Cuando México logra su independencia del dominio español, también consigue la anhelada libertad de expresión, con limitaciones, claro está, pero con cierta elasticidad para que las ideas circularan a la luz del día, sin cuidarse demasiado de los mecanismos represores. En esta tarea la prensa cumplió en el siglo XIX un papel fundamental como medio de divulgación y de formación ideológica gracias a la penetración que tuvo en los diferentes sectores de la sociedad. De igual modo, fue el espacio idóneo para los escritores, que hicieron del periodismo una profesión de fe que les permitía ejercer su trabajo literario en conformidad con sus preferencias políticas. En los periódicos y revistas de la época se preparan las condiciones y se afinan los requisitos para consolidar en adelante el acervo literario de la nación. Es el caso bastante conocido de Ignacio M. Altamirano, que en 1869 funda *El Renacimiento,* revista de enorme importancia que tuvo el privilegio de convocar a los escritores liberales y conservadores para compartir el objetivo de crear una auténtica literatura nacional, cuyos fundamentos generales eran incorporar los personajes mexi-

canos, las costumbres regionales, el lenguaje vernáculo y el paisaje de las distintas zonas del país al cuento, la novela y la poesía. Animados por este noble propósito, presumían erradicar la fuerte influencia de los autores europeos que servían de modelo de referencia para valorar lo propio. Concluidos los conflictos armados que diezmaron el país, correspondía a los escritores el turno de construir el sólido edificio de la cultura nacional.

En el marco de este contexto, el cuento fue configurando su perfil a través de las corrientes literarias surgidas en el transcurso del siglo XIX. A paso lento pero seguro los cuentistas hicieron acopio de los elementos que lo constituirían y legitimarían como género literario, logrando separarlo de revestimientos extraños como la leyenda, el cuadro de costumbres y la crónica. Las revistas y los diarios acogían la creatividad de los narradores, que encontraron en el creciente interés de los lectores por el relato breve una compensación a los magros salarios que percibían por sus colaboraciones.

De acuerdo con estos antecedentes, los orígenes del cuento mexicano pueden fijarse, con relativa precisión, en la centuria decimonónica, y de manera un tanto particular, en el Romanticismo. Empero, los renovadores, aquellos que tuvieron conciencia de las estrategias y los procedimientos particulares que intervienen en la composición artística del cuento —es decir, brevedad, tensión, precisión enunciativa y predominio de un solo hecho narrado—, pertenecen a generaciones posteriores cuya escritura coincide con el periodo realista y modernista.

De la abultada nómina de cuentistas decimonónicos registrados en las historias de la literatura, los de mayor realce en atención a la permanencia de su obra son: José María Roa Bárcena, Ángel de Campo, Vicente Riva Palacio,

Manuel Gutiérrez Nájera y Rafael Delgado. De la suma de relatos producidos por estos autores, dos series destacan por la unidad de la composición y la calidad estética de los textos que reúnen: *Noche al raso* (1865) de Roa Bárcena, y *Los cuentos del general* (1896) de Riva Palacio. Los dos volúmenes son una muestra palpable de la maestría que ambos alcanzaron en el dominio del cuento en virtud de su pericia para referir anécdotas sugerentes y bien construidas, sin despeñarse en los farragosos comentarios morales o en los mensajes políticos expresos de que estaba recargada la literatura mexicana del diecinueve. Con los títulos mencionados, el cuento conquistó la libertad que le permitiría gozar en lo sucesivo de su estatuto de género, desligado de cualquier otra modalidad literaria.

La firmeza que alcanzó el cuento en las últimas décadas del siglo XIX, la confirmarán con creces, en el despuntar de la siguiente centuria, algunos de los ilustres escritores integrantes del Ateneo de la Juventud. Una empresa cultural de extraordinaria repercusión en el desarrollo intelectual del país, puesta en activo en 1909 por varios jóvenes talentosos que desde esa tribuna, y mediante ciclos de conferencias, círculos de lectura y discusión orientados a temas filosóficos, literarios e históricos, se propusieron cambiar los valores de la filosofía positivista en los que descansaba la ideología del porfiriato, por una cultura cosmopolita que estuviese a tono con el espíritu de la modernidad que distinguía a los países avanzados. De acuerdo con este proyecto que cumplieron a cabalidad, la orientación que siguieron los ateneístas fue la de modelar una renovada identidad nacional en la que se conjuntara nuestra tradición secular con el legado cultural de Occidente, del que México es una de sus variantes. Por la dimensión que alcanzó la propuesta en las generaciones posteriores, el proyecto de estos hu-

manistas constituye la vanguardia del pensamiento crítico previo al estallido de la Revolución, y el antecedente de la ambiciosa tarea educativa emprendida por José Vasconcelos en la década de los veinte.

Ahora bien, continuando en líneas generales la evolución del cuento en la literatura nacional, del nutrido grupo de escritores y pensadores del Ateneo, en el que figuraban Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Isidro Fabela, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Julio Torri, además de otros nombres reconocidos, destacan en la narración corta los dos últimos. Al respecto, don Alfonso Reyes es precursor del cuento-ensayo, una composición mixta que Jorge Luis Borges llevaría a un grado supremo de realización en varios de sus cuentos reunidos en la edición de *Ficciones* de 1944. Es por demás elocuente que en repetidas ocasiones confesó la influencia que tuvo el polígrafo mexicano en el cambio de dirección de su estilo. Borges advirtió en los cuentos de Reyes, antes de que lo percibieran los críticos de casa, la singular fusión de géneros y estilos sólo en apariencia distantes. En síntesis, varios de ellos amalgaman la invención, el comentario científico y la referencia bibliográfica en la trama que va construyendo el relato. De esta manera don Alfonso cancelaba los cánones realistas para dar paso a una narración imbuida de múltiples sentidos; es decir, polivalente.

Las innovaciones en la forma y en la estructura las captamos en las variadas vertientes literarias que cultivó don Alfonso, como la minificción y el relato fantástico. A este último debemos tres piezas originales en las cuales el cuento mexicano contemporáneo funda su linaje. Me refiero a "La cena", "De cómo Chamisso dialogó con un aparador holandés" y "La mano del comandante Aranda". Su repercusión ha sido tan grande para el desenvolvimiento

posterior del cuento, que hubiera sido suficiente la publicación de estos tres títulos para que el maestro pasara a ocupar el lugar privilegiado que hoy detenta en nuestras letras.

Reyes y Torri inauguraron en los albores del siglo xx dos tendencias que serán patrimonio de la modernidad literaria en México: el primero con el cuento de corte experimental que vulneró las estrechas fronteras de los géneros. Mientras el segundo es el impulsor del minirrelato que entrará en auge con los dos destacados representantes de la ultrabrevedad: Arreola y Monterroso. El cuento mexicano actual es deudor de los dos escritores del Ateneo, que tuvieron la suficiente capacidad de invención y el dominio preciso del lenguaje para abrir camino a los cuentistas que gestarían nuevas propuestas a partir de los años cincuenta, convirtiéndose así en verdaderos precursores. Por ello sus creaciones siguen vigentes.

III. El cuento, género soberano

El cuento alcanza su madurez desde los inicios de la segunda mitad del siglo xx con varios volúmenes de relatos a la fecha emblemáticos de los comienzos de la modernidad en México, y, particularmente, de los cambios radicales que empezaban a darse en la literatura. En el primer apartado de este prólogo he citado algunos títulos que vale la pena volver a mencionar por la trascendencia de sus autores y por el interés que tienen para los propósitos de difusión de esta antología. Hago hincapié en *Confabulario* (1952) de Arreola, *El llano en llamas* (1953) de Rulfo, *Los días enmascarados* (1954) de Fuentes, y *La muerte tiene permiso* (1955) de Edmundo Valadés. A lo que agregaría *La máquina vacía* (1951) de Sergio Galindo, *Tapioca inn.*

Mansión para fantasmas (1952) de Francisco Tario, y *Obras completas (y otros cuentos)* (1959) de Augusto Monterroso. Lista que no disminuye la importancia de colecciones de relatos menos conocidas, que incrementarán la lista de lecturas imprescindibles para quienes deseen profundizar en el conocimiento del género.

Los libros mencionados entran en la denominación de *clásicos* por múltiples razones, entre las que debemos destacar la amplitud de registros temáticos, la configuración de personajes de variada estirpe, el descubrimiento de novedosas técnicas narrativas, la superación del realismo de pretensiones miméticas, la invención de un lenguaje capaz de omitir los límites entre objetividad y subjetividad, la constelación de símbolos y mitos integrados en la trama, y el entronque de la cultura nacional con el cosmopolitismo. Algunos de los cuentos recopilados en esta antología pertenecen a los volúmenes aludidos, en los cuales el lector podrá apreciar las cualidades señaladas.

En lo sucesivo, el cuento demostrará con creces que su construcción es la prueba fehaciente de una conciencia cada vez más exigente del oficio de escribir, lo que permite una amplia gama de propuestas de acuerdo con las preferencias estéticas de cada cuentista. La continua búsqueda de originalidad hizo que las rígidas nomenclaturas que venían aplicándose para clasificar las tipologías del género en realistas, indigenistas o costumbristas, dejaran de tener operatividad cuando se pretendía aplicarlas a productos que respondían a necesidades y expectativas diferentes. En los nuevos modelos la anécdota ya no es el único factor preponderante del relato; ahora el lenguaje, las estrategias narrativas y la estructura constituyen el andamiaje de la composición. En Rulfo, por ejemplo, existe el ámbito rural, es cierto, pero éste alcanza una dimensión universal

por la proyección simbólica de los personajes y por las innovaciones técnicas ejercitadas en la elaboración de los cuentos de *El llano en llamas*. Respecto al arte de Arreola, su poética consiste en recuperar los géneros menores que le brinda el acervo literario, además de utilizar los subgéneros en voga como la entrevista y el anuncio publicitario, para reinventarlos en las múltiples variantes que asume la cuentística que cultivó.

En otra orientación, Edmundo Valadés presta una atención especial a las acciones y a los objetos en apariencia triviales o nimios con el propósito de promover cuentos de intensa emotividad como el titulado "Asunto de dedos", incluido en esta antología. Mientras que Carlos Fuentes acude con frecuencia al relato fantástico de estirpe canónica para dar una interpretación original de episodios claves de la historia de México, según puede apreciarse en tres de las seis composiciones reunidas en *Los días enmascarados*. Por mencionar un ejemplo, "Por boca de los dioses" conjunta lo fantástico y lo alegórico para mostrar la equívoca contemporaneidad de la megápolis, cuya relumbrante superficie sólo disimula el irrevocable sustrato prehispánico que continúa rigiéndonos. En el extremo opuesto, Sergio Galindo mantendrá su proyecto de dar patente literaria a la clase media en la configuración de una galería de personajes notables que alcanzan la verosimilitud literaria mediante el procedimiento del realismo psicológico, técnica utilizada en "El cielo sabe", relato sin par del proceso de maduración de una adolescente.

Y en otra dirección, Augusto Monterroso trata en tono humorístico el tópico del colonialismo norteamericano que tanto han trajinado los escritores hispanoamericanos, en la anécdota de "Mister Taylor", narración de fuerte sesgo satírico cuyo sentido crítico lo desprendemos del macabro comercio que hace el siniestro personaje con las cabezas de

los indígenas que exporta a los coleccionistas neoyorkinos. Desde luego, la actitud lúdica de Monterroso tendrá continuadores. Es sintomático que los aspectos chuscos empiecen a ingresar en nuestra literatura —condicionada por la seriedad y la tragedia— cuando el país intenta romper con las férreas ataduras del nacionalismo. La culminación de esta veta humorística llegará con la siguiente promoción de autores en los que es relevante la presencia de Jorge Ibargüengoitia y los denominados jóvenes de la Onda. Ellos harán de la modernidad mofa, parodia, juego, escarnio y caricatura.

En los "fabulosos sesentas" el magisterio de Rulfo, Arreola y Fuentes se mantendrá firme pese a las encontradas posiciones artísticas que asumirán los escritores emergentes frente al discurso literario. Según lo he comentado en el primer apartado, es una época de intensa efervescencia política y cultural en el panorama internacional que incidirá en la transformación de los códigos narrativos y en el descubrimiento de otras temáticas, hasta entonces inéditas en la literatura mexicana debido a las restricciones morales y al predominio de los asuntos campiranos que abastecían de argumentos a los cuentos y novelas de los escritores realistas. Situados en otra atalaya, no hay que perder de vista que el complejo mecanismo social de la urbe metropolitana empezó a ejercer una influencia decisiva en la concepción de la realidad de quienes comienzan a incorporar a sus historias los conflictos individuales, los mitos y sueños de la clase media, las variantes de la sexualidad, y el ritmo acelerado de la vida citadina.

Esta compleja urdimbre de experiencias personales, problemas de convivencia humana y sugestiones provenientes de la literatura, la música de rock, la moda y el cine de Norteamérica y Europa, adquiere sentido y significado en dos grupos de autores, que con propuestas distintas

pero en el fondo complementarias, señorean el panorama cultural y literario de la década de los sesenta en calidad de adalides de la sensibilidad moderna en México. Son los que por derecho propio pertenecen a la generación de la *Revista Mexicana de Literatura* y a la Onda, con las figuras emblemáticas de Juan García Ponce y José Agustín a la cabeza de ambos sectores.

Los cuentos de Sergio Pitol, Inés Arredondo, Juan Vicente Melo, Salvador Elizondo, Amparo Dávila y José Emilio Pacheco, amén de los de García Ponce y José Agustín, de los cuales ofrecemos una muestra en la antología, son una elocuente demostración de las notables cualidades artísticas imperantes en el género corto. La sucesión de hechos que constituía el soporte del cuento tradicional, ha dejado de ser el sustento principal de la historia para poner el énfasis en las modulaciones del lenguaje y en los recursos técnicos que vehiculan los acontecimientos narrados, consiguiendo así el equilibrio entre ambos términos: el contenido y la forma.

El cambio observado en los componentes del relato actual responde a una concepción opuesta a la que pretendía identificar la literatura con la vida real. A contracorriente de esta opinión reduccionista, los cuentistas de avanzada entienden que la verosimilitud literaria es consecuencia de la armónica disposición de los elementos que conforman el universo de la narración, sin pretender justificar la ficción por los lazos que ésta pueda o no tener con el mundo circundante. Al redefinirse desde la estructura de la composición la idea de lo que es la escritura creativa, la literatura dejó de funcionar como medio subsidiario de necesidades extraliterarias para convertirse en un fin, concretizado en el objeto artístico —en este caso el cuento— que funda su existencia soberana en los procedimientos estéticos que lo han hecho posible.

Los autores pertenecientes a la generación de la *Revista Mexicana de Literatura* —así denominados por la publicación que los aglutinó con este nombre—, y algunos otros afines a ellos por la impronta cosmopolita que le imprimieron a los textos —como Sergio Pitol, que en su prolongada estadía en varios países escribió un conjunto de narraciones ambientadas en lugares distantes del entorno mexicano—, percibieron zonas insospechadas de la realidad que hasta entonces habían permanecido ocultas por razones de censura o automutilación. El deseo de derogar los convencionalismos y de abrirse a una temática "prohibida" o "subjetivista", propicia que los cuentos abarquen una amplia gama de temas, atípicos para esa época: el erotismo, el incesto, el lesbianismo, la homosexualidad, el voyeurismo, la locura, las prácticas sadomasoquistas, los placeres sofisticados, la búsqueda de la identidad, la aguda conciencia del desamor, los descubrimientos epifánicos..., serán a partir de entonces las preocupaciones recurrentes en los cuentistas representados en esta antología.

A la perspicacia psicológica aplicada a los asuntos aludidos, agreguemos la vertiente contraria: la de los "onderos", que con su peculiar estilo antisolemne promovieron la épica juvenil, protagonizada por adolescentes desinhibidos, irresponsables y relajientos, prestos a desafiar los convencionalismos de los adultos no obstante que repiten en el trato con las mujeres el mismo comportamiento machista de sus mayores. Inconformes, pero conservadores en el fondo, los personajes de la Onda trastocaron los códigos de la literatura "seria" debido al uso constante del lenguaje coloquial, a la frecuencia del humor y a las desenfadadas peripecias sexuales con las que consagran el hecho de estar vivos.

Cabe destacar la inclusión en este panorama de dos personalidades indispensables de nuestra cultura literaria,

que por sus respectivas fechas de nacimiento pudieran corresponder a los nominados en la década de los cincuenta. Empero, a José Revueltas (1914) y a Elena Garro (1916) los situamos en los sesenta porque ambos dan prueba de su talento narrativo en dos colecciones de cuentos harto citadas por los especialistas en la materia: *Dormir en tierra* (1960) y *La semana de colores* (1964), ambas editadas por primera vez en la colección Ficción de la Universidad Veracruzana. La originalidad de estos cuentarios radica en la intensidad de las tramas, la singularidad de los personajes y el tratamiento especial conferido a los temas, cualidades que son compatibles con el arte de las generaciones posteriores. Por ello hemos incluido dos cuentos suyos: "Los hombres en el pantano" y "El anillo" a manera de muestra del talento narrativo que los distinguió.

Si en el decenio de los sesenta todavía es permitido hablar de las dos vertientes literarias que Margo Glantz distinguió bajo el rubro de "onda y escritura", con las respectivas individualidades en cada sector; de los setenta en adelante cunde la pluralidad de orientaciones literarias, que en poco tiempo es la seña de identidad de los numerosos cuentistas que publican en las tres últimas décadas —los nacidos entre 1946 y 1959. Las estrategias narrativas, las combinaciones estructurales, la diversidad de estilos y los registros temáticos son tan variados como profusos los espacios en que se dirimen los conflictos y complejos los personajes que habitan esos lugares. Un estudio geográfico aplicado a detectar los paisajes y las zonas urbanas y rurales de mayor incidencia en la cuentística contemporánea, mostraría que ningún rincón del territorio nacional ha permanecido oculto a la mirada inquisitiva de los fabuladores, que han registrado, en las concisas páginas de sus cuentos, los cuatro puntos cardinales del país. Así mismo

han entrado a formar parte de un considerable porcentaje de narraciones, costumbres, hábitos, creencias y rituales de países lejanos o "exóticos", con lo que viene a confirmarse la sostenida vocación cosmopolita que es patrimonio de nuestra mejor tradición cultural.

En el reducido espacio de un prólogo, es imposible concentrar, aunque sea en líneas generales, las sucesivas y aceleradas transformaciones por las que ha venido atravesando el cuento mexicano desde la segunda mitad del siglo XX. Es por eso que mi boceto puede dar a los enterados la sensación de vaguedad o imprecisión. Lo cierto es que a partir de los años sesenta se vuelve cada vez más complicado proponer una síntesis de la trayectoria del cuento por la multiplicidad de autores, corrientes, variantes, secuelas y formas que continuamente están surgiendo por doquier. Esta eclosión obliga, por lo consiguiente, a practicar una selección rigurosa de los antologados, teniendo en mente los márgenes de decisión que exige un libro destinado a la divulgación de la lectura como es el que el lector tiene en mano, aun cuando haya que prescindir de otros cuentistas dignos, también, de figurar aquí por su calidad literaria. Me he constreñido, pues, a determinados narradores que a mi juicio son modelo de algunas de las tendencias que ha seguido el género breve en el lapso que consignamos.

Medio siglo de producción cuentística en México es un campo vastísimo para percibirlo de una sola vez. Según lo hemos podido captar, abarca desde el despuntar de la modernidad, con Juan Rulfo, hasta los destellos de la posmodernidad, con Enrique Serna, en una línea en permanente ascenso que lejos de disminuir en intensidad muestra una formidable vitalidad creativa. La antología de que dispone ahora el lector pretende ser el testimonio de este proceso. Esperamos, en la medida de nuestras posibilidades, haber cumplido con la empresa.

Antología del cuento mexicano de la segunda mitad del siglo XX

No oyes ladrar los perros

Juan Rulfo

—Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

—No se ve nada.

—Ya debemos estar cerca.

—Sí, pero no se oye nada.

—Mira bien.

—No se ve nada.

—Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

—Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

—Sí, pero no veo rastro de nada.

—Me estoy cansando.

—Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

—¿Cómo te sientes?

—Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja.

Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

—¿Te duele mucho?

—Algo —contestaba él.

Primero le había dicho: "Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco." Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía.

Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

—No veo ya por dónde voy —decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

—¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

—Éste no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

—Bájame, padre.

—¿Te sientes mal?

—Sí.

—Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

—Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmuraba:

—Quiero acostarme un rato.

—Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: "¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!" Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: "Ése no puede ser mi hijo."

"Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo."

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

—Tengo sed.

—¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

—Dame agua.

—Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descanse en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: "No tenemos a quién darle nuestra lástima." ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaván se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

Pueblerina

Juan José Arreola

Al volver la cabeza sobre el lado derecho para dormir el último, breve y delgado sueño de la mañana, don Fulgencio tuvo que hacer un gran esfuerzo y empitonó la almohada. Abrió los ojos. Lo que hasta entonces fue una blanda sospecha, se volvió certeza puntiaguda.

Con un poderoso movimiento del cuello don Fulgencio levantó la cabeza, y la almohada voló por los aires. Frente al espejo, no pudo ocultarse su admiración, convertido en un soberbio ejemplar de rizado testuz y espléndidas agujas. Profundamente insertados en la frente, los cuernos eran blanquecinos en su base, jaspeados a la mitad, y de un negro aguzado en los extremos.

Lo primero que se le ocurrió a don Fulgencio fue ensayarse el sombrero. Contrariado, tuvo que echarlo hacia atrás: eso le daba un aire de cierta fanfarronería.

Como tener cuernos no es una razón suficiente para que un hombre metódico interrumpa el curso de sus acciones, don Fulgencio emprendió la tarea de su ornato personal, con minucioso esmero, de pies a cabeza. Después de lustrarse los zapatos, don Fulgencio cepilló ligeramente sus cuernos, ya de por sí resplandecientes.

Su mujer le sirvió el desayuno con tacto exquisito. Ni un solo gesto de sorpresa, ni la más mínima alusión que pudiera herir al marido noble y pastueño. Apenas si una suave y temerosa mirada revoloteó un instante, como sin atreverse a posar en las afiladas puntas.

El beso en la puerta fue como el dardo de la divisa. Y don Fulgencio salió a la calle respingando, dispuesto a arremeter contra su nueva vida. Las gentes lo saludaban como de costumbre, pero al cederle la acera un jovenzuelo, don Fulgencio adivinó un esguince lleno de torería. Y una vieja que volvía de misa le echó una de esas miradas estupendas, insidiosa y desplegada como una larga serpentina. Cuando quiso ir contra ella el ofendido, la lechuza entró en su casa como el diestro detrás de un burladero. Don Fulgencio se dio un golpe contra la puerta, cerrada inmediatamente, que le hizo ver las estrellas. Lejos de ser una apariencia, los cuernos tenían que ver con la última derivación de su esqueleto. Sintió el choque y la humillación hasta en la punta de los pies.

Afortunadamente, la profesión de don Fulgencio no sufrió ningún desdoro ni decadencia. Los clientes acudían a él entusiasmados, porque su agresividad se hacía cada vez más patente en el ataque y la defensa. De lejanas tierras venían los litigantes a buscar el patrocinio de un abogado con cuernos.

Pero la vida tranquila del pueblo tomó a su alrededor un ritmo agobiante de fiesta brava llena de broncas y herraderos. Y don Fulgencio embestía a diestro y siniestro, contra todos, por quítame allá esas pajas. A decir verdad, nadie le echaba sus cuernos en cara, nadie se los veía siquiera. Pero todos aprovechaban la menor distracción para ponerle un buen par de banderillas; cuando menos, los más tímidos se conformaban con hacerle unos burlescos

y floridos galleos. Algunos caballeros de estirpe medieval no desdeñaban la ocasión de colocar a don Fulgencio un buen puyazo, desde sus engreídas y honorables alturas. Las serenatas del domingo y las fiestas nacionales daban motivo para improvisar ruidosas capeas populares a base de don Fulgencio, que achuchaba, ciego de ira, a los más atrevidos lidiadores.

Mareado de verónicas, faroles y revoleras, abrumado con desplantes, muletazos y pases de castigo, don Fulgencio llegó a la hora de la verdad lleno de resabios y peligrosos derrotes, convertido en una bestia feroz. Ya no lo invitaban a ninguna fiesta ni ceremonia pública, y su mujer se quejaba amargamente del aislamiento en que la hacía vivir el mal carácter de su marido.

A fuerza de pinchazos, varas y garapullos, don Fulgencio disfrutaba sangrías cotidianas y pomposas hemorragias dominicales. Pero todos los derrames se le iban hacia dentro, hasta el corazón hinchado de rencor.

Su grueso cuello de Miura hacía presentir el instantáneo fin de los pletóricos. Rechoncho y sanguíneo, seguía embistiendo en todas direcciones, incapaz de reposo y de dieta. Y un día que cruzaba la Plaza de Armas, trotando a la querencia, don Fulgencio se detuvo y levantó la cabeza azorado, al toque de un lejano clarín. El sonido se acercaba, entrando en sus orejas como una tromba ensordecedora. Con los ojos nublados, vio abrirse a su alrededor un coso gigantesco; algo así como un Valle de Josafat lleno de prójimos con trajes de luces. La congestión se hundió luego en su espina dorsal, como una estocada hasta la cruz. Y don Fulgencio rodó patas arriba sin puntilla.

A pesar de su profesión, el notorio abogado dejó su testamento en borrador. Allí expresaba, en un sorprendente tono de súplica, la voluntad postrera de que al morir le

quitaran los cuernos, ya fuera a serrucho, ya a cincel y martillo. Pero su conmovedora petición se vio traicionada por la diligencia de un carpintero oficioso, que le hizo el regalo de un ataúd especial, provisto de dos vistosos añadidos laterales.

Todo el pueblo acompañó a don Fulgencio en el arrastre, conmovido por el recuerdo de su bravura. Y a pesar del apogeo luctuoso de las ofrendas, las exequias y las tocas de la viuda, el entierro tuvo un no sé qué de jocunda y risueña mascarada.

Asunto de dedos

Edmundo Valadés

Hoy lo tomé, ¡al fin! Me dio miedo. No sé por qué temí que viniera el gerente. Querrá que me desnude. Será como la otra vez, cuando desapareció un fajo de billetes grandes. Nos encerraron a todos, para esculcarnos. Secamente dieron la orden: "¡Quítense la ropa!" El tipo aquel no me perdía de vista. "No fui yo, se lo juro, no puedo desvestirme." Inútil. ¡Caray, si los demás pudieran leer en los ojos! Los míos lo revelaban casi con lágrimas: ese día no me puse la única muda de ropa interior que uso; se cortó el agua y quedó enjabonada. ¿Qué dirían los demás? Ese respeto a mis canas se trocaría en lástima cuando se enteraran que sólo llevaba encima el traje que me viste desde hace años. Me resistí. Ante las dos vergüenzas —que me creyeran ladrón o que descubrieran mi desnudez—, escogí la primera. Fue en vano. Todos me rodearon. Los tipos querían el dinero. "Si lo tomó, lo trae encima; no ha tenido tiempo para sacarlo." A fuerzas pretendieron zafarme la ropa. Comprendí que podrían destruirme el traje y recordé que tenía que asistir al velorio, al 3, donde se les murió la niña. Yo mismo me desembaracé del saco, del chaleco, de los pantalones. Cuando estuve desnudo de la modesta dignidad que me

Biblioteca Central U.V

cubre —el viejo traje convertido en mi segunda piel—, ya no me importaba. Así como un condenado a muerte se resigna a morir y llega al paredón absurdamente tranquilo, así yo me despojé de la ropa, del rubor y la vergüenza. No lo olvidaré nunca, pero dejó de hacerme daño.

Eso me hizo pensar en el gerente al tomar el billete. Era natural: vencí tantas resistencias íntimas para decidirme. Durante seis meses estudié todos los medios para obtenerla. Me fascinaba la pipa. Día a día le lanzaba una mirada o la contemplaba arrobado, colocada en el escaparate, expuesta en un bonito estuche. Una auténtica *Dunhill,* con su etiqueta marcando el precio de cien pesos. A través del cristal intuía su olor a manzana, a madera, a bosque. Muchas noches, en casa, mientras Matilde se lamentaba de lo que yo ya no me lamento —lo difícil de una vida a la que uno es cercado a resignarse—, me abstraía en la pipa, me embriagaba en la satisfacción de poder gozarla. La he sentido en mi mano, entre mis dedos, arrojando un humo sedante, agradable, aromático, mientras sorbía su placer a bocanadas largas, sabrosas. Así llegué a comprender que era la última felicidad a que podía aspirar en la vida. Decidí comprarla. Todo lo ideé: aumento de sueldo, regresarme a pie a casa, no comprar periódico tres veces a la semana, no darle su domingo a mi sobrina, fumar la mitad de cigarrillos que fumo. En un mes ahorré cuatro pesos. Ese día Matilde se puso mala: pude apenas pagar la consulta del médico.

La pipa siguió incitándome, se transformó en una pasión. Cuando uno ha dejado que la erosión del fracaso destruya los grandes anhelos, se deja dominar por los pequeños, que resultan ser más fuertes, más apremiantes. Intenté convencerme de que podía comprar una de menor calidad, más económica. No pude. Así como de joven,

cuando sufrí mucho por una mujer, traté de consolarme buscando otra, sin resultado, así con la pipa: tenía que ser precisamente la del escaparate. A la búsqueda de posibilidades, surgió la última: tomar un billete de cien, de esos que cuentan mis dedos, para reponerlo a la larga. Podía ir escamoteando que comprobaran la falta. ¿Y si me descubrían? Eso me detuvo varias semanas, hasta que al fin se exasperó mi deseo y no me importó arriesgarlo todo. Me remordió la conciencia por Matilde, porque de tener que pagar la substracción de inmediato, los descuentos iba a tener que aplicárselos a ella, de mi sueldo, recortándole lo ya de por sí poco que le doy. ¿Y si preguntaba por la pipa? No podría suponer que era fina, legítima; que había costado cien pesos. Como tampoco lo que significaba para mí.

Me fue muy difícil, pero lo tomé. Les transmití todo mi valor a mis dedos; los dirigí a la captura del billete como si tuvieran que cuidarse de cien miradas. Prestos, furtivos, lo escondieron en mi bolsillo. Por encima del pantalón estuve verificando rato a rato que se hallaba seguro. La certeza de que la pipa podría ser mía me dio ánimo para no escuchar a los condenados escrúpulos que me empujaban a devolver el billete. Estaba muy emocionado, aturdido. Mi corazón retumbaba y yo lo sentía como un muchacho gritón, a quien uno quisiera callar de cualquier modo.

Mi compañero de la ventanilla vecina —sólo nos divide un enrejado de alambre— me entretuvo contándome mil pormenores de la operación quirúrgica a que sometieron a su esposa. Yo veía el reloj y cómo los demás empleados iban desapareciendo. Tuve que soportar la historia hasta el fin. Ya salía, olvidando el sombrero. Al regresar por él, me topé con Felipe. Felipe, el mozo, es más viejo que yo, que todos los que trabajamos aquí. Su orgullo es hacernos saber que conoció a don Manuel —el gerente— desde que

Biblioteca Central U.V.

éste era chiquillo. Felipe llegó aquí antes de que se construyera el edificio del banco. El padre de don Manuel lo saludaba todos los días al llegar y eso lo hacía feliz. Saludo que se acabó al suplir don Manuel a su padre. Por falta de ese saludo que era su pan diario, su vino, su aumento de sueldo, a Felipe se le agrió el carácter, se volvió taciturno y de mal talante. Por eso me sorprendió: el viejo estaba llorando sorda, pero visiblemente.

No sé qué mala corazonada me asaltó, que hundí la mano en el bolsillo en instintiva defensa del billete. "¿Qué le pasa, don Felipe?" El hombre traía su pena grande y me la arrojó sin saber el daño que iba a causarme: tenía a su hijo, muerto, esperando sepultura. Con la gorra en la mano se había animado a llegar hasta el despacho de don Manuel. Quería que le prestaran para el entierro. Nada, un poco más de cien pesos, de la misma manera que él sabe que le prestan a otros. Esperó toda la mañana, con un mudo dolor escondido entre las grietas de sus arrugas, tercamente esperanzado de que el patrón le arreglaría lo del préstamo. Claro, aquí se trata de que no salga dinero que no esté garantizado. Don Manuel le alegó lo críticas que están las cosas, el control de los créditos, aludió a los reglamentos del banco y sólo le regaló cinco pesos. Y allí estaba ante mí, esperando algo…

Me anonadé. ¡Qué mal me sentí! Saqué la mano empapada en sudor. Estuve a punto… pero me aferré a la pipa con toda mi alma. Seis meses de tremenda lucha interior para decidirme. No podía perderlo todo en un minuto. No me atrevía a mirarlo. Viendo a otro lado, sin dejar conmoverme por sus manos suplicantes, evadí sus ojos encharcados en amargura, en una amargura abrumadora, pesada. "Me hubiera dicho antes, hubiéramos hecho una colecta." Decidí irme, escapar al asedio de su drama.

"Mejor devuelvo el billete, mejor devuelvo el billete." Era mentira, compraría la pipa de todos modos. "Perdóneme, se me hace tarde; a ver mañana qué hacemos." No me dijo ya nada, acallado por su desesperación, ajeno a que por una eternidad había sido el ojo de mi conciencia.

¡Qué cosas! Uno cree que el corazón ha endurecido y de repente se acongoja. ¡Ah, pero la pipa! Su cercanía me ayudó a superponer otras imágenes sobre la de Felipe. Pasé al vuelo frente al escaparate. Sólo una mirada. Mejor mañana, que olvide esto. Cuando llegué a casa, afuera, los del 5 se hallaban en la calle con todos sus enseres. No necesité indagarlo. Comprendí que los habían lanzado por no pagar el alquiler. Pero lo que no imaginé nunca fue el estado de Matilde. Estaba furiosa, como leona. Habló contra el Gobierno, contra los ricos que les quitan un techo a los pobres. La tomó conmigo, contra el banco. Y luego, llorando, para dejarme atónito: "Preferiría que robaras al banco y salvaras a estas desgraciadas gentes, Donaciano. ¿Qué van a hacer, con don Santiaguito sin trabajo? Y los pobres niños…" Le contesté molesto: "Tú sabes que soy incapaz…"

¿Incapaz? Mi mano palpó el billete. No se dio ella cuenta, si no, se sorprende de la cara que debí haber puesto. Fue tan rudo el golpe, que eso me salvó. Me repuse. Tenazmente le di antídotos a mi compasión: ¿qué tenía yo que ver con esas tragedias? Son cosas de todos los días, el mundo es así. ¿Y qué remediaría? Al poco tiempo, otra vez cien pesos más. Un barril sin fondo. Los lanzarían más adelante. No, era absurdo ceder. Me defendí. Además, no he robado. Ha sido un préstamo. Lo pagaré. Tengo derecho a mi pipa. Toda la vida he trabajado, no le he hecho mal a nadie. "Perdóname, Donaciano, ya sé que no podemos hacer nada. Pero es muy duro presenciar eso." Parecía una consolación a mi silencio culpable. Yo estaba aferrado a la pipa, para siempre…

No pude dormir. ¡Cuántas cosas se pueden pensar en una noche que tuvo un día así! Se puede recorrer la vida entera, de principio a fin. Se pueden saltar todas las distancias, puede uno decidir todas las cosas; puede uno forjarse de sí mismo todas las efigies que se quieran. Noches tan largas, que hay tiempo para acomodar en el cerebro todo el universo, todas las sensaciones, todas las ideas, los sentimientos, lo que se ha sido, lo que no se ha sido, lo que se ha querido ser. A veces me duelen los dedos. ¡Cuántas cosas bellas pudieron haber hecho en la vida! Me gustaba la música, podía haber sido un gran pianista, quizá hubiera compuesto famosos conciertos. ¡Ya es tarde! Sólo sirvieron para contar dinero tras la ventanilla de un banco. Eso es todo: contar, contar. Allí, en fila, cada quien espera su turno: los que depositan, los que cobran. Mis dedos, diestramente, preparan ordenados fajos. Son el alimento de las insaciables bóvedas de seguridad. Afuera, millones de hombres sufren. Aquí dentro se acumula lo que haría la vida menos mala... Pero del joven que quiso emprender grandes hazañas sólo queda el hombre que finalmente desea, por encima de todas las cosas, una pipa.

¡Qué trabajo para levantarme! Llegué tarde al banco. ¡Qué descanso no ver a Felipe! Otra vez a contar, con los dedos entorpecidos, duros, difíciles de manejar hasta para esconderse, con temor, en el bolsillo. Me olvidaba a ratos de mis recientes impresiones, como si se hubiera tratado de un sueño. Fue cuando penetró Conchita en mi caja. Ella es una linda muchacha de veinte años, toda dulzura. Es hija de Pedro, un amigo, un antiguo amigo de la mocedad. Conchita es para mí casi una hija, la hija que Matilde no pudo darme. Me saludó como siempre, con ese modo que da calor a mi corazón, a mi senectud. Sus ojos estaban tristes. Sin contener las lágrimas, me confió su angustia. Creí

que era por algo relacionado con su novio, un mocetón de esos a la moderna que aspira a casarse con ella. No, era sobre Pedro: un ataque de apendicitis. Estaba en el hospital y les faltaba dinero para ajustar lo de la operación. La chica estaba desesperada, no sabía ya a qué medio recurrir para reunir lo faltante. Y me lo confiaba no por esperar que yo le solucionara el problema, sino para que la animara.

Mis dedos habían estrujado el billete, allá en la bolsa, como malhechores que rematan un crimen. Lo confieso: se me nubló la vista, el corazón me repiqueteó como si se hallara convicto ante un juez incorruptible. ¡Qué desazón! Es tan duro permitir que se desmorone un proyecto largamente acariciado. Se ha vivido en el vacío, sin perspectivas, como dándole de vueltas, sin descanso, a una noria. La vida se ha convertido en un negro y espeso muro. Un día, uno logra perforar un pequeño agujero; se ha dejado en eso el alma, pero al fin se ve un claro, una lucecita. Sí, es pequeña, ¡pero cuánto significa! Y he aquí que la conciencia lo empuja a uno a tapar ese alivio. ¿Los demás? ¿Las miserias que nos rodean? Y uno ¿qué? ¿Quién adivina lo que se ha dejado en el camino, lo que ha sacrificado? ¡La pipa! Ella es la lucecita, es el último hueso que se podrá roer. Y allí está Conchita, sollozando. ¿Cómo olvidar al corazón? ¿Cómo ser egoísta, frío, cruel? Yo sé: recordar tantos días grises, implacables. No hay en ellos una gota de piedad, una sonrisa profunda. Llegar a casa, como siempre, a darle a otro ser la mitad de nuestra amargura; recibir, en cambio, una amarga resignación. La pipa puede cambiarlo. ¡No, no puedo ceder! La pipa es para mí, aunque ya no lo quisiera, algo más importante que la desgracia de Felipe, que la miseria de los del 5, que la salud de Pedro. ¡Que las mismas lágrimas de Conchita!

Ahí está la salvación: se han aglomerado varios clientes frente a mi ventanilla. "No se apure, don Donaciano, yo

sé que los conseguiré." A contar, a contar. Al hacerlo, no se puede pensar en nada. Así me acostumbré a soslayar los pensamientos molestos. Sólo cifras, cuentas. Los ojos vigilan a los dedos como un domador lo hará con un animal amaestrado. Todo el cerebro está alerta a que no haya ningún error. Es dinero del banco y no se permiten equivocaciones. Un descanso. La pipa. Me excito como quien sabe que la cita de hoy, con la mujer deseada, es la definitiva. Hoy será mía. Es angustioso no hacerlo ya. Un pretexto. En nada más quince minutos puedo ir por ella. Me invade el ansia de perderla, de hacerme atrás. Voy por ella. Me siento ligero. Estoy frente al escaparate: ahí está esperándome. Tembloroso, cuando la pido a la dependienta, me embarga la más fuerte emoción. Me la muestra. Qué bien se acomoda al hueco de la mano, qué grato es para los dedos sentirla, acariciarla, apretarla…

¡Y qué espantoso! De golpe se me revela que no seré ya capaz de comprarla, que no será mía jamás. Todo se derrumba dentro de mí. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está la fuerza que tuve para vencer la compasión? En eso dejé todo. El muro se ha cerrado otra vez, para siempre: la lucecita se ha cegado. Estoy en tinieblas. ¡Y qué derrota! "No, señorita, no era ésta… Perdone…, volveré otro día." No, no volveré.

Regreso al banco, lentamente. Estoy en mi jaula. El billete está en mi mano. No es mío, no supe hacerlo mío, no lo será nunca. Lo reintegro. Nadie sabrá jamás lo que he perdido, ni mi egoísmo, mi cobardía. Lo que pudo aliviarse y no se alivió. Ninguna cifra alterará el total del balance. Todo estará correcto: cien pesos más en la bóveda.

El cielo sabe

Sergio Galindo

Cuando la casa se perdió, a Bertha sólo le quedó ante sus ojos la tierra floja que se hacía nube al galopar del burro, y tras ella, árboles y palmas que en montones crecían sobre la llanura. Esto lo veía empañado por las lágrimas. Iban hacia San Vicente, porque allá, en la casa, su madre estaba grave; iba a dar a luz y su padre no quiso que estuvieran presentes. Llamó a Juan José y le ordenó que los llevara al pueblo. A sus hermanos no les importó mucho, pero ella quería regresar al rancho, estar con ellos.

Juan José se volvió a verla. Dijo.

—No llore niña, no pasa nada.

Entonces ella lloró fuerte. Rafael y Felipe se detuvieron.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rafael levantando el mechón de pelo lacio que le caía hasta el ojo derecho.

Pero de la boca de Bertha sólo salía el suspiro entrecortado del llanto.

—¡Oh, déjala! —gritó Felipe que había seguido la marcha con el charpe listo—. Si quiere llorar que llore.

El indio iba taciturno. El único consuelo que concibió fue caminar a su lado y palmear su espalda con cariño.

—Ande niña…

El tono en que lo dijo la alivió un poco. Se limpió la cara con la falda, sin cuidado. Sus hermanos se habían adelantado, entonces dijo.

—Juanjo, mamá se muere, ¿verdad?

—El Patrón de arriba no lo ha de querer niña, ni lo diga.

Él seguía llamándola niña, aunque ya no lo era.

Por mucho rato se oyó sólo el ruido de la bestia y las pisadas de ellos. Luego Bertha volvió a hablar.

—Juanjo, está preñada, ¿verdad?

Él la miró confuso, exclamando.

—¡Ay, niña, esta lengua mía! ¿ya supo?

Y sacudió con disgusto la cabeza de un lado a otro arrepintiéndose de no haberse cuidado de lo que decía delante de ella. Porque era lista. Porque un día —cosa de año y medio— habían ido a la feria de San Vicente. Llevaba a los tres, como ahora. Pero ese día Bertha venía contenta y sonando los treinta centavos que tenía para gastarse. Hablaban de lo que harían y comprarían. Juan José estaba tan entusiasmado como ellos y se deleitaba con ver las caras que ponían cada vez que les repetía lo que habría en el pueblo.

Primero lo vieron todo para saber en qué gastar. Después, Rafael compró unos caramelos grandes, pintados, y Felipe una navaja. Guardaron ambos para una vuelta en la rueda de la Fortuna. Bertha no compró nada, se había puesto triste.

—Apa, niña —exclamó sorprendido Juan José— ¿no quiere nada?

Ella lo cogió de la mano y lo llevó a un puesto donde había las más diversas cosas y señaló un libro viejo que decía *Cuentos de Grimm*. Esto del título él no lo supo.

—Cuesta cincuenta centavos —se quejó ella.

Juan José, al ver su cara, estuvo a punto de sacrificar las copas que pensaba tomarse y ya iba a darle su dinero cuando vio el grupo de las Loterías. Entonces dijo entusiasmado:

—Juegue niña, quien quite.

Bertha se volvió. Contempló el grupo.

—¿Y si pierdo?

—No le aunque, arriesgue. ¡Qué tal si gana!

Y ganó. Ganó dos veces seguidas y su dinero aumentó a 75 centavos. Los cuatro quedaron sorprendidos y alegres, y más sorpresa hubo cuando Bertha exclamó levantándose:

—Ya no, ya no juego, vamos a comprar el libro.

El indio la siguió contrariado.

—Vaya con usté niña, ¡juegue! La suerte no es como la preñez que dura nueve meses, ¡aprovéchela!

Los de cerca rieron. A Bertha le pareció adivinar algo en esa risa. Se sintió molesta, pero no hizo caso. Con lo que restaba de dinero compraron buñuelos, y enchiladas.

Después Juan José les suplicó que lo esperaran "un ratito" y se metió a "La Gloria". Sentados a la entrada de la cantina esperaron.

A medio bocado Bertha dijo arrepentida.

—¡Ah!, no le llevamos nada a papá y mamá.

—Yo tengo un caramelo para ma —dijo Rafael sacando de un bolsillo el dulce.

—¿Y papá?

—A papá nada —respondió Felipe alzando los hombros. Y agregó con dureza— ¡no hay para tequila!

Ella dijo entonces que no volvía a ir a una feria con él porque era muy malo y decía cosas muy feas y que "Ya no comas buñuelos". Se levantó y rápidamente entró a "La Gloria" en busca de Juan José, tenía ganas de llorar por lo que había dicho Felipe. Llorar porque era verdad. Lo vio en una mesa, tomando con otros hombres. Se fue hacia él.

—¿Qué hace aquí? No es lugar pa' mujeres.

—¿Ya gastaste todo?

Buscó en el bolsillo y sacó cuatro décimos.

—¿Me das dos?... los necesito.

Sin preguntar se los entregó. Ella salió corriendo. En la calle pasó un viejo gordo, fumando un puro, y se le antojó que debía ser una gran cosa. Se fue a comprar unos. Los envolvieron en papel de china rojo. Cuatro "de a cinco". Juan José la esperaba mirando en todas direcciones.

Era hora de irse. Ya cansados no cesaban de hablar de lo que habían visto y de hacer planes para el próximo año. En el camino Bertha hablaba cada vez menos. Cuando la casa apareció a la vista preguntó al indio.

—Juanjo, ¿qué es preñez?

—Ora, pos, mejor que no hable de eso.

Y casi para llegar le dijo.

—Mire niña. No le vaya a preguntar a su mamá porque me corren... es una mala palabra.

Claro que no le preguntó a mamá. Luego lo averiguó con Rosaura. Rosaura era la hija del señor del rancho de arriba. Tenía 16 años (tres más que ella, ahora) *y sabía de todo.*

Todos estos recuerdos en forma vaga e instantánea, venían a ella con la palabra preñez. Mamá estaba preñada. Esta mañana la vio más pálida y aunque no lo dijo, debía estarle doliendo mucho, porque la veía morderse los labios y sudar cuando el calor no había comenzado.

La llanura seguía extendiéndose, llevándolos por un camino polvoroso que se abría paso entre frecuentes grupos de palmeras. La tierra estaba seca. Juan José había dicho desde el domingo que antes de terminar la semana principiarían las lluvias y ya era viernes. Era necesario que lloviera. El calor aumentaba día a día.

Bertha había notado con su madre, al ir a lavar la ropa al río, cómo el nivel de éste había bajado. Las últimas semanas ella había lavado la ropa sola.

Un día Felipe se acomodó a ayudarla. Quería pretexto para no estar cerca de papá. A Felipe no le gustaba tenerlo a la vista, por eso prefirió acompañarla y cargarle el cesto.

Estuvieron lavando la ropa, él más bien jugaba. Ya cerca del medio día preguntó.

—¿Que crees que tiene mamá?

Se puso colorada. Le chocaba la pregunta y el tono y la mirada de su hermano, porque él también sabía.

—No sé.

—¿No sabes?

Se puso a silbar, deseando que se siguiera la conversación y que ella le preguntara algo; después, viendo que ella no lo hacía, cambió de tema.

—Oye, ¿tú a quién quieres más, a mamá o a papá?

Hubiera debido decir: mamá me quiere más, pero yo quiero más a papá. Pero sólo dijo.

—A los dos, a los dos igual.

—Yo no. Yo quiero más a mamá. Ella es muy buena.

Y luego bajando la voz, como sintiéndose un poco mal por lo que iba a decir, agregó:

—Además, papá no nos quiere, si nos quisiera tendríamos más dinero. Él nunca hace nada, siempre está de flojo y es un borracho.

—¡No, no!

—Sí, claro, claro que sí, un borracho. ¡Eso es!

—¡Vete, vete! No quiero que me ayudes.

—Mejor, ¡mocosa idiota!

Y se fue río abajo recogiendo piedritas y tirando a las ramas. De pronto ella vio a su padre en unos árboles cercanos. Sus ojos se encontraron y por la mirada comprendió

que él había escuchado todo. Se alejó bruscamente. Bertha quiso correr hasta él, llenarlo de besos. Se quedó como sembrada a la tierra.

El calor aumentaba. Una media hora más y estarían en San Vicente. El sudor resbalaba continuo por el cuello de Juan José hasta perderse bajo la camisa.

—Juanjo —suplicó—. ¿Por qué no regresamos? No quiero ir a San Vicente.

—Ni modo, niña, el patrón dijo.

—Pero tú sabes que mamá se muere y papá me necesita.

Ahora comprendía que le era necesario estar allá. Era tonto que ellos no quisieran *que supiera* cuando ya lo sabía; cuando ya no era niña.

—No señorita, iremos pal pueblo.

—Él no se enoja, te lo prometo. Y si se enoja diré que yo tengo la culpa, anda, ¿quieres?

—No, yo tengo órdenes.

—¡Pero él me necesita!

Esa era su obsesión. Papá era débil (ella nunca decía borracho) papá necesitaba cariño. Primero todo era distinto en casa. Había dinero. Paseaban con frecuencia, él reía y le compraba bonitos vestidos. Luego fue cambiando. Poco a poco se iba percatando de que él bebía. Era en la época en que ella iba a la Primaria de Gobierno. No regresaba a comer y muchas veces sólo lo veía en la mañana, al irse a la escuela. Él dormía. La escuela. Otros años. Una ciudad.

Un día volvió a casa llena de incertidumbre por lo que había pasado en el Colegio. Corrió a buscar a su madre para aliviarse diciéndole:

—Mamá, ¿Dios no existe?

Ella se quedó asombrada, viéndola.

—Cómo, ¿por qué preguntas eso?

—En la escuela lo han dicho. Me han hecho hacer una composición anticlerical.

—¿Y qué has dicho?

—Repetí lo que el profesor dijo. Gané un premio.

Y medio orgullosa extendió un libro pequeño. Era una obra que proporcionaba a los niños la Filosofía Socialista por medio de cuentos y fábulas.

La madre tomó el libro en sus manos, le dio una rápida ojeada y luego, conduciendo a la niña de la mano.

—Vamos a quemar esto.

Bertha caminó aprisa, pues su madre casi corría.

—Mamá... yo no he dicho que nosotros creemos en Dios, y tampoco dije que teníamos retratos de santos.

—Imágenes.

El papel empezó a tornarse negro, con una flama rojiza que lo rodeaba. La niña contemplaba la hornilla con cierta fascinación.

—He dicho mentiras toda la mañana.

—De hoy en adelante dirás más. No será nada malo ya que ellos principian por decirlas; ¡que Dios no existe! Haz lo que te manden pero recuerda siempre que no es verdad, Dios sí existe, Bertha, sí existe. Todos esos que ahora lo niegan serán condenados por Nuestro Señor.

—Pero ellos no tienen miedo. El profesor habló de las iglesias que han sido quemadas y dice que se quemarán todas.

—Podrán quemar edificios, pero no la fe.

—¿Tengo yo fe?

—¡Claro! ¿Por qué me has venido a contar esto?

—No sé.

—Yo sí. Fue tu fe la que te obligó a hacerlo, porque sabías que no era cierto... y te dolió. ¿Verdad que te dolió que te dijeran eso?

—Sí, y me dio miedo.

Pronto se acostumbró a escribir composiciones anticlericales, a ganar premios por ellas y a llegar a casa a rezar largo rato para contrarrestar sus pecados. Naturalmente ella daba mayor crédito a mamá y papá, y pensaba con pena en los maestros "ellos sí creen, pero son cobardes" decía mamá "tener fe y luchar por ella es para valientes".

Otra tarde, volvía de casa de tía Luisa. Después de haberla escuchado perorar sobre religión dos horas y compadecerse benévolamente "por ese terrible infierno que con gran derecho Dios depara a los herejes", Bertha preguntó a su madre.

—¿Es cierto que Dios está en todas partes?

—En todas partes.

—Entonces, por qué no dice nada en la escuela cuando oye todas las cosas malas que de Él dicen, ¿por qué no baja?

Ella dejó el libro que leía. Cada vez le resultaba más difícil seguir la preocupación de su hija y hallar una respuesta adecuada.

—Dios los deja porque ya en su duda llevarán todo el castigo. Dios bajará cuando las niñas como tú no crean en Él, pero Él sabe que ustedes le aman.

—¡Ah!

Se fue a su cuarto a ponerse un chal porque empezaba a hacer frío y luego salió al corredor y se sentó en la escalera que daba al patio. Empezaba a oscurecer. Cuando supo que estaba completamente sola, alzó los ojos al cielo. Dijo:

—Papá Dios, no creo en ti.

Y se quedó mucho rato esperando que Él bajara.

Luego, en la noche, se arrepintió y sintió miedo de haber dicho tal cosa. Aunque muy en el fondo le quedó la tristeza de la decepción, y algo más. Pasaron los días. Se

olvidó del asunto. Le tomaba más tiempo pelear con Felipe y cuidar a Rafael cuando mamá estaba muy ocupada. Las cosas fueron cambiando, las criadas se fueron, los muebles eran menos. Una vez, al regresar de la calle, encontró a unos cargadores que sacaban los muebles de la sala. Mamá había llorado. Después se fue acostumbrando. Otro día vinieron por los libros y los metieron en grandes cajas de cartón.

—Papacito, yo quería los libros, cuando sea grande quería leerlos.

Él se volvió hacia ella.

—No te hacen falta, mientras menos leas serás mejor. Vete olvidando de eso, estás muy chiquilla. Ve allá dentro a jugar.

Y la hizo a un lado para que pasara el hombre con el primer bulto.

Un día mamá les pidió que comieran únicamente un pan cada uno. Cenaban. Y esa noche se le hizo que no deseaba nada en este mundo tanto como otra pieza de pan. Desde entonces todo escaseó. No salían nunca. A fin de año no pudo presentarse en la fiesta de la escuela porque no había dinero para pagar el vestido de fantasía que necesitaba.

Una noche despertó tiritando y llena de hambre. Estuvo bastante rato dando vueltas en la cama sin decidir levantarse por el frío del suelo. Ese día no habían tomado más que una taza de café aguado y sopa de lenteja. Cuando el vacío se le hizo insoportable, se levantó y fue a la cocina.

Al abrir la puerta que comunicaba con el comedor, desde donde podía verse la sala, oyó ruido. Notó extrañada que la luz estaba encendida. Primero tuvo miedo y quiso gritar llamando a papá. Pero entonces oyó la voz de su madre.

—¡Cuidado!

Instintivamente se había quedado en la oscuridad. Desde allí pudo ver la extraña silueta que formaban sus

padres. Avanzaban lentamente. Su madre hacía esfuerzos para no caer junto con él. Era la primera vez que lo veía completamente borracho. Sintió que dentro algo se le estaba rompiendo, lágrimas silenciosas empezaron a bajarle. Tropezaron y el cuerpo de él osciló hasta ir a dar contra la pared donde ella logró sostenerlo.

—¡Dios mío! —se quejó la mujer— ¡Dios mío!

—¡Dios, Dios! —remedó él confusamente— no creo en Él Beatriz, no creo en Él…

Y siguió repitiendo esto hasta que entraron a la recámara. Bertha estuvo aún mucho rato parada, hasta que, muy lentamente, volvió a su cama, ya sin hambre. Por primera vez mordió la almohada y ahogó en ella los gritos. Aquel relajamiento de su mundo que se situaba en Dios cobró fuerza. Lloró. Lloraba, lloraba por el engaño que le habían hecho, porque todo era mentira, ¿y no le habían dicho que era muy feo mentir? Adivinaba más que sentía que lo que había dicho papá era terrible. Pero lo creía. Claro, lo decía él. Lo demás, mentira, mentira, mentira. ¿Por qué no vino Él cuando ella le gritó que no creía en Él? ¿Por qué?

Hubiera sufrido si alguien le decía que Aladino o Pulgarcito no habían existido; quizá hubiera llorado también, pero menos. Porque a Dios lo quería más, porque le habían hablado mucho de Él, y enseñado a tenerlo muy alto y con respeto. Además, Pulgarcito y Aladino habían hecho muy pocas cosas y nunca nadie les pedía nada a ellos, pero a Dios se le podía pedir y ayudaba. ¡Y esto no era cierto! No hacía bien a nadie, no ayudaba. Allí estaba papá… mamá sufriendo… y ella, ¡ella que le lloraba!

Vinieron muchos días de tristeza, rincones oscuros, lágrimas a solas. Pero a pesar de su resentimiento, todas las tardes se iba a sentar al pie de la escalera que iba al jardín. Era invierno. Los escalones estaban fríos, húmedos. Antes

le había gustado la neblina. Le gustaba ver cómo bajaba en capas cada vez más espesas, cómo iba cubriéndolo todo y cómo después los árboles parecían flotar entre gasas grises. Pero ahora la niebla le daba tristeza. No esperaba que Dios bajara a verla y la consolara; sin embargo, esperaba.

Cenando, mamá les dijo que se irían a vivir al campo, al rancho que tenían en tierra caliente. Bertha recordaba frecuentes pláticas entre sus padres hablando de las antiguas posesiones que tenían. Padre, al hablar de esto, acababa por alterarse, diciendo que la pésima situación se la debían a los agraristas y sus robos. Hablaba horrores del gobierno. Decía, categóricamente, que México no progresaría hasta que no tuviera sangre nueva, sin medallas ni recuerdos de revolución. Farsa, farsa todo, ¡esos generales, esos monigotes! Éste no es un país para ser decente. De estas conversaciones Bertha entendía poco. Le pasaba con frecuencia —desde muy chica— que sus padres hablaban delante de ella sobre cosas muy diversas. Ellos nunca notaron aquella preocupación que le quedaba porque no podía entender todo lo que oía.

Esa noche que se habló de la ida al campo papá se alteró mucho mientras insultaba al gobierno. Bertha, mientras lo veía, se preguntaba con miedo si estaría borracho. Ahora no podía apartar de su recuerdo esa visión. Antes tenía muchos otros recuerdos de él, pero éstos se habían borrado.

Mamá había advertido que algo le estaba sucediendo, con frecuencia se le quedaba mirando y preguntaba:

—¿Qué te pasa?… ¿en qué piensas?

No sabía qué contestar, bajaba la cabeza.

—En nada.

Pero como en esos días había tanto en qué pensar, se olvidaba de ella. Cuando iban a salir, Felipe enfermó de

sarampión y se retrasó el viaje quince días. En estos quince días papá gastó el dinero.

Pescó una gran borrachera, armó un escándalo de marca mayor y fue a dar a la cárcel. Gracias a tía Luisa, que quería evitar el escándalo y tenerlos lo más lejos posible, salieron de la ciudad. La tía pagó multa y pasajes.

Bertha recordaba con disgusto aquel viaje. Se mareó y vomitó en todo el camino. Papá y mamá no se hablaban. Al día siguiente de la partida llegaron, al atardecer, al último rancho que le quedaba a su Padre "San Salvador". Juan José, moreno, sumiso, sin edad, los esperaba.

Con el paso de los días fue olvidándose de todo. Había muchas cosas nuevas, todo otro mundo. Un algo primitivo —no salvaje— habitaba a su alrededor. En el temblar de las hojas, los mugidos de las vacas, el canto del río y los ladridos de los perros cuando alguien se acercaba. Ella no sabía qué tan grande era la tierra hasta que vio las llanuras que se perdían ante sus ojos. Caminaba con Juan José, a quien muy pronto le tomó cariño, casi a diario. Él fue explicándole qué árbol era éste y aquél, y si cantaba un tordo o un loro. Aprendió los nombres de las yerbas, muchos de sus usos. Y un día ella también hablaba de árboles, tierra y cielo como si fueran parte de sí misma; que así hablaba el indio. Le sorprendió la extraña manera que Juan José tenía de hablar de Dios. Al nombrarlo se quitaba el sombrero y alzaba la vista como si Él estuviera en una ventana, allá arriba, contemplándolo.

Entre ella y su madre se había ido creando una secreta unión. No sabía cómo era eso, pero algo la hacía sentir que se comprendían. Los días eran tranquilos, había bastante trabajo y no mucho que comer. Aquí papá tomaba menos.

Bertha había dejado de sentir rencor en su contra. Quizá hoy le amaba más, porque veía sus ojos y en ellos sufrimiento, soledad.

Pasaron dos años. Conocía ahora ya todos los ruidos y cantos del campo. A veces, en las noches, ella y su madre caminaban un rato. En una ocasión se sentaron en el pasto. Estaba fresco, como una caricia virgen.

La madre dijo:

—Quería muchas otras cosas para ti... una ciudad... amigas, diversiones. Si nos hubiéramos quedado allá no te habría podido dar nada. Aquí todo lo que ves es tuyo, toda la naturaleza, y ella es de ti. ¿No ves qué bella se pone la noche? y sólo tú y yo la vemos.

Los paisajes después de esto tenían más belleza o mayor significado. Ella crecía. Era una chica larga, como una milpa joven.

Una noche de diciembre salió de la casa, caminó hasta la cerca de alambre, no hacía frío. Había salido porque papá estaba tomando desde el atardecer. Ahora su cara tenía esa expresión de indiferencia, de idiotez, que tanto la molestaba. En medio de la noche eran más claros los ruidos que el aire hacía en los árboles. Escuchaba con claridad y parecían palabras, también había canto de grillos. Había miles de luciérnagas por todos los lados y el cielo estaba tan lleno de estrellas que daba la impresión de pesar.

Algo de alegría, algo de dolor. Esa noche su cuerpo le dijo que ya era mujer. Estaba asombrada, de sí, de su cuerpo, de la noche. Entonces vino una alegría mansa, un agradecimiento de estar allí, sobre esa tierra, bajo ese cielo magnífico.

Caminó. El cielo parecía caerse. Fue hasta el río y se detuvo al pie de él. Aquí las estrellas encontraban espejo y el agua era como plata líquida. Las luciérnagas daban la ilusión de ser estrellas que habían caído, bailaban aquí y allá, entre los árboles, en la llanura. Desde hacía mucho amaba el paisaje, la tierra. Ahora sentíase amada por esto.

Recordó entonces la escalera de su casa, el jardín. Se vio a sí misma, sentada en un escalón, llamando a Dios. Sonrió. Algunos árboles parecían tener iluminadas las hojas, y al moverlas el débil viento, esas hojas formaban caprichosas figuras. Caminó. Ahora, fuera de la cerca, la cruzó, aligeró el paso. El pasto tierno olía a nuevo. Arriba el viento movía los astros, como si ellos también caminaran a su paso. A lo lejos mugía una vaca y un perro le hacía eco ladrando. Corrió hasta el centro de la llanura.

Al llegar se dejó caer. Sus rodillas sintieron la tierra viva, llena de vida, igual a su cuerpo que nacía. El viento le agitaba su largo cabello y el vestido. Así, en la noche, parecía nacer de la tierra, como una estatua o un árbol.

—¡Dios mío!

El perro seguía ladrando, la vaca ya no mugía. El aire le arrancó unas lágrimas que le habían brotado. Dentro todo le cantaba. Y las estrellas se movían, danzaban mecidas por un viento que jugaba en los cielos y en ella. Quiso que su padre lo supiera, que viera esa noche, que la viviera. Corrió a la casa.

Él la vio aparecer en el umbral, le sonrió.

Primero ella no supo cómo hablar, se sentía transfigurada, feliz sin palabras.

—Papá, ven acá fuera, ven a ver.

—¿Afuera?

—Sí, ven.

Él se levantó y vacilante caminó hacia la puerta. Ella le tomó la mano, lo condujo, lo llevó a través del caminillo, hasta la cerca.

—¿Qué es lo que quieres?

Ella veía el cielo.

—¡Mira, mira!

Alzó la cara bruscamente. El movimiento lo hizo tambalearse.

—¿Qué?

—¿No ves nada? —preguntó ansiosa.

Él no respondió, perdió el equilibrio, cayó, empezó a vomitar. Bertha lo veía, lo sintió lejano.

—Pobre.

La torre de la iglesia de San Vicente apareció. Pronto estuvieron cerca de las primeras casas que dispersas iban alargando San Vicente en todas direcciones. Los perros ladraban al pasar ellos; perros flacos, corrientes, que salían en grupos de tres o cuatro de cada puerta.

De pronto ella brincó del burro.

—Juanjo, me voy. Cuida a mis hermanos. Quiero llegar antes de que muera mi madre.

Él quiso atajarla.

—¡Aguarde!

Pero ella ya corría. Juan José no trató de alcanzarla, él también deseaba que fuera. Si no hubiera sido por los chicos, habría corrido junto con ella, hacia el rancho, para llegar antes de que la señora Beatriz muriera. La vio alejarse, sobre la yerba, como una milpa joven, madura.

La noche del féretro

Francisco Tario

Entró un señor enlutado, con los zapatos muy limpios y los ojos enrojecidos por el llanto. Se aproximó al empleado y dijo:

—Necesito un féretro.

Oí distintamente su voz ronca y amarga, seguida por una tos irritante que, de estar yo dormido, me hubiera hecho despertar. Oí también, en aquel preciso momento, el timbre de la puerta en la casa contigua y el ladrido del perro, quien anunciaba así su alegría.

El empleado dijo:

—Pase usted.

Y pasó el hombre sigilosamente, con un poco de asco, mirando a diestra y siniestra, como una reina anciana que visita un hospital. Parecía un tanto avergonzado del espectáculo: de aquellos cajones grises, blancos o negros, que tanto asustan a los hombres, y de aquella luz amarilla y sucia que daba al local cierto aspecto de taberna.

Mi compañero de abajo se enderezó cuanto pudo para explicarme:

—El cliente es rico, conque tú serás el elegido.

La noche era fría, lluviosa, y soplaba un viento de nieve. No apetecía yo, pues, moverme de aquel escondrijo tan tibio, cubiertos mis largos miembros con una suave capita de polvo, y mucho menos aventurarme —Dios sabe con qué rumbo— por esas calles tan húmedas y resbaladizas.

El enlutado seguía tosiendo y examinando uno a uno los féretros. Nos miraba curiosamente, sin aproximarse demasiado, cual si temiera que uno de nosotros, en un momento dado, pudiera abrir la boca y tragarlo. En voz baja, respetando fingidamente el dolor del cliente, iba el empleado elogiando su mercancía, haciendo notar entre otras cosas su sobriedad, duración y comodidad.

De súbito, advertí sobre mi espina un cosquilleo bien conocido: el empleado me quitaba el polvo ceremoniosamente con un cepillo de gruesas cerdas que me produjo risa. Procuré estrecharme contra el muro, observando de soslayo al enlutado. Vi sus ojos tristes, abultados —verdaderos ojos de rana— que repasaban mi cuerpo de arriba abajo. Escuché de nuevo su voz cavernosa:

—El finado es robusto, ¿sabe?

Fue entonces cuando pensé:

—"Me llevará sin duda".

En efecto, prorrumpió:

—Creo que me convenga éste.

Ajustaron el precio —en mi concepto, irrisorio— y me trasladaron a un automóvil demasiado fúnebre, con las llantas blancas. La lluvia seguía cayendo en aisladas gotas frías. El cierzo me penetraba a través de los poros, helándome la sangre. Una sombra humana, en el interior del vehículo, sollozaba ahogadamente, llevándose con frecuencia el pañuelo a la boca. Otra, más rígida y grave, con el cuello del capote subido, hacía girar extrañamente el volante...

Cruzamos calles silenciosas y lóbregas, pobladas de perros chorreantes y prostitutas; avenidas iluminadas y alegres donde la gente paseaba con lentitud, bajo los paraguas negros; una plazoleta muy triste en la cual tocaba una banda y los militares lucían sus uniformes nuevos; edificios de ladrillo, tenebrosos, en cuyos interiores adivinaba yo parejas de hombres y mujeres estrujándose frenéticamente...

En tanto, mi cerebro trabajaba sin descanso:

—"¿Hacia qué lugar me conducirán? ¿Qué clase de destino me aguarda?"

Es preciso que los hombres sepan que los féretros tenemos una vida interna sumamente intensa, y que en nuestros escasos ratos de buen humor bromeamos o nos chanceamos unos con otros. Ante todo, tenemos nombre: unos, masculinos y, otros, femeninos, naturalmente, de acuerdo con nuestro sexo. Mientras permanecemos en el almacén somos célibes. Sin embargo, estamos fatalmente destinados al matrimonio; es decir, a lo que en el mundo común y corriente se designa con otro nombre estúpido: el entierro. Semejante acontecimiento es el más importante de nuestra vida, y de ahí que meditemos tan a menudo acerca del cónyuge que nos deparará la suerte.

Buena prueba de esto último es que hoy, al salir rumbo al armatoste que me aguarda, un antiguo camarada se despidió de mí de esta forma:

—Que el destino te conceda buena hembra y buena casa...

Yo, que soy hombre, le respondí tristemente:

—Sobre todo, eso, amigo: buena casa para pasar el invierno.

¡Ah, esas tumbas de tierra, enlodadas y frías, llenas de mil clases de bicharracos glotones que trepan por nuestras espaldas y nos van destruyendo lentamente! ¡Esas tumbas

ignominiosas y endebles, en cuya superficie no hay flores ni hierba, y sobre las cuales chapotea la lluvia sin piedad alguna! ¡Esas tumbas tan pobres, tan solas, encaramadas allá sobre cualquier montaña o sumergidas en el corazón de un abismo!

Cuando el automóvil se detuvo, observé que mi llegada despertaba un interés incomprensible. Se oyeron voces humanas de:

—¡El féretro! ¡El féretro!

Alcé los ojos y vi un edificio cuadrado, con dos terrazas de piedra. Suspiré, aliviado. Tres hombres vestidos ridículamente me transportaron hasta un suntuoso aposento en cuyos ángulos ardían los cirios: esos malditos cirios que chisporrotean continuamente abrasando nuestras entrañas con sus gotas de cera blanca. Tardé un buen rato, no obstante, en descubrir a mi cónyuge. Entretanto, tuve que realizar indecibles esfuerzos para contener la risa. Allí estaba yo, tendido sobre no sé qué mueble absurdo, y los hombres desfilaban ante mí con sus levitas y sus rostros descompuestos. Me miraban a hurtadillas y tosían o se alejaban rápidamente. Nadie se mantenía ecuánime en mi presencia, cual si yo fuera una especie de monstruo, culpable de la muerte de los hombres.

Una muchacha fresca y esbelta, que despedía un olor en extremo agradable y que había deseado para mí con toda el alma, prorrumpió al verme:

—¡Es tan terrible y tan negro!

Distinguí su pecho duro y alto, que se estremecía de terror, y la línea de su vientre suave, bajo la tela infame.

Otra mujer, rubicunda y fea, cuchicheó una frase indulgente:

—¡Y las manijas son de plata!

Pero he aquí que, de pronto, un chiquillo se me acerca y pregunta:

—¿Es para enterrar a papá?

Sentí que el corazón me dejaba de latir dentro del pecho, que la cabeza me daba vueltas, y que me hallaba abandonado en mitad de un túnel nauseabundo.

—"¿Cómo, para papá? —me dije— ¿No soy acaso un hombre?"

Quise gritar, protestando. Quise incorporarme y echar a correr sin ningún rumbo, pero no pude. Cuatro pesadas manos, cubiertas de vello, me sujetaron por pies y cabeza y no supe más de mí. Debí perder el sentido. Cuando desperté, un hombre gordo, hinchado, pestilente y rubio, yacía sobre mis pobres huesos. Ardían los cirios en torno mío, salpicándome las ropas; rezaba un sacerdote, mirando por encima de sus anteojos a las mujeres bonitas; unos gemían con ayes velados; otros chillaban procazmente, sin comprender el destino del hombre. Caían por tierra pétalos de flores...

No pudiendo soportar más el oprobio de que era víctima, hice un sobrehumano esfuerzo y derribé al cadáver. Cayó éste con gran aparato, partiendo por la mitad un cirio que se apagó instantáneamente. Cayó con la cabeza hacia abajo, haciendo tronar el piso.

Yo grité y no me oyó nadie:

—¡No quiero! ¡No quiero!

Todos se apresuraron a levantar al muerto, aunque pesaba demasiado. Estaba rígido y frío como un árbol. Me dio horror. Vi a lo lejos a la jovencita fresca, muy pálida y aterrada, con las manos sobre el descote. Su perfume me embriagó esta vez, removiendo mis instintos.

—"¡Lograr poseerla!", pensé con angustia.

Pero de nuevo cayó a plomo sobre mí el hombre ventrudo y fétido, cuyo cuerpo parecía exactamente una vejiga.

Me encogí de hombros y opté por dormirme. Dormirme como un novio impotente o tímido en su noche de bodas.

Así lo hice. Y soñé. Soñé con dulces muertas blancas, cuyos muslos temblaban sobre mi piel... con ricos sepulcros de mármol, muy ventilados y alegres... Soñé, y las imágenes sibaríticas me hicieron tanto mal, que cuando abrí los ojos y vi penetrar el sol por las vidrieras me sentí exhausto, vacío, postrado, como deben sentirse los hombres después de una óptima noche de continuos placeres.

Por boca de los dioses

Carlos Fuentes

(Bingbingbing goteaba la cara de la ventana llorando los remordimientos ajenos, mientras yo intentaba perseguir las manecillas que empezaban —cerca, las doce— a estrangularme. Alta la ventana, bajo el techo, las paredes gemían por tocarse en una cópula de cemento; sí, se iban acercando, angostando, ésta corta, aquélla delgada, la tercera barrigona, la otra con una vagina de vidrio, único laberinto al mapa andrajoso de la Gran Ciudad. No quería mirar a través del cristal; de eso huía, encerrado aquí, siempre: de la pasta, del jamoncillo empalagoso pintado de rosa como su única sonrisa amable inmersa en el inmenso tianguis, de palacios avergonzados escurrientes de cacahuate, de la plaga de roedores vestidos de gabardina y mezclilla, abochornados de su cielo, de esos mismos roedores —*natura naturata*— pasados por el molino de luz neón que los convierte en grandes carroñas maquilladas, se adivina el sexo afeitado, la herida siempre abierta disimulada por el tweed, el diente falso flotando en una tumba nocturna de formol. Cuando el reloj se abraza a sí mismo, al erguirse y apretarse las dos piernas del tiempo en la medianoche, sé que no tardarán las visitas indeseadas; están, silenciosas

en la antesala de mi olvido, hasta que los pies les punzan con un ritmo oscuro, sé que el repiqueteo de la puerta, el aullar de las gargantas peludas cantando en silencio a su plexo, el falso balumboyó tropical, su tántara-ranta-tantán en las paredes, es un disfraz, un disimulo cortés, una invitación al chocolate de los canónigos de ojos de serpiente, envenenado de dolor y latente de coágulos; y rasguean sin cesar, miles de guitarras, como si sus dedos mismos fueran cuerdas. ¿Qué traen en sus manos y en sus cerebros, detrás de la sonrisa y el cachondeo de los abrazos inevitables? Una noche, quisieron introducirse como mariachis; bastó el río de gemidos —que empezó a inundar mi cuarto por el ojo de la llave ¡allí están siempre sus ojos, sin hálito! como si el asesinato fuera líquido— para enloquecerme y rabiar. Y no, me lo ofrecían como sus presentes, ¡no saben de las cajas de Pandora, de las fuerzas homicidas de la mitología! La suya sigue viva, sus monstruos de jade y embolias siguen gravitando como máscaras daltónicas que sin color se pierden en el polvo y el drenaje, que corretean subterráneas para asomar sus fauces de tarde en tarde, que cabalgan por el aire secando sus montes y moviendo los puñales de obsidiana. Se esconden en los ombligos, relampaguean en los encabezados rojos, se sumergen bajo el lodo cuando vienen las invasiones; dormitan siestas seculares; en el fondo de cada callejuela, se detienen vidas, en las canas, se columpian, en los cráteres, serpentean. Siesta enorme, y cuando se despiertan para masticar, alguien grita desde lo alto de los nopales: "¡Hemos vuelto a encontrarnos!" Vengo huyendo de ellos, de sus formas menores, y están aquí, gigantes sin más dimensión que la cólera cortés y el son reticente de las guitarras. En las calles, me miran feo, pisan mis pies, me empujan, me pintan violines y me tocan el claxon, ¡ay de observar a sus mujeres, ay de rehusar sus alcoholes, ay de demostrar que mi cerebro y mi memoria no laten a su compás!)

En la escalinata de Bellas Artes, me encontré a Don Diego. Casi nunca salgo de mi cuarto de hotel; cuando lo hago, ando solo, y si me acompaño de alguien, es para que me vista. Pero Don Diego es un viejecillo casi enano, casi jorobado, decorado de caspa, y con un estilo de conversación que acaba por crisparme.

—¡Caro Oliverio! ¡Felices los ojos! ¿Qué milagro es éste? Sin duda vienes —ah, muchachos estridentistas— a ver eso que llaman arte en el último piso. Anda, anda, acompáñame primero a la sala colonial, sabes que es mi preferida, y después te daré el gusto de recorrer juntos la de arte moderno. Pasa, pasa: de ninguna manera, tú primero. ¡No faltaba más!

En la sala colonial, Don Diego discurrió largamente a la cara de un anónimo del siglo XVIII. Una preciosa mujer, morena, con matiz de piloncillo, cejas inolvidables y vestida de encaje blanco. Subimos a la exposición de pintura contemporánea. Don Diego empezó a dar pequeños bastonazos de impaciencia:

—Ay, ay, ay, a esto llaman arte. ¡Válgame! Ya te pasará la fiebre por estas monstruosidades, Oliverio. ¡Cuando se es viejo, se busca la belleza y se anhelan las cosas simples!

Caminamos por la galería trapezoide, observando los cuadros ahorcados en las paredes de balsa. Luz, submarina y celeste, penetraba como cubos de hielo por la ventana norte, masticando detalles para puntualizar lo esencial: la joroba de Don Diego, mi nariz café, y un cuadro lejano en un rincón.

—Ta-ma-yo, 1958 —leyó, con la retina arrugada, Don Diego—. ¡Bah! Compare usted con el anónimo que acaba-

mos de ver. Aquella mujer, todavía puede usted encontrarla a cualquier hora en la calle, pero ésta... Descuartizada por los colores como si el arte acabara por asesinar al arte. Mira, fíjate nada más, ese pescuezo ilusorio, esa... ¡bah! ¿dónde se ha visto una mujer así?

—Las máscaras suelen convertirse en facciones —repuse—. Y esa boca. "El tedio la hace cruel", algo así. Mire, Don Diego, es distinta, como voluntariamente alejada de lo que pueda hacerla feliz. Distinta, mexicana, excelente...

—¡Bah! Parece una oreja.

Empezaban a marearme los bastonazos y la halitosis del viejillo, espantoso, con un boleto de camión metido en el ojal.

—¿Qué sabe usted de los testamentos secretos del arte? Y quizá tenga razón. Puede ser la oreja que Van Gogh se cortó y regaló a una mujer, como presente de Pascuas, en un prostíbulo de Arles. Y luego, Nuño de Guzmán y sus émulos cortaron tantas orejas a los indios, como para asemejarlos a sus ídolos, para ofrecer equitativamente las heridas. ¿Quién impide recoger algunas, o cortar otras, y pegarlas a un cuadro?

Algo de esto parece ser cierto; la boca del cuadro se rió.

Don Diego temblaba histéricamente, y yo sentí cosquillas. La boca se rió. Cuando mi risa y la del viejecillo ya habían terminado, los labios del cuadro trataban de disimular su hilaridad. El cuadro tenía una dimensión, y la boca, al parecer, tres.

Afortunadamente, los mozos del local habían dejado olvidada una cubeta. La tomé, agarré la boca con el puño y, arrancada, la coloqué en el fondo del recipiente. Allí, la boca se retorcía y daba vueltas, resbalaba por la lata, pero no podía salir nunca.

—¡Oliverio! Eso es antiestético. Esa boca pertenece a ese cuadro. Devuélvela; no se pueden hacer estas cosas: es como sacrificar, querido amigo, la dignidad por el confort, no...

No era posible tolerar más la ramplonería del anciano; dije alguna estupidez —"el arte es de y para todos"— y me alejé con la cubeta, rítmicamente. La boca aullaba todavía. Cuando la miraba, una sombra parecía ahogar el recipiente y los labios ondulaban flotantes, como si mi carne fuera líquida. Don Diego —lo adivinaba saltando como una tortuga dentro de su caparazón deforme. Furioso, chillaba, vuelve, vuelve, no se pueden trastornar así las cosas, nunca se podrá comprender ese cuadro, rajado, con la cicatriz que acabas de estamparle. ¿Comprender? Viejo imbécil. No había entendido nada —que lo importante era contemplar, el cuadro herido la boca en la cubeta, los monstruos en el aire. ¡Comprender! Regresé a golpear atrozmente la cara del anciano, a patear su joroba y sus dientes. Sé crearme bien estos estados de furia, volitivamente. A nadie sorprenden tanto como a mí.

La galería entera se había oscurecido, las pinturas lloraban, y dejaron caer un velo. Sólo el cuadro sin labios permanecía encandilado. Su expresión se caía a jirones, y la boca era un remolino de sangre. Los labios en la cubeta no cesaban de aullar, mientras, fuera de mí, atizaba los gritos de Don Diego con golpes: por fin, al romper la liga, el viejo rodó hasta el ventanal y salió a través de sus cristales. Corrí, lo vi caer. Rana, boca abajo sobre el pavimento. De la mancha estrellada, empezaron a correr hilos. Descendí rápidamente con mi presa. En el pórtico una mujer andrajosa, manchada de tiña, pero exacta a la mestiza de cejas inolvidables, al anónimo del siglo XVIII, pedía limosna. ¿Tendría razón el duende barato de Don Diego?

Caminé entre el tumulto de gente, saliendo de oficinas y comercios. Ya la cubeta me molestaba, y era demasiado conspicua. Decidí entrar a un gran almacén que cerraba más tarde que los otros; esto explicaba la gran cantidad de gentes que pululaban entre las telas y las lociones y el olor de axilas rociadas de las escuálidas empleaditas. Pasé las puertas giratorias, todavía envuelto en las pulsaciones de la boca y la muerte de Don Diego, y grité:

—¿Dónde queda el departamento de señoras, el de ropa íntima?

Todos me miraron, algunos curiosos se acercaban a fin de observarme cuidadosamente. Nada descubrieron. Yo insultaba. Una señorita con cara de lechuza, pegada a los teléfonos, picando luces y hablando con la mitad de la boca, me indicó:

—Tercer piso, a la izquierda.

Nuestras miradas se cruzaron. Esta lechuza tenía una belleza de laberinto, difícil, con fulgores de hacha. Y sus manos exangües, orando ante el altar de números y discos y voces irreconocibles.

Cuando llegué al mostrador, una jovencita me atendió:

—Quiero un Peter Pan.

—¿Lo lleva puesto?

—No, la boca.

Saqué los labios pegajosos del fondo de la cubeta.

—¿Los labios, de moda?

—Envuélvalos en el brassière.

—Y el brassière, ¿lo envuelvo en papel?

La vendedora hizo un trabajo vaporoso y me dio la prenda de seda. Abajo, como lo había intuido, la telefonista estaba estrangulada con las cuerdas negras de sus aparatos torturantes. Afuera, la raza de bronce se incrustaba a las aceras rotas, al medallón pesado, viejo al segundo, de baratijas y marquesinas.

—La llave del 1519, por favor.

Aquí tiene, mi rorro color de nube.

Su juego a la despreocupación capitalina no podía ocultar los ojos en cuclillas, esperando intensamente. No era, esta lasitud inmóvil de los mexicanos, un descanso: es la tensión negra de una espera sin fin, de una pasión vertical, que se hunde y arrastra sin encontrar el canal de la energía.

—Guárdate tus piropos, hija mía.

Subí por las escaleras a mi cuarto de hotel, el cuarto 1519. Hoy, sentía una capacidad genial para todo. ¿Qué iba a hacer? Al dar la vuelta al pasillo, vi correr por él a una figura juvenil. Iba saltando con gravedad protocolaria, vestida de rumbera pero con ciertas decoraciones extrañas: las piernas tatuadas, una argolla en la nariz, el pelo, lacio y negro, pesado de aceite, o sangre... Cascabeles en los pies y las orejas. Un hedor insoportable surgía de toda su carne, y a la vez, invitaba a comulgar con él. Sus dientes afilados asomaban y cantaban en murmullos de un eco viejísimo.

—Acabo de recoger las piezas rotas de aquel anciano que asesinaste. ¿Por qué me das más labores de las necesarias?

Palidecí.

—No te asustes. Es mi deber recoger esos trozos sueltos de carroña y llevarlos, siempre, en mi bolsa de mano. Y estoy tan cansada, Oliverio. Y hay formas mejores de asesinar entre nosotros, ¡maldito Oliverio!, ¿por qué lo mataste de esta manera, para tu goce personal, sin tolerar el contacto de todos...?

—¿Cómo te llamas?

—Tlazol, supongo que para servir a usted…

Cortesía hipócrita, que nos mantiene en un balancín paralítico: "para servir a usted", "ésta es su casa", "estoy a su disposición"… Tomé su mano ardiente, y Tlazol se sonrojó, pero apretó, a su vez, la mía. La introduje en mi habitación, mientras la boca permanecía sospechosamente callada, en su envoltura voluptuosa de seda y goma. ¡Para servir a usted!

(Supongo que Tlazol dejó entreabierta la puerta de la recámara; apenas me di cuenta de ello unos minutos antes de las doce: ya un pie aparecía por la abertura, listo para saltar, seguido del séquito sin número de sus cofrades negros. Me eché contra la puerta, pero el pie no cedía; comencé a escuchar sus parlamentos, sin voz, suaves, adormilados, que se prolongaban en chusmas por la galería del hotel; hablaban entre risas y aullidos, de comunión, de salud, de rajarse, rajarse, rajarse, en tanto que los labios habían despertado del sueño discreto que les produjo la visita de Tlazol, y reían sin templanza. ¿Como defenderme? No entraban porque no querían. Y sus canciones, tan up-to-date *(la vida no vale nada, siempre se empieza llorando, llorando siempre se acaba…)* cuando yo los sabía, a todos, ancianos, con un pulso de piedra y ceniza en las bocas. Les bastaría empujar, a todos juntos —sí, los adivinaba en millares, sedientos de algo que yo podría ofrecer, pero dispuestos a una paciencia lenta y risueña. ¡Algo debería detenerlos! Mis fuerzas huyeron, grité, grité, ¿puedo persuadiros si no me escucháis? Todas las cosas… las cosas están naturalmente hechas para cambiar, alterarse, morir, a fin de producir otras que las sucedan… ¿por qué siguen allí, iguales a sí mismos,

siempre, con sus corazones de metal? no saben, no saben que el hombre, que yo soy más fuerte que la naturaleza, porque ella es más fuerte que yo y no lo sabe oh, *les rapports natureles qui dérivent de la nature des choses,* si pudiera estar de pie ante ti, Naturaleza, simple hombre, *aber of Sand and a Heaven in a Wild Flower Hold infinity in the palm of your hand,* sí, eso es… *der Mensch will leben to see a World in a Grain,* no temas, no te entregaré a las aves de presa… te defiendo, yo, toda la cadena de columnas de mármol y flores silvestres y tempestades vencidas y papiros sangrantes y triunfos del espíritu y máquinas vivas que sólo funcionan gracias a Koenisberg. Toda la concurrencia invisible reía, a grandes carcajadas, tocaba guitarras, debía revolcarse en el suelo de risa; sus murmullos decían que mi letanía ya había sido encerrada por ellos —y regresaba a su prisión siempre que escapaba— en la tumba honda que reservan a todo el que pisa su suelo, tarde o temprano; los labios, todavía en su envoltura, cayeron de la silla al suelo, en un chillido incontenible, y el pie negro se retiró y pude cerrar, ya exhausto, la puerta.)

Tuve que salir inmediatamente, a respirar, a comprar una cajetilla. Saqué a la boca del paquete y la coloqué sobre mi solapa; como un azotador, allí se prendió a la lana. Por los pasillos del hotel, deambulaba Tlazol: no me quiso reconocer, y los labios aprovecharon mi distracción para saltar y apenas los vi, correteando por el tapete, meterse por la rendija de una puerta. ¡Horror, ingratitud! pensé. ¿Cómo seguirlos y vengarme…? Ya no era cuestión de tenerlos o admirarlos, sino de hacerles sentir el peso de mi voluntad… Abrí la puerta de una pieza oscura, busqué a tientas el contacto con las lámparas; no servían. A ciegas, hincado,

de barriga, intenté encontrar por el tapete la forma de los labios pulposos. ¿Dónde estaban? ¡No podía perderlos! ¡Era demasiado en un día!

—Aquí estoy, Oliverio —chilló la boca, silbando, desde un rincón.

Tropezando en la oscuridad, de hinojos, pegando la cabeza contra los muebles, hurgué entre el polvo. Los labios cayeron sobre mi cabeza, me golpeaban, chupaban el aire en mi nariz. Ya de pie, tiré sillas, derrumbé lámparas, y grité:

—¡No los encuentro, nunca los encontraré!

¡Yo no quería decir esto, al contrario, pensaba: no tardaré en hallarlos, aquí están…!

Y mi boca volvía a hablar, espumosa: —¡No puedo irme; esa boca es mi vida!

¡Qué iba a serlo —un capricho nada más! Pero mi boca seguía hablando, retorciéndose, diciendo lo que no pensaba. Corrí a mi cuarto. Una banda de merolicos tocaba junto al carrusel del parque. Me detuve frente al espejo. Estaba triste, y lancé una carcajada. Mi aliento sabía a calcinación antiquísima. Mis labios se movieron.

—Eres mi prisionero, Oliverio. Tú piensas, pero yo hablo.

Es cierto —se decía Oliverio mientras bajaba, con premura, las escaleras— los labios eran gruesos, frescos, torcidos; son la boca de sangre, plasmada sobre la suya. Oliverio rasgaba la boca con sus uñas; los ojos, dos gotas de terror; pero la boca reía, reía, reía.

—¿No lo vas a creer, Oliverio? Tú, piensas; yo, hablo.

Debía olvidar. Oliverio debía olvidar. Debía volver tarde, hasta el amanecer, y matar en el sueño esta locura y despertar refrescado en la mañana.

Sus movimientos, ya no eran suyos. La boca lo llevó por las calles, lo condujo a donde quiso. A los cenáculos literarios, al Jockey Club, a una sesión política, al Club de Banqueros, en todas partes aullando, insultando, escupiendo odio y sangre en los tapetes mullidos de estos bellos salones. Allí estaba Oliverio, en el centro del salón, agitando sus brazos, con una expresión de horror y vergüenza que no correspondía a la invectiva de sus labios amoratados…

"¡Payasos! ¿Dónde creen que están? ¿Suponen que impunemente pueden sentirse pasteles de vainilla sobre esta montaña de tortillas agusanadas? No se atrevan a hablar todo el día de la lucidez, como si la inteligencia fuera contagiosa, en un país oscuro, dinamitado de nervios y confusión; huérfanos, apócrifos: ¿por qué discursean sobre el clima del espíritu, sobre la conciencia de lo humano? ¡Cuidado!, ya vienen los monstruos a comérselos, en la noche, a oscuras: poetas sin poesía, críticos sin crítica, bardos del anuncio en tres minutos. Palpen sus músculos debajo de esas pesadas sotanas de inmortalidad, lechosos, fláccidos, hombres de pasta, de espina dorsal prestada, ¡descastados de ambas orillas: el dios griego los rechaza, el azteca se los comerá, se los comerá!… Ustedes, hombres gordos, de nalgas sin simetría, ratas sobre la escalera sin fin, dispuestos a todo, militando contra nada, ¡sepan del fracaso!, de la redención en él, siéntanse el último de los excrementos torcidos que generan las culebras de esta tierra de monolito seco: respétenlo todo, o viólenlo todo: todo será yermo, se convertirá en gelatina para las costillas sin vida de México, armazón suntuoso de la carne muerta, oscura, pantanosa que va chupando palabras y quehaceres, ¡nuestro destino es el fracaso: fuimos hechos a su semejanza, laboramos sin tregua para consumarlo, en él está nuestra obra, meta y realización! Hombres de buena fe: no valen aquí la conci-

liación y la reverencia, salvo como una expresión más de lo que ha de fracasar, tuercas enanas en el monstruo de piedra labrada de un país inútil, impotente, bien mostrenco que sólo subsiste mientras las fuerzas del éxito ajeno quieran respetarlo... Disfraces de Galilea, disfraces de Keynes, disfraces de Comte, disfraces de Fath y de Marx; todos los trituraremos, todos quedarán desnudos, y no habrá más ropa que la piedra y escama verde, la de pluma sangrienta y ópalo de nervios..."

Y entonces corrí fuera de los aposentos, ciego a las reacciones de aquellos hombres tan respetables, tan limpios, que en México se cuentan con los dedos de la mano. La boca era todo el motor; yo la seguía, prendido a ella, ya sin movimiento, como un bulto de tripas y piel.

—¡Ya me hacía falta un sistema nervioso al cual pegarme! —reía mi boca.

Volvimos al hotel. La boca me detuvo frente al ascensor. Ya iba a quebrar el alba. No quería subir en el aparato, pero no tuve remedio. Penetramos en él, y la boca ordenó: "Pique el último botón". El elevadorista se mostró reacio: "Nunca ha bajado hasta allá este elevador, señor". La boca insistía, y por fin ella misma puso mi dedo sobre el botón: descendimos, sin ruido, envueltos en viento musical, la puerta se abrió y un líquido parduzco entró en la jaula: este sótano, inundado, negro, olía a sudario, y pronto las luces y el ruido furioso le invadieron. Temblando, en un rincón de la jaula mecánica, grité espantado: por el largo subterráneo transitaban todos, con sus sonrisas petrificadas, en un sueño de momias sin sepultura: Tepoyollotl, enorme corazón de tierra, vomitando fuego, arrastrándose por los charcos con sus brazos de ventrículo de goma; Mayauel, borracha, la

cara pintada y los dientes amarillos; Tezcatlipoca, un vidrio de humos congelados en la noche; Izpapalotl seguida de una corte de mariposas apuñaladas; el doble en una galería de azogue, sombra de todas las sombras, Xolotl; sus plumas ennegrecidas de carbón y de un serpear sin tiempo entre los hacinamientos, Quetzalcóatl. Por las paredes, enredado en sus babas, subía el caracol, Tecciztecatl. Con hálito de nieve, un camaleón blanco devoraba el lodo, y la cabeza de los muertos brillaba al fondo, prisionera del flujo de los desperdicios, chirriando el canto de las guacamayas. Sobre el trono de tierra, silente y grávida, convirtiéndose en polvo negro, la Vieja Princesa de este sótano, Ilamatecuhtli, su faz raída por un velo de dagas. Los cuerpos devorados se sabían confundidos en el sedimento pulposo del lago.

Un ejército de mariposas rojas había arrastrado al elevadorista desmayado hasta el centro del lago; ahora regresaban, a recogerme a mí. "¡Vamos, Oliverio, a la comunión, a redimirte!", gritaron mis labios, mientras mi cuerpo, en su último esfuerzo, apretaba todos los timbres del ascensor, hasta que la puerta se cerró y subimos, lejos de la jauría, de su incesante cantar de pájaros sin alas.

Iba a amanecer. Quise desvestirme cuando unas uñas rascaron la puerta. Era Tlazol, pidiendo que le abriera.

—No puedo más, Tlazol. Otro día, por favor... hoy ya no...

Su voz, queda, murmuró:

—Ni modo, yo creí que eras muy macho.

¡Éste era el último insulto! Me habían arrebatado la dignidad, la posición social, la cortesía, mi voluntad entera, ¡ahora, acabarían por matar mi sexo! Abrí la puerta de par en par: Tlazol en traje de ceremonias, cargada de

joyas gruesas y serpientes, avanzó a abrazarme: mi boca reía dislocada. Tlazol cerró la puerta con llave, sus labios se acercaron a los míos, y a mordiscos arrancó su carne. En la mano de la Diosa brillaba un puñal opaco; lenta, lenta, lo acercó a mi corazón. La carne de los labios yacía, gimiendo espantosamente, en el suelo.

Los labios gritaban, casi en suspiro: —Huye, Oliverio, huye... No quise llegar hasta este punto... yo también creo... ¡Oh, por qué me arrancaste de la contemplación!...

Tlazol me abrazó en un espasmo sin suspiros. El puñal quedó allí, en mi centro, como un pivote loco, girando solo mientras ella abría la puerta a la caravana de ruidos minuciosos, de alas y culebras, que se amasaban en el pasillo, y las guitarras torcidas y las voces internas cantaban.

Mister Taylor

Augusto Monterroso

—Menos rara, aunque sin duda más ejemplar —dijo entonces el otro—, es la historia de mister Percy Taylor, cazador de cabezas en la selva amazónica.

Se sabe que en 1937 salió de Boston, Massachusetts, en donde había pulido su espíritu hasta el extremo de no tener un centavo. En 1944 aparece por primera vez en América del Sur, en la región del Amazonas, conviviendo con los indígenas de una tribu cuyo nombre no hace falta recordar.

Por sus ojeras y su aspecto famélico pronto llegó a ser conocido allí como "el gringo pobre", y los niños de la escuela hasta lo señalaban con el dedo y le tiraban piedras cuando pasaba con su barba brillante bajo el dorado sol tropical. Pero esto no afligía la humilde condición de Mr. Taylor porque había leído en el primer tomo de las *Obras completas* de William G. Knight que si no se siente envidia de los ricos la pobreza no deshonra.

En pocas semanas los naturales se acostumbraron a él y a su ropa extravagante. Además, como tenía los ojos azules y un vago acento extranjero, el Presidente y el Ministro de Relaciones Exteriores lo trataban con singular respeto, temerosos de provocar incidentes internacionales.

Tan pobre y mísero estaba, que cierto día se internó en la selva en busca de hierbas para alimentarse. Había caminado cosa de varios metros sin atreverse a volver el rostro, cuando por pura casualidad vio a través de la maleza dos ojos indígenas que lo observaban decididamente. Un largo estremecimiento recorrió la sensitiva espalda de Mr. Taylor. Pero Mr. Taylor, intrépido, arrostró el peligro y siguió su camino silbando como si nada hubiera visto.

De un salto (que no hay para qué llamar felino) el nativo se le puso enfrente y exclamó:

—*Buy head? Money, money.*

A pesar de que el inglés no podía ser peor, Mr. Taylor, algo indispuesto, sacó en claro que el indígena le ofrecía en venta una cabeza de hombre, curiosamente reducida, que traía en la mano.

Es innecesario decir que mister Taylor no estaba en capacidad de comprarla; pero como aparentó no comprender, el indio se sintió terriblemente disminuido por no hablar bien el inglés, y se la regaló pidiéndole disculpas.

Grande fue el regocijo con que mister Taylor regresó a su choza. Esa noche, acostado boca arriba sobre la precaria estera de palma que le servía de lecho, interrumpido tan sólo por el zumbar de las moscas acaloradas que revoloteaban en torno haciéndose obscenamente el amor, Mr. Taylor contempló con deleite durante un buen rato su curiosa adquisición. El mayor goce estético lo extraía de contar, uno por uno, los pelos de la barba y el bigote, y de ver de frente el par de ojillos entre irónicos que parecían sonreírle agradecidos por aquella deferencia.

Hombre de vasta cultura, Mr. Taylor solía entregarse a la contemplación; pero esta vez en seguida se aburrió de sus reflexiones filosóficas y dispuso obsequiar la cabeza a un tío suyo, Mr. Rolston, residente en Nueva York, quien

desde la más tierna infancia había revelado una fuerte inclinación por las manifestaciones culturales de los pueblos hispanoamericanos.

Pocos días después el tío de Mr. Taylor le pidió —previa indagación sobre el estado de su importante salud— que por favor lo complaciera con cinco más. Mr. Taylor accedió gustoso al capricho de Mr. Rolston y —no se sabe de qué modo— a vuelta de correo "tenía mucho agrado en satisfacer sus deseos". Muy reconocido, Mr. Rolston le solicitó otras diez. Mr. Taylor se sintió "halagadísimo de poder servirlo". Pero cuando pasado un mes aquél le rogó el envío de veinte, Mr. Taylor, hombre rudo y barbado pero de refinada sensibilidad artística, tuvo el presentimiento de que el hermano de su madre estaba haciendo negocio con ellas.

Bueno, si lo quieren saber, así era. Con toda franqueza, Mr. Rolston se lo dio a entender en una inspirada carta cuyos términos resueltamente comerciales hicieron vibrar como nunca las cuerdas del sensible espíritu de Mr. Taylor.

De inmediato concertaron una sociedad en la que Mr. Taylor se comprometía a obtener y remitir cabezas humanas reducidas en escala industrial, en tanto que Mr. Rolston las vendería lo mejor que pudiera en su país.

Los primeros días hubo algunas molestas dificultades con ciertos tipos del lugar. Pero Mr. Taylor, que en Boston había logrado las mejores notas con un ensayo sobre Joseph Henry Silliman, se reveló como político y obtuvo de las autoridades no sólo el permiso necesario para exportar, sino, además, una concesión exclusiva por noventa y nueve años. Escaso trabajo le costó convencer al guerrero Ejecutivo y a los brujos Legislativos de que aquel paso patriótico enriquecería en corto tiempo a la comunidad, y de que luego luego estarían todos los sedientos aborígenes

en posibilidad de beber (cada vez que hicieran una pausa en la recolección de cabezas) de beber un refresco bien frío, cuya fórmula mágica él mismo proporcionaría.

Cuando los miembros de la Cámara, después de un breve pero luminoso esfuerzo intelectual, se dieron cuenta de tales ventajas, sintieron hervir su amor a la patria y en tres días promulgaron un decreto exigiendo al pueblo que acelerara la producción de cabezas reducidas.

Contados meses más tarde, en el país de Mr. Taylor las cabezas alcanzaron aquella popularidad que todos recordamos. Al principio eran privilegio de las familias más pudientes; pero la democracia es la democracia y, nadie lo va a negar, en cuestión de semanas pudieron adquirirlas hasta los mismos maestros de escuela.

Un hogar sin su correspondiente cabeza teníase por un hogar fracasado. Pronto vinieron los coleccionistas y, con ellos, las contradicciones: poseer diecisiete cabezas llegó a ser considerado de mal gusto; pero era distinguido tener once. Se vulgarizaron tanto que los verdaderos elegantes fueron perdiendo interés y ya sólo por excepción adquirían alguna, si presentaba cualquier particularidad que la salvara de lo vulgar. Una, muy rara, con bigotes prusianos, que perteneciera en vida a un general bastante condecorado, fue obsequiada al Instituto Danfeller, el que a su vez donó, como de rayo, tres y medio millones de dólares para impulsar el desenvolvimiento de aquella manifestación cultural, tan excitante, de los pueblos hispanoamericanos.

Mientras tanto, la tribu había progresado en tal forma que ya contaba con una veredita alrededor del Palacio Legislativo. Por esa alegre veredita paseaban los domingos y el Día de la Independencia los miembros del Congreso, carraspeando, luciendo sus plumas, muy serios riéndose, en las bicicletas que les había obsequiado la Compañía.

Pero, ¿qué quieren? No todos los tiempos son buenos. Cuando menos lo esperaban se presentó la primera escasez de cabezas.

Entonces comenzó lo más alegre de la fiesta.

Las meras defunciones resultaron ya insuficientes. El Ministro de Salud Pública se sintió sincero, y una noche caliginosa, con la luz apagada, después de acariciarle un ratito el pecho como por no dejar, le confesó a su mujer que se consideraba incapaz de elevar la mortalidad a un nivel grato a los intereses de la Compañía, a lo que ella le contestó que no se preocupara, que ya vería cómo todo iba a salir bien, y que mejor se durmieran.

Para compensar esa deficiencia administrativa fue indispensable tomar medidas heroicas y se estableció la pena de muerte en forma rigurosa.

Los juristas se consultaron unos a otros y elevaron a la categoría de delito, penado con la horca o el fusilamiento, según su gravedad, hasta la falta más nimia.

Incluso las simples equivocaciones pasaron a ser hechos delictuosos. Ejemplo: si en una conversación banal, alguien, por puro descuido, decía "Hace mucho calor", y posteriormente podía comprobársele, termómetro en mano, que en realidad el calor no era para tanto, se le cobraba un pequeño impuesto y era pasado ahí mismo por las armas, correspondiendo la cabeza a la Compañía y, justo es decirlo, el tronco y las extremidades a los dolientes.

La legislación sobre las enfermedades ganó inmediata resonancia y fue muy comentada por el Cuerpo Diplomático y por las Cancillerías de potencias amigas.

De acuerdo con esa memorable legislación, a los enfermos graves se les concedían veinticuatro horas para poner en orden sus papeles y morirse; pero si en este tiempo tenían suerte y lograban contagiar a la familia, obtenían tantos

Biblioteca Central U.V

plazos de un mes como parientes fueran contaminados. Las víctimas de enfermedades leves y los simplemente indispuestos merecían el desprecio de la patria y, en la calle, cualquiera podía escupirles el rostro. Por primera vez en la historia fue reconocida la importancia de los médicos (hubo varios candidatos al premio Nobel) que no curaban a nadie. Fallecer se convirtió en ejemplo del más exaltado patriotismo, no sólo en el orden nacional, sino en el más glorioso, en el continental.

Con el empuje que alcanzaron otras industrias subsidiarias (la de ataúdes, en primer término, que floreció con la asistencia técnica de la Compañía) el país entró, como se dice, en un periodo de gran auge económico. Este impulso fue particularmente comprobable en una nueva veredita florida, por la que paseaban, envueltas en la melancolía de las doradas tardes de otoño, las señoras de los diputados, cuyas lindas cabecitas decían que sí, que sí, que todo estaba bien, cuando algún periodista solícito, desde el otro lado, las saludaba sonriente sacándose el sombrero.

Al margen recordaré que uno de estos periodistas, quien en cierta ocasión emitió un lluvioso estornudo que no pudo justificar, fue acusado de extremista y llevado al paredón de fusilamiento. Sólo después de su abnegado fin los académicos de la lengua reconocieron que ese periodista era una de las más grandes cabezas del país; pero una vez reducida quedó tan bien que ni siquiera se notaba la diferencia.

¿Y Mr. Taylor? Para ese tiempo ya había sido designado consejero particular del Presidente Constitucional. Ahora, y como ejemplo de lo que puede el esfuerzo individual, contaba los miles por miles; mas esto no le quitaba el sueño porque había leído en el último tomo de las *Obras completas* de William G. Knight que ser millonario no deshonra si no se desprecia a los pobres.

Creo que con ésta será la segunda vez que diga que no todos los tiempos son buenos.

Dada la prosperidad del negocio llegó un momento en que del vecindario sólo iban quedando ya las autoridades y sus señoras y los periodistas y sus señoras. Sin mucho esfuerzo, el cerebro de Mr. Taylor discurrió que el único remedio posible era fomentar la guerra con las tribus vecinas. ¿Por qué no? El progreso.

Con la ayuda de unos cañoncitos, la primera tribu fue limpiamente descabezada en escasos tres meses. Mr. Taylor saboreó la gloria de extender sus dominios. Luego vino la segunda; después la tercera y la cuarta y la quinta. El progreso se extendió con tanta rapidez que llegó la hora en que, por más esfuerzos que realizaron los técnicos, no fue posible encontrar tribus vecinas a quienes hacer la guerra.

Fue el principio del fin.

Las vereditas empezaron a languidecer. Sólo de vez en cuando se veía transitar por ellas a alguna señora, a algún poeta laureado con su libro bajo el brazo. La maleza, de nuevo, se apoderó de las dos, haciendo difícil y espinoso el delicado paso de las damas. Con las cabezas, escasearon las bicicletas y casi desaparecieron del todo los alegres saludos optimistas.

El fabricante de ataúdes estaba más triste y fúnebre que nunca. Y todos sentían como si acabaran de recordar de un grato sueño, de ese sueño formidable en que tú te encuentras una bolsa repleta de monedas de oro y la pones debajo de la almohada y sigues durmiendo y al día siguiente muy temprano, al despertar, la buscas y te hallas con el vacío.

Sin embargo, penosamente, el negocio seguía sosteniéndose. Pero ya se dormía con dificultad, por el temor a amanecer exportado.

Biblioteca Central U.V

En la patria de Mr. Taylor, por supuesto, la demanda era cada vez mayor. Diariamente aparecían nuevos inventos, pero en el fondo nadie creía en ellos y todos exigían las cabecitas hispanoamericanas.

Fue para la última crisis. Mr. Rolston, desesperado, pedía y pedía más cabezas. A pesar de que las acciones de la Compañía sufrieron un brusco descenso, Mr. Rolston estaba convencido de que su sobrino haría algo que lo sacara de aquella situación.

Los embarques, antes diarios, disminuyeron a uno por mes, ya con cualquier cosa, con cabezas de niño, de señoras, de diputados.

De repente cesaron del todo.

Un viernes áspero y gris, de vuelta de la Bolsa, aturdido aún por la gritería y por el lamentable espectáculo de pánico que daban sus amigos, Mr. Rolston se decidió a saltar por la ventana (en vez de usar el revólver, cuyo ruido lo hubiera llenado de terror) cuando al abrir un paquete del correo se encontró con la cabecita de Mr. Taylor, que le sonreía desde lejos, desde el fiero Amazonas, con una sonrisa falsa de niño que parecía decir: "Perdón, perdón, no lo vuelvo a hacer."

El anillo

Elena Garro

—Siempre fuimos pobres señor, y siempre fuimos desgraciados, pero no tanto como ahora en que la congoja campea por mis cuartos y corrales. Ya sé que el mal se presenta en cualquier tiempo y que toma cualquier forma, pero nunca pensé que tomara la figura de un anillo. Cruzaba yo la Plaza de los Héroes, estaba oscureciendo y la boruca de los pájaros en los laureles empezaba a calmarse. Se me había hecho tarde. "Quién sabe qué estarán haciendo mis muchachos", me iba yo diciendo. Desde el alba me había venido para Cuernavaca. Tenía yo urgencia de llegar a mi casa, porque mi esposo, como es debido cuando uno es mal casada: bebe, y cuando yo me ausento se dedica a golpear a mis muchachos. Con mis hijos ya no se mete, están grandes señor, y Dios no lo quiera, pero podrían devolverle el golpe. En cambio con las niñas se desquita. Apenas salía yo de la calle que baja del mercado, cuando me cogió la lluvia. Llovía tanto, que se habían formado ríos en las banquetas. Iba yo empinada para guardar mi cara de la lluvia, cuando vi brillar a mi desgracia en medio del agua que corría entre las piedras. Parecía una serpientita de oro, bien entumida por la frescura del agua. A su lado se formaban remolinos chiquitos.

"¡Ándale, Camila, un anillo dorado!" y me agaché y lo cogí. No fue robo. La calle es la calle y lo que pertenece a la calle nos pertenece a todos. Estaba bien frío y no tenía ninguna piedra: era una alianza. Se secó en la palma de mi mano y no me pareció que extrañara ningún dedo, porque se me quedó quieto y se entibió luego. En el camino a mi casa me iba yo diciendo: "Se lo daré a Severina, mi hijita mayor". Somos tan pobres, que nunca hemos tenido ninguna alhaja y mi lujo señor, antes de que nos desposeyeran de las tierras, para hacer el mentado tiro al pichón en donde nosotros sembrábamos, fue comprarme unas chanclitas de charol con trabilla, para ir al entierro de mi niño. Usted debe de acordarse, señor, de aquel día en que los pistoleros de Legorreta lo mataron a causa de las tierras. Ya entonces éramos pobres, pero desde ese día sin mis tierras y sin mi hijo mayor, hemos quedado verdaderamente en la desdicha. Por eso cualquier gustito nos da tantísimo gusto. Me encontré a mis muchachos sentados alrededor del comal.

—¡Anden, hijos! ¿Cómo pasaron el día?

—Aguardando su vuelta, me contestaron. Y vi que en todo el día no habían probado bocado.

—Enciendan la lumbre, vamos a cenar.

Los muchachos encendieron la lumbre y yo saqué el cilantro y el queso.

—¡Qué gustosos andaríamos con un pedacito de oro! —dije yo preparando la sorpresa. ¡Qué suerte la de la mujer que puede decir que sí o que no, moviendo sus pendientes de oro!

—Sí, qué suerte… —dijeron mis muchachitos.

—¡Qué suerte la de la joven que puede señalar con su dedo para lucir un anillo! —dije.

Mis muchachos se echaron a reír y yo saqué el anillo y lo puse en el dedo de mi hija Severina. Y allí paró todo,

señor, hasta que Adrián llegó al pueblo, para caracolear sus ojos delante de las muchachas. Adrián no trabajaba más que dos o tres veces a la semana reparando las cercas de piedra. Los más de los días los pasaba en la puerta de "El Capricho" mirando cómo comprábamos la sal y las botellas de refrescos. Un día detuvo a mi hijita Aurelia.

—¿Oye niña, de qué está hecha tu hermanita Severina?

—Yo no sé… —le contestó la inocente.

—Oye niña, ¿y para quién está hecha tu hermanita Severina?

—Yo no sé… —le contestó la inocente.

—Oye niña, ¿y esa mano en la que lleva el anillo a quién se la regaló?

—Yo no sé… —le contestó la inocente.

—Mira, niña, dile a tu hermanita Severina que cuando compre la sal me deje que se la pague y que me deje mirar sus ojos.

—Sí, joven —le contestó la inocente. Y llegó a platicarle a su hermana lo que le había dicho Adrián.

La tarde del siete de mayo estaba terminando. Hacía mucho calor y el trabajo nos había dado sed a mi hija Severina y a mí.

—Anda, hija, ve a comprar unos refrescos.

Mi hija se fue y yo me quedé esperando su vuelta sentada en el patio de mi casa. En la espera me puse a mirar cómo el patio estaba roto y lleno de polvo. Ser pobre señor, es irse quebrando como cualquier ladrillo muy pisado. Así somos los pobres, ni quien nos mire y todos nos pasan por encima. Ya usted mismo lo vio, señor, cuando mataron a mi hijito el mayor para quitarnos las tierras. ¿Qué pasó? Que el asesino Legorreta se hizo un palacio sobre mi terreno y ahora tiene sus reclinatorios de seda blanca, en la iglesia del

pueblo y los domingos cuando viene desde México, la llena con sus pistoleros y sus familiares, y nosotros los descalzos, mejor no entramos para no ver tanto desacato. Y de sufrir tanta injusticia, se nos juntan los años y nos barren el gusto y la alegría y se queda uno como un montón de tierra antes de que la tierra nos cobije. En esos pensamientos andaba yo, sentada en el patio de mi casa, ese siete de mayo. "¡Mírate, Camila, bien fregada!" "Mira a tus hijos. ¿Qué van a durar? ¡Nada! Antes de que lo sepan estarán aquí sentados, si es que no están muertos como mi difuntito asesinado, con la cabeza ardida por la pobreza, y los años colgándoles como piedras, contando los días en que no pasaron hambre..." Y me fui, señor, a caminar mi vida. Y vi que todos los caminos estaban llenos con las huellas de mis pies. ¡Cuánto se camina! ¡Cuánto se rodea! Y todo para nada o para encontrar una mañana a su hijito tirado en la milpa con la cabeza rota por los máuseres y la sangre saliéndole por la boca. No lloré, señor. Si el pobre empezara a llorar, sus lágrimas ahogarían al mundo, porque motivo para llanto son todos los días. Ya me dará Dios lugar para llorar, me estaba yo diciendo, cuando me vi que estaba en el corredor de mi casa esperando la vuelta de mi hijita Severina. La lumbre estaba apagada y los perros estaban ladrando como ladran en la noche, cuando las piedras cambian de lugar. Recordé que mis hijos se habían ido con su papá a la peregrinación del Día de la Cruz en Guerrero y que no iban a volver hasta el día nueve. Luego recordé que Severina había ido a "El Capricho". "¿Dónde fue mi hija que no ha vuelto?" Miré el cielo y vi cómo las estrellas iban a la carrera. Bajé mis ojos y me hallé con los de Severina, que me miraban tristes desde un pilar.

—Aquí tiene su refresco —me dijo con una voz en la que acababan de sembrar a la desdicha.

Me alcanzó la botella de refresco y fue entonces cuando vi que su mano estaba hinchada y que el anillo no lo llevaba.

—¿Dónde está tu anillo, hija?

—Acuéstese, mamá.

Se tendió en su camita con los ojos abiertos. Yo me tendí junto a ella. La noche pasó larga y mi hijita no volvió a usar la palabra en muchos días. Cuando Gabino llegó con los muchachos, Severina ya empezaba a secarse.

—¿Quién le hizo el mal? —preguntó Gabino y se arrinconó y no quiso beber alcohol en muchos días.

Pasó el tiempo y Severina seguía secándose. Sólo su mano seguía hinchada. Yo soy ignorante, señor, nunca fui a la escuela, pero me fui a Cuernavaca a buscar al doctor Adame, con domicilio en Aldana 17.

—Doctor, mi hija se está secando...

El doctor se vino conmigo al pueblo. Aquí guardo todavía sus recetas. —Camila sacó unos papeles arrugados.

—¡Mamá! ¿Sabes quién le hinchó la mano a Severina? —me preguntó Aurelia.

—No, hija, ¿quién?

—Adrián, para quitarle el anillo.

¡Ah, el ingrato! y en mis adentros veía que las recetas del doctor Adame no la podían aliviar. Entonces, una mañana, me fui a ver a Leonor, la tía del nombrado Adrián.

—Pasa, Camila.

Entré con precauciones: mirando para todos lados para ver si lo veía.

—Mira, Leonor, yo no sé quién es tu sobrino, ni qué lo trajo al pueblo, pero quiero que me devuelva el anillo, que le quitó a mi hija, pues de él se vale para hacerle el mal.

—¿Qué anillo?

—El anillo que yo le regalé a Severina. Adrián con sus propias manos se lo sacó en "El Capricho" y desde entonces ella está desconocida.

—No vengas a ofender, Camila. Adrián no es hijo de bruja.

—Leonor, dile que me devuelva el anillo por el bien de él y de toda su familia.

—¡Yo no puedo decirle nada! Ni me gusta que ofendan a mi sangre bajo mi techo.

Me fui de allí y toda la noche velé a mi niña. Ya sabe, señor, que lo único que la gente regala es el mal. Esa noche Severina empezó a hablar el idioma de los maleados. ¡Ay, Jesús bendito, no permitas que mi hija muera endemoniada! Y me puse a rezar una Magnífica. Mi comadre Gabriel, aquí presente, me dijo: "Vamos por Fulgencia, para que le saque el mal del pecho". Dejamos a la niña en compañía de su padre y sus hermanos y nos fuimos por Fulgencia. Luego, toda la noche Fulgencia curó a la niña, cubierta con una sábana.

—Después de que cante el primer gallo, le habré sacado el mal —dijo.

Y así fue señor, de repente Severina se sentó en la cama y gritó: "¡Ayúdeme mamacita!" Y echó por la boca un animal tan grande como mi mano. El animal traía entre sus patas pedacitos de su corazón. Porque mi niña tenía al animal amarrado a su corazón... Entonces cantó el primer gallo.

—Mira —me dijo Fulgencia— ahora que te devuelvan el anillo, porque antes de los tres meses habrán crecido las crías.

Apenas amaneció, me fui a las cercas a buscar al ingrato. Allí lo esperé. Lo vi venir, no venía silbando, con un pie venía trayendo a golpecitos una piedra. Traía los ojos bajos y las manos en los bolsillos.

—Mira, Adrián el desconocido, no sabemos de dónde vienes, ni quiénes fueron tus padres y sin embargo te hemos recibido aquí con cortesía. Tú en cambio andas dañando a las jóvenes. Yo soy la madre de Severina y te pido que me devuelvas el anillo con el que le haces el mal.

—¿Qué anillo? —me dijo ladeando la cabeza. Y vi que sus ojos brillaban con gusto.

—El que le quitaste a mi hijita en "El Capricho".

—¿Quién lo dijo? —y se ladeó el sombrero.

—Lo dijo Aurelia.

—¿Acaso lo ha dicho la propia Severina?

—¡Cómo lo ha de decir si está dañada!

—¡Hum!... Pues cuántas cosas se dicen en este pueblo. ¡Y quién lo dijera con tan bonitas mañanas!

—Entonces ¿no me lo vas a dar?

—¿Y quién dijo que lo tengo?

—Yo te voy a hacer el mal a ti y a toda tu familia —le prometí.

Lo dejé en las cercas y me volví a mi casa. Me encontré a Severina sentadita en el corral, al rayo del sol. Pasaron los días y la niña se empezó a mejorar. Yo andaba trabajando en el campo y Fulgencia venía para cuidarla.

—¿Ya te dieron el anillo?

—No.

—Las crías están creciendo.

Seis veces fui a ver al ingrato Adrián a rogarle que me devolviera el anillo. Y seis veces se recargó contra las cercas y me lo negó gustoso.

—Mamá, dice Adrián que aunque quisiera no podría devolver el anillo, porque lo machacó con una piedra y lo tiró a una barranca. Fue una noche que andaba borracho y no se acuerda de cuál barranca fue.

—Dile que me diga cuál barranca es para ir a buscarlo.

—No se acuerda...

Me repitió mi hija Aurelia y se me quedó mirando con la primera tristeza de su vida. Me salí de mi casa y me fui a buscar a Adrián.

—Mira, desconocido, acuérdate de la barranca en la que tiraste el anillo.

—¿Qué barranca?

—En la que tiraste el anillo.

—¿Qué anillo?

—¿No te quieres acordar?

—De lo único que me quiero acordar es que de aquí a catorce días me caso con mi prima Inés.

—¿La hija de tu tía Leonor?

—Sí, con esa joven.

—Es muy nueva la noticia.

—Tan nueva de esta mañana…

—Antes me vas a dar el anillo de mi hija Severina. Los tres meses ya se están cumpliendo.

Adrián se me quedó mirando, como si me mirara de muy lejos, se recargó en la cerca y adelantó un pie.

—Eso sí que no se va a poder…

Y allí se quedó, mirando al suelo. Cuando llegué a mi casa, Severina se había tendido en su camita. Aurelia me dijo que no podía caminar. Mandé traer a Fulgencia. Al llegar nos contó que la boda de Inés y de Adrián era para un domingo y que ya habían invitado a las familias. Luego miró a Severina con mucha tristeza.

—Tu hija no tiene cura. Tres veces le sacaremos el mal y tres veces dejará crías. No cuentes más con ella.

Mi hija empezó a hablar el idioma desconocido y sus ojos se clavaron en el techo. Así estuvo varios días y varias noches. Fulgencia no podía sacarle el mal, hasta que llegara a su cabal tamaño. ¿Y quién nos dice, señor, que anoche se nos pone tan malísima? Fulgencia le sacó al segundo animal con pedazos muy grandes de su corazón. Apenas le quedó un pedazo chiquito de corazón, pero bastante grande para que el tercer animal se prenda de

él. Esta mañana mi niña estaba como muerta y yo oí que repicaban campanas.

—¿Qué es ese ruido, mamá?

—Campanas, hija…

—Se está casando Adrián —le dijo Aurelia.

Y yo, señor, me acordé del ingrato y del festín que estaba viviendo mientras mi hijita moría.

—Ahora vengo —dije.

Y me fui cruzando el pueblo y llegué a casa de Leonor.

—Pasa, Camila.

Había mucha gente y muchas cazuelas de mole y botellas de refrescos. Entré mirando por todas partes, para ver si lo veía. Allí estaba con la boca risueña y los ojos serios. También estaba Inés, bien risueña, y allí estaban sus tíos y sus primos los Cadena, bien risueños.

—Adrián, Severina ya no es de este mundo. No sé si le quede un pie de tierra para retoñar. Dime en qué barranca tiraste el anillo que la está matando.

Adrián se sobresaltó y luego le vi el rencor en los ojos.

—Yo no conozco barrancas. Las plantas se secan por mucho sol y falta de riego. Y las muchachas por estar hechas para alguien y quedarse sin nadie…

Todos oímos el silbar de sus palabras enojadas.

—Severina se está secando, porque fue hecha para alguien que no fuiste tú. Por eso le has hecho el maleficio. ¡Hechicero de mujeres!

—Doña Camila, no es usted la que sabe para quién está hecha su hijita Severina.

Se echó para atrás y me miró con los ojos encendidos. No parecía el novio de este domingo: no le quedó la menor huella del gozo, ni el recuerdo de la risa.

—El mal está hecho. Ya es tarde para el remedio.

Así dijo el desconocido de Ometepec y se fue haciendo para atrás, mirándome con más enojo. Yo me fui hacia él, como si me llevaran sus ojos. "Se va a desaparecer", me fui diciendo, mientras caminaba hacia adelante y él avanzaba para atrás, cada vez más enojado. Así salimos hasta la calle, porque él me seguía llevando, con las llamas de sus ojos. "Va a mi casa a matar a Severina", le leí el pensamiento, señor, porque para allá se encaminaba, de espaldas, buscando el camino con sus talones. Le vi su camisa blanca, llameante, y luego, cuando torció la esquina de mi casa, se la vi bien roja. No sé cómo, señor, alcancé a darle en el corazón, antes de que acabara con mi hijita Severina...

Camila guardó silencio. El hombre de la Comisaría la miró aburrido. La joven que tomaba las declaraciones en taquigrafía detuvo el lápiz. Sentados en unas sillas de tule, los deudos y la viuda de Adrián Cadena bajaron la cabeza. Inés tenía sangre en el pecho y los ojos secos.

Gabino movió la cabeza apoyando las palabras de su mujer.

—Firme aquí, señora, y despídase de su marido porque la vamos a encerrar.

—Yo no sé firmar.

Los deudos de Adrián Cadena se volvieron a la puerta por la que acababa de aparecer Severina. Venía pálida y con las trenzas deshechas.

—¿Por qué lo mató, mamá?... Yo le rogué que no se casara con su prima Inés. Ahora el día que yo muera, me voy a topar con su enojo por haberlo separado de ella...

Severina se tapó la cara con las manos y Camila no pudo decir nada.

La sorpresa la dejó muda mucho tiempo.

—¡Mamá, me dejó usted el camino solo!...

Severina miró a los presentes. Sus ojos cayeron sobre Inés, ésta se llevó la mano al pecho y sobre su vestido de linón rosa, acarició la sangre seca de Adrián Cadena.

—Mucho lloró la noche en que Fulgencia te sacó a su niño. Después, de sentimiento quiso casarse conmigo. Era huérfano y yo era su prima. Era muy desconocido en sus amores y en sus maneras... —dijo Inés bajando los ojos, mientras su mano acariciaba la sangre de Adrián Cadena.

Al rato le entregaron la camisa rosa de su joven marido: cosido en el lugar del corazón había una alianza, como una serpientita de oro y en ella grabadas las palabras: "Adrián y Severina gloriosos".

Los hombres en el pantano

José Revueltas

La cuestión era escuchar algo vivo, y todos esperaban que este anhelado acontecimiento se produjera una vez más, de cualquier modo y como fuese, después de las dos ocasiones, ya tan lejanas al parecer, en que había ocurrido y en que esto los hizo respirar con un alivio cínico, puro y ruin, ahí metidos como estaban, con el agua cenagosa hasta el pecho.

Tres insoportables días de infierno, de silencio enloquecedor, las dos patrullas enemigas una enfrente de la otra, absolutamente nada más vigilándose, pero con una vigilancia ciega, que no disponía sino tan sólo de los ruidos para orientar el fuego de sus armas en medio del espeso manglar.

La primera ocasión fue cuando el cabo Frank Robles, de Arizona, comenzó a chillar como un estúpido y en seguida una ráfaga de plomo japonés lo hizo callar para siempre. La segunda fue en el otro extremo del pantano —a muy corta distancia y también durante el primer día—, entre los juncos donde estaba el enemigo: alguien que no pudo reprimir un acceso de tos, por lo visto alguien delicado de salud y susceptible a los resfriados, de los que, después de esto, ya no tendría oportunidad de contraer jamás ningún

otro. Los dos hombres habían lanzado al morir un alarido espantoso —el de Arizona y el japonés a su turno respectivo—, un alarido que pareció reconfortar, tonificar de igual manera a los dos bandos, en aquella lucha de silencios, de inmovilidad absoluta, que era peor que cualquier otra cosa del mundo.

Se trataba únicamente de oírse, de oírse nada más, y no importaba que el grito representara una baja japonesa o norteamericana, sino que todos supieran, mediante ese grito, mediante esa muerte, que cada uno de ellos no estaba solo ni muerto sobre la superficie de la tierra.

Tres días sin moverse, torturados por el hambre y el frío, sin que ninguno pudiera saber en qué lugar se encontraría su compañero más próximo, ni el enemigo, cada quien a solas, a solas con su vida y su cuerpo, sin nadie, cada quien con la conciencia de su propia soledad, cada quien víctima de la desvinculación, una desvinculación definitiva, total, envueltos en aquello sin sentido, sin lógica, que ya era algo más que la guerra, algo que estaba más allá de la guerra, y que sin embargo era la guerra, y era la sociedad, y eran los hombres, sólo que todo ello visto hasta lo más desnudo del ser, hasta lo más exacto de su desnudez.

De pronto se dieron cuenta de que el prodigio iba a repetirse. Sucedió que del lado americano —americano aunque todos ellos eran mexicanos de Texas, Nuevo México y California, unos veinte hombres en números redondos—, algún imprudente o loco se había movido, confiado tal vez en las sombras de la noche, agitando ruidosamente los juncos y produciendo un rumor asombrosamente claro, preciso, increíble ahí en el pantano, donde aquello significaba la muerte.

Los cuerpos se contrajeron bajo el efecto de una extraña perturbación enervante y ansiosa al escuchar el ruido

extraordinario. Sabían lo que iba a ocurrir en seguida —la descarga del fusil automático del japonés, el aullido un tanto animal, pero no obstante humano, de su camarada, y tal vez lo que en el pantano hasta ese momento había sido improbable, una pequeña escaramuza, para volver de nuevo al silencio y la inmovilidad aterradores, por quién sabe cuánto tiempo más—, lo sabían perfectamente, pero saberlo no tenía importancia, puesto que ahí el carácter de los hechos era otro: los hechos no eran sino testimonios, un modo de vivir, un modo de atestiguarse cada uno a sí mismo con la muerte.

Joe Martínez pensó, después de conjeturar en las tinieblas la posible dirección del ruido, que bien podría tratarse del negro Smith, de Texas. "Con tal de que no sea Johnny", se dijo, pues Johnny también estaba en el pantano. Era su cuñado, un muchacho carpintero de Los Ángeles, que a la sazón debía tener dieciocho años. "Con tal de que no sea el pequeño Johnny." Recordó la alegre figura juvenil del muchacho cuando se gastaban juntos un montón de níqueles, durante la mañana entera de los domingos, para derribar aviones ficticios en los aparatos de juego de los establecimientos de Main Street. Hoy las cosas eran distintas, naturalmente.

Después del ruido sobrevino una amenazante, una abrumadora quietud, hasta que alguien, de tal manera próximo a Joe que éste pudo sentir el calor de su aliento, dijo en voz muy queda algo parecido a una frase como "¡hasta que por fin!", en que se notaba un singular descanso.

Del otro lado ya un japonés estaría tratando de orientar en las tinieblas su fusil-ametralladora, ya estaría moviéndose con la lentitud de un reloj de arena.

Joe clavó la punta de los pies en el fondo cenagoso de las aguas, del mismo modo como lo hacía de pequeño para

ver, por encima de los hombros de alguien, un desfile militar en las calles de su pueblo, llamado Apaches, en Texas. Aun para él era una sensación dulce, feliz, la de saber que de un momento a otro aquello iba a producirse. "Esperen, no tarda", volvió a escucharse la misma voz quedísima. Las palabras permanecieron flotando en el aire negro de la noche. "Ahorita, en este minuto." Joe tuvo una duda inquietante. ¿No sería él mismo quien estaba hablando en voz alta sin darse cuenta? Se mordió los labios con fuerza, trémulo de ansiedad. No, desde luego, pues la voz ajena volvió a la carga. "¿Oíste eso, Joe? Esto va a ser muy distinto, va a resultar mejor de lo que imaginábamos. ¿Oíste bien, Joe? ¿Quieres jugarte una apuesta?" Joe no respondió. Sí, había escuchado el segundo ruido, el que vino después del crepitar de los juncos, un golpe disparejo, separado como en dos tiempos por una frágil intermitencia y, simultáneamente al golpe, apenas quizá un poco antes, aquella especie de grito inarticulado, ronco, igual que el gemido de un perro. Recordaba que en esa dirección le pareció ver por la mañana, pero de una manera demasiado fugaz para sentirse seguro, la figura del negro Smith.

La cuestión estaba clara: la forma indecisa del golpe y luego ese gemido como sin terminar, querían decir entonces —todos estaban seguros de que así era y experimentaban un íntimo regocijo indecible—, querían decir entonces que el japonés había fallado al primer intento; querían decir entonces que el japonés no quiso emplear su fusil automático; querían decir entonces que el ataque era con arma blanca. Con arma blanca, un hermoso cuchillo oriental o tal vez un legendario sable que habría pertenecido a alguno de los samuráis imperiales.

La lucha sería cuerpo a cuerpo, algo infinitamente más pujante, más intenso; en efecto, algo mejor de lo que

esperaban: "¿Ahora, Joe, quieres cruzar la apuesta? Tú elige al nuestro, yo me quedo con el japonés. ¿Medio dólar?" Joe no quiso responder. Hacía esfuerzos por identificar esta voz que al mismo tiempo que lo trataba tan familiarmente le parecía de tal modo desconocida.

El negro Smith —bien, en caso de que se tratara realmente del negro Smith— había lanzado eso que a Joe le pareció igual que el gemido de un perro, con la misma entonación de cualquier negro a quien sorprenden, digamos, en el momento de robar una caja de cerveza en alguna tienda del Downtown. O aunque no sea una caja de cerveza, sino lo que se quiera: de todos modos un gemido de negro acosado, desamparado, de negro perseguido y lleno de asombro. Se habría quedado dormido —esto es inevitable aquí, después de tanto tiempo sin dormir, pero hay que saber hacerlo como quien dice con un solo ojo—, y dormido fue cuando cometió la grandísima tontería de moverse, el muy bruto, y hacer ruido entre los juncos, para no despertar sino hasta que ya tenía encima al japonés. Entonces fue cuando se oyó esa cosa únicamente gutural, muy negra, muy de los negros que cantan con voz de bajo profundo, por lo que casi sin duda debía tratarse del negro Smith. Aquel gemido con seguridad estaba relacionado con su sueño; es decir, la irrupción del japonés debió ser parte del sueño, una culminación lógica del sueño, ya en la realidad, como suele ocurrir cuando alguien sueña con un incendio, y lo que pasa es que se durmió con el cigarro encendido y la almohada ha comenzado a quemarse y a lanzar humo.

Lo que habría soñado el negro Smith. Por ejemplo: viajaba en el autobús al que subiría para estar al abrigo del frío, esos autobuses de la Greyhound, con su clima artificial, calentito en invierno, y fresco en verano, ahí, instalado en

la parte posterior donde deben sentarse los negros, muy calentito, pues aquí entre las aguas el frío era tremendo y un sueño así bien pudiera ser posible por fuerza del deseo. Pero tampoco en el autobús se sentía calor, sino el mismo hielo dentro de los huesos, hasta que un gigantesco gendarme golpeaba al pobre negro Smith con una macana, diciéndole que a ver si él lo haría entrar en calor a golpes, y era aquí cuando el negro Smith despertaba en el pantano ante la sombra del pequeño japonés que se le había echado encima. O quién sabe, ya que se pueden soñar muchas cosas, mil cosas distintas, aun en esos brevísimos segundos en que no es posible más y uno cierra los párpados, vencido, pero siempre para soñar escenas que de un modo o de otro tienen que ver con el pantano, con el fango, con los juncos, con los mosquitos, con los japoneses, con el hambre y el frío, como esos sueños de Joe siempre de frío, donde la marmita llena de ponche, a pesar de que deja escapar nubes de vapor mientras hierve sobre el fuego, en cuanto Joe la vierte en la taza sólo deja salir un líquido helado.

Al mismo tiempo Joe repasaba mentalmente, como paladeándolos, los ruidos que hasta ese momento se habían producido en el pantano: primero el crujir de los bejucos al peso de un cuerpo dormido que va cayendo con suavidad sobre ellos; después la extraña vocalización cavernosa del hombre a quien se despierta de súbito, y en seguida, aquel golpe partido en dos, aquel golpe que yerra, igual que el acorde, con una disonancia sólo perceptible para el virtuoso.

Sonreía. Hermoso, todo aquello. Ésos no eran ridículos cantos de pájaros, rumores de la selva, ni todo lo que habitualmente escuchaban en el manglar. Ésos eran hombres, ésos eran ruidos de hombres que se mataban igual que bestias, pero donde Joe encontraba su propia identidad sombría, la conciencia de cuya culpa personal se dibujaba

cada vez más precisa en su mente como una adquisición cruel y necesaria, gracias a esta experiencia del pantano, gracias a esta experiencia embriagadora.

Se escuchó, inmediatamente después, algo más, ahora en el agua, un zambullirse de tal modo sutil, que parecía no serlo, tensamente silencioso. Todos se daban cuenta de que era el negro Smith, de que no era nadie más que el negro Smith, quien se escondía bajo el pantano para esquivar el ataque y sorprender al enemigo. Luego un silencio angustioso, en espera de escuchar en seguida el tableteo de la ametralladora.

Pero no, el japonés seguía sin disparar hacia el punto donde se oyó el ruido. Algo extraño, pero todos comprendían: significaba que los japoneses —y por tal razón tampoco sus enemigos— usarían ya en lo sucesivo sus armas de fuego; que de aquí en adelante la lucha iba cifrarse, de un modo exclusivo, en esta cacería de lobos, al tacto, esta alucinante cacería de ciegos, para dificultar cada quien hasta el extremo de lo imposible el descubrimiento de sus posiciones. De súbito el silencio era otra clase de silencio, un silencio maravilloso, lleno de vida, de hazañas invisibles que se advertían en las tinieblas con una diafanidad y certeza matemáticas, que lo llenaban todo.

Se podía hasta pensar que eso no era la guerra, sino algún juego fraternal, porque aquellos dos grupos de seres, quietos y enemigos, hundidos en el pantano de alguna isla perdida en la inmensidad del Pacífico, ya no tenían ningún otro interés que el de no perderse un solo detalle de esta lucha viva que se libraba en las tinieblas, este concreto existir con el que los resucitaba el sigiloso, el apasionante combate entre el negro Smith y el japonés, la muerte, el modo peculiar de la muerte de cualquiera de los dos, y después, la muerte de cada uno de los que les seguirían.

Aquellos hombres habían reducido la guerra a sus elementos más simples, reales y descarnados, al de la guerra sin propósitos, al de la guerra pura, sin discursos patrióticos ni invocaciones a Dios; y la guerra, por su parte, los había llevado al otro lado de los límites del hombre, donde ya no eran seres reales, donde habían dejado de ser hombres y no podían encontrar ninguna otra manifestación de vida sino en la muerte; donde lo único humano y viviente que les quedaba en la existencia era el aullido de los que morían, y donde la única acción viva que les estaba permitida era la acción de matar.

"Lo bueno que no fue Johnny", se dijo otra vez Joe. La inexperiencia, la nerviosidad de Johnny, lo hacían temer a cada momento por el muchacho, y además estaban las súplicas que le hizo Paulina, con lágrimas en los ojos, acerca de que se hiciera cargo de él como si fuera su padre, ya que iban a estar juntos en la misma unidad del ejército.

Prestó mayor atención, con todos los sentidos alerta y un palpitar agudo, galopante, en las sienes, en el pecho, en la palma de las manos. En estos momentos el japonés buscaba en las aguas del pantano, sondeándolas con una suavidad imperceptible y una tibia dulzura, mediante algún objeto ancho —podría ser la culata de su fusil automático—, a guisa de remo, como quien boga en silencio, amorosamente, sobre la tersa superficie de un canal. Era una búsqueda fascinante, exquisita y fina, llena de encanto, exenta en absoluto de animadversión u odio. Lo encontraría. Iba a encontrar al negro, inexorablemente el japonés encontraría al negro, tarde o temprano, y en seguida lo destrozaría a cuchilladas, con una ternura violenta y silenciosa, en medio de la sólida y quieta oscuridad del manglar.

Pero si el negro salía bien librado de este mal negocio, Joe se lo preguntaría, no faltaba más, cuando ambos estuvieran otra vez en su hermosa Texas, con la vista fija en la inmensidad verde de los campos: "Dime, viejo Smith, maldito negro Smith, ¿qué soñabas *allá* —¿te acuerdas?—, cuando te pilló dormido aquel *chapo* del demonio? Siempre me imaginé que soñabas estar dentro de un autobús, muy a gusto, y de pronto ¡zas!, el japonés que te cae encima." Reirían a carcajada abierta, ahí mismito, frente a las dulces y suaves praderas tejanas.

Porque, ¿qué se puede soñar cuando, después de no pegar los ojos en el pantano durante tres días, nos dormimos unos segundos y nos despierta el japonés con un golpe para darnos muerte? Aunque también el negro Smith podría haber soñado la realidad misma, eso era muy posible. Haber soñado que estaba ahí, dormido, y que de pronto caía sobre él un japonés al advertir su presencia en las tinieblas a causa de un movimiento falso provocado por una de esas convulsiones nerviosas del sueño. ¿Por qué no podría haber soñado el negro Smith lo que en realidad pasó?

Otra vez muy próxima a él, Joe volvió a escuchar esa voz desconocida, pero que le hablaba con tanta familiaridad. "Te aseguro, Joe, que ahora sí no escuchaste nada. La cosa ya terminó, sin un grito; de seguro el japonés apergolló al nuestro sin dejarlo sacar la cabeza del agua. Hubieras perdido la apuesta."

Joe sintió algo muy extraño en las piernas.

Ahora, por fin, reconocía aquella voz que era la propia, inconfundible voz del negro Smith, que quién sabe por qué no habría podido reconocerla antes.

Pensó en Johnny. ¿Qué habría estado soñando Johnny?

Bien, de todos modos, le agradecía las hermosas, inolvidables sensaciones que le hizo experimentar con su pequeña muerte.

El último verano

Amparo Dávila

Llevaba un vestido de gasa con volantes en el cuello y en las mangas; el pelo castaño oscuro, recogido hacia atrás con un moño de terciopelo negro, dejaba despejado un rostro joven de armoniosas facciones en el cual resaltaban los ojos sombreados por largas pestañas. No sólo irradiaba juventud y frescura aquella muchacha, sino una gran paz y felicidad. Pero aquella muchacha hermosa, porque en verdad lo era, y tan bien arreglada y respirando tranquilidad por todos los poros, estaba dentro de un marco, colocado sobre el tocador, cerca del espejo. Así era a los diez y ocho años, antes de casarse. Pepe había querido que le diera un retrato como regalo de cumpleaños. Había salido muy bien, sí, realmente, y experimentó un inmenso dolor al comparar a la joven de la fotografía con la imagen que se reflejaba en el espejo, su propia imagen: la de una mujer madura, gruesa, con un rostro fatigado, marchito, donde empezaban a notarse las arrugas y el poco cuidado o más bien el descuido de toda su persona: el pelo opaco, canoso, calzada con zapatos de tacón bajo y un vestido gastado y pasado de moda. Nadie pensaría que esa que estaba mirándola detrás del vidrio del portarretratos había sido ella, sí, ella, cuando

estaba tan llena de ilusiones y de proyectos, en cambio, ahora... "¿Qué te pasa mamá?" —le preguntó Ricardo, porque se había quedado con la cara escondida entre las manos, sentada allí, frente al tocador, a donde había ido a arreglarse un poco para salir. Con gran desaliento se cambió de ropa y se arregló, "claro que no es posible sentirse contenta y animosa cuando de sobra se sabe que una no es ya una mujer sino una sombra, una sombra que se irá desvaneciendo lentamente, lentamente..." Ahora tuvo que taparse la boca con el pañuelo para ahogar un sollozo. Porque aquel último tiempo se había sentido demasiado sensible y deprimida, y lloraba fácilmente.

Fue a principios del verano, de ese verano seco y asfixiante, que había empezado a sentirse mal; a veces era una intensa náusea al despertar y unas como oleadas de calor que le subían hasta la cabeza, o fuertes mareos, como si el cuarto y los muebles se movieran; mareos que en algunas ocasiones persistían durante todo el día; también había perdido el apetito, no se le antojaba nada y todo le daba asco, y de su cuenta se habría pasado los días sin comer, sólo con un café o un jugo. Una inmensa fatiga se iba apoderando de ella y la imposibilitaba para el cumplimiento de las tareas diarias, ella que siempre había trabajado de la mañana a la noche, como una negra. Todo lo que hacía ahora era con un gran esfuerzo, un esfuerzo que cada día iba siendo mayor. "Ha de ser la edad." Esa edad que la mayoría de las mujeres teme tanto y que ella en especial veía llegar como el final de todo: esterilidad, envejecimiento, serenidad, muerte... Los días pasaban y el malestar aumentaba a tal punto que decidió ir a ver al médico. Tal vez le diera algo con que hacer menos pesada esa difícil etapa.

Después de examinarla detenidamente, el doctor le dio una palmada cariñosa en el hombro y la felicitó. Sería

madre de nuevo. No podía creer lo que estaba escuchando. "Nunca lo hubiera creído, pero a mis años, yo pensaba que era... es decir, que ya serían los síntomas de... pero, ¿cómo es posible, doctor?" Y tuvo que preguntarle varias veces si estaba realmente seguro de su diagnóstico, pues era muy raro que eso sucediera a su edad. "Eso es, hija, y nada más, sigue mis indicaciones y vienes a verme dentro de un mes, no tengas temor, si te cuidas todo saldrá bien, ya verás, te espero dentro de un mes." Le recetó algunas medicinas que debería tomar. Y ella que durante días y días, y todavía unas horas antes, había llorado de sólo pensar que ya había llegado a esa terrible edad en la que la maternidad, la lozanía y el vigor terminan, ahora, al recibir la noticia, no experimentó ninguna alegría, por el contrario una gran confusión y una gran fatiga. Porque, claro, era bien pesado después de siete años volver a tener otro niño, cuando ya se han tenido seis más y una ya no tiene veinte años, y no cuenta con quien le ayude para nada y tiene que hacerlo todo en la casa y arreglárselas con poco dinero, y con todo subiendo día a día. Así iba pensando en el camión, de regreso a su casa, mirando pasar las calles que le parecían tan tristes como la tarde, como ella misma. Porque ya no quería volver a empezar; otra vez las botellas cada tres horas, lavar pañales todo el día y las desveladas, cuando ella ya no quería sino dormir y dormir, dormir mucho, no, no podía ser, ya no tenía fuerzas ni paciencia para cuidar otro niño, ya era bastante con lidiar con seis y con Pepe, tan seco, tan indiferente, "no es partido para ti, hija, nunca logrará nada en la vida, no tiene aspiraciones y lo único que hará será llenarte de hijos", sí, otro hijo más y él no haría el más mínimo esfuerzo por buscarse otro trabajo y ganar más dinero, qué le importaba que ella hiciera milagros con el gasto, o que se muriera de fatiga.

Esa noche le dio la noticia. Los niños ya se habían acostado y ellos estaban en la estancia viendo la televisión como todos los días después de cenar. Pepe le pasó un brazo sobre los hombros y le rozó la mejilla con un beso. "Cada hijo trae su comida y su vestido, no te preocupes, saldremos adelante como hemos salido siempre." Y ella se quedó mirando aquella pantalla de televisión donde algo se movía sin sentido, mientras en su interior un mundo de pensamientos y sentimientos se apretujaban.

Pasaban los días, las semanas, y seguía sin encontrar resignación ni esperanza. La fatiga aumentaba con los días y una gran debilidad la obligaba a recostarse, en ocasiones, varias veces durante el día. Así transcurría el verano.

Por las noches y un poco entre sueños Pepe la oía llorar o la sentía estremecerse, pero él apenas si se daba cuenta de que ella no dormía. Era natural que Pepe descansara a pierna suelta, ¡claro!, él no tendría que dar a luz un hijo más, ni que cuidarlo, "los hijos son un premio, una dádiva", pero cuando se tienen cuarenta y cinco años y seis hijos otro hijo más no es un premio sino un castigo porque ya no se cuenta con fuerzas ni alientos para seguir adelante.

A veces se levantaba a mitad de la noche y se sentaba cerca de la ventana, ahí, a oscuras, oía los grillos abajo en el pequeño huerto donde ella cultivaba algunas hortalizas, y el alba la sorprendía con los ojos abiertos aún y las manos crispadas por la angustia.

Había ido a ver al médico al cumplirse el mes y, después, al siguiente. Le cambiaba un poco las prescripciones, pero siempre las recomendaciones eran las mismas: "procura no cansarte tanto, hija, reposa más, tranquilízate". Ella regresaba a su casa caminando pesadamente.

Una de esas noches en que no lograba conciliar el sueño y el calor y la desesperación la hacían levantarse y caminar, salió

a refrescarse un poco y se recargó en el barandal de la escalera que bajaba de las habitaciones hacia el huerto. Hasta ella llegaba el perfume del huele de noche que tanto le gustaba, pero que ahora le parecía demasiado intenso y le repugnaba. Estaba observando indiferente a las luciérnagas, que se encendían y se apagaban poblando la noche de pequeñas y breves lucecitas, cuando algo caliente y gelatinoso empezó a correr entre sus piernas. Miró hacia abajo y vio sobre el piso un ramo de amapolas deshojadas. Sintió la frente bañada en sudor frío, las piernas que se le iban aflojando y se afianzó al barandal mientras le gritaba a su marido. Pepe la llevó a la cama y corrió a buscar al médico. "Te recomendé mucho que descansaras, hija, que no te fatigaras tanto", dijo el doctor cuando terminó de atenderla y le dio una breve palmada en el hombro, "trata de dormir, mañana vendré a verte". Antes de caer en el sueño, le pidió a Pepe que envolviera los coágulos en unos periódicos y los enterrara en un rincón del huerto, para que los niños no los vieran.

El sol llenaba la habitación cuando despertó. Había dormido muchas horas. Sus hijos se habían ido a la escuela sin hacer ruido. Pepe le llevó una taza de café con leche y pan que comió con agrado. Tenía hambre. Y cuando Pepe salió a buscar a su hermana para que viniera unos días mientras ella se recuperaba, se quedó pensando y no pudo menos que experimentar un gran descanso por haber salido de aquella tremenda pesadilla. Claro que le dolía que hubiera sido en una forma tan triste, tan desagradable, pero las cosas no son como uno las desea, ni las piensa, sino como tienen que ser. Desde luego que ya no quería otro hijo, no, hubiera sido superior a sus fuerzas, pero no así, que no hubiera sucedido así, así, cómo le afectaba y la conmovía, y comenzó a llorar desconsoladamente, largo rato, hasta que se quedó nuevamente dormida.

A los pocos días todo había vuelto a la normalidad y cumplía con sus tareas domésticas, como siempre lo había hecho. Cuidando de no fatigarse demasiado procuraba estar ocupada todo el día, para así no tener tiempo de ponerse a pensar y que la invadieran los remordimientos. Trataba de olvidarlo todo, de no recordar aquel desquiciante verano que por fin había terminado, y casi lo había logrado hasta ese día en que le pidió a Pepito que le cortara unos jitomates. "No mami, porque ahí también hay gusanos."

Comenzaron a zumbarle los oídos y todos los muebles y las cosas a girar a su alrededor, se le nubló la vista y tuvo que sentarse para no caer. Estaba empapada en sudor y la angustia le devoraba las entrañas. Seguramente que Pepe, tan torpe como siempre, no había escarbado lo suficiente y entonces... pero, qué horror, qué horror, los gusanos saliendo, saliendo...

Ese día apenas si hubo comida y lo que logró hacer o estaba salado o medio crudo o quemado, pues ella había empezado a girar dentro de un torbellino de ideas y temores desquiciantes.

Toda su vida y la diaria rutina cambiaron de golpe. Hacía el quehacer muy nerviosa, presa de una gran ansiedad, mal tendía las camas, daba unos cuantos escobazos y corría a asomarse a las ventanas que daban hacia el huerto; empezaba a quitar el polvo de los muebles y otra vez a la ventana; se le olvidaba lo que estaba haciendo, al trapear dejaba los pisos encharcados, se le caían las cosas de las manos, rompía la loza, recogía rápidamente los pedazos y los echaba al bote de la basura para que nadie los viera y sospechara; pasaba largas horas recargada en el barandal, observando, observando...

Apenas si hablaba con Pepe y con los chicos, todo le molestaba: que le preguntaran algo, que le platicaran, que hicieran ruido, que pusieran el radio, que jugaran, que gritaran, que vieran la televisión..., ella quería estar sola, pensar, observar... que no la distrajeran, necesitaba estar atenta, escuchando, observando, escuchando, observando...

Esa tarde, Pepe había ido al centro a comprar unos zapatos y a la peluquería. Los tres niños más pequeños a la doctrina como todos los sábados, y los mayores a jugar basket. Estaba sola en la modesta estancia tratando inútilmente de zurcir calcetines y remendar las camisas y los pantalones, lo que antes hacía con bastante habilidad y rapidez mientras veía en la televisión los "Sábados con Saldaña" que tanto le gustaban, sobre todo "Nostalgia"... pero eso ya no era posible, a ella ya no le interesaba nada que no fuera escuchar, observar, estar atenta observando, escuchando... Cerca de las seis de la tarde, alcanzó a percibir como un leve roce, algo que se arrastraba sobre el piso apenas tocándolo; se quedó quieta, sin respirar... sí, no cabía la menor duda, eso era, se iban acercando, acercando, acercando lentamente, cada vez más, cada vez más... y sus ojos descubrieron una leve sombra bajo la puerta... sí, estaban ahí, habían llegado, no había ya tiempo que perder o estaría a su merced... Corrió hacia la mesa donde estaba el quinqué de porcelana antiguo que fuera de su madre y que ella conservaba como una reliquia. Con manos temblorosas desatornilló el depósito de petróleo y se lo fue vertiendo desde la cabeza hasta los pies hasta quedar bien impregnada; después, con el sobrante, roció una circunferencia, un pequeño círculo a su alrededor. Todavía antes de encender el cerillo los alcanzó a ver entrando trabajosamente por la rendija de la puerta... pero ella había sido más lista y les había ganado la partida. No les quedaría para consumar su venganza sino un montón de cenizas humeantes.

Los nombres no olvidados

Sergio Pitol

Vi a Norman Cooper por primera vez en el corredor que conducía a la biblioteca. Salía de su despacho. Respondió a mi saludo casi sin despegar los labios, de un modo que sin ser hostil ofrecía una bienvenida tan vaga, incierta o indiferente, que en los siguientes días, cuando aprovechaba algún breve descanso para ir a la sala de lectura a hojear alguna nueva revista, no se me ocurrió repetir el gesto.

Como sucede siempre al llegar a un mundo que difiere radicalmente del propio, sobre todo si durante largo tiempo ha sido contemplado a través de libros y relatos, en las primeras semanas sentí verdadera avidez por cotejar la realidad con la imagen que de ella me había formado y tratar de recrear la atmósfera que había alucinado a ciertos personajes de Malraux, donde respiraron y combatieron hombres cuyo momento de grandeza le cupo describir a Agnes Smedley, disfrutar de los peculiares espectáculos teatrales, caminar por las viejas y abigarradas callejuelas de los antiguos barrios, rodeado por la invariable multitud, mar silencioso de uniformes azules, que agobiadoramente las transita, que apenas si reparé en el conjunto de extranjeros con quienes tendría que convivir, excepción hecha,

claro está, de aquellos relacionados muy de cerca con mi propio trabajo.

Hacia el fin del otoño la dirección de la radio organizó una serie de visitas a fábricas modelo, comunas, talleres, exposiciones de arte, museos y sitios de interés arqueológico. En tales excursiones la gente se distribuía en grupos, unas veces integrados al azar, otras animados por la amistad o la simpatía, para cambiar impresiones, cotejar los datos que se nos proporcionaban, las más de las veces sólo para compartir el mal humor y el hastío. Cooper asistía invariablemente a los paseos, permanecía solo, embozado tras aquella sonrisa que había logrado convertir en una atalaya, de tal modo invulnerable, que los demás lograban olvidarse de un modo natural hasta de su simple existencia.

La impermeabilidad que mantenía hacia las personas parecía aislarlo también de las cosas, de los hechos, de todo lo que a su alrededor acontecía. Escuchaba con calma, sin esfuerzo, las palabras del guía, hacía algunas anotaciones en su agenda, paseaba, contemplaba con vaguedad lo que se nos mostraba. Sólo en una ocasión me pareció descubrir en él cierto entusiasmo, si puede así calificarse a la racha de satisfacción física que por un momento pareció invadirlo. Fue en el campo a mediados de noviembre. Un viento helado, primicia del invierno, nos obligaba a llevar puestos los pesados abrigos de guata recubiertos de áspero algodón azul. Contemplado a la distancia, nuestro descenso del autobús parecería seguramente un cuadro fantasmal, una semblanza de otro mundo: el arribo a una pequeña, modestísima aldea, de un grupo de extrañas criaturas, deformes a causa del abrigo que las cubría de la cabeza a los pies, que todo lo observaban, preguntaban y anotaban. Él marchaba solo, un poco por su cuenta, y, mientras los intérpretes traducían el discurso a las distintas lenguas, se apartaba, recogía algunas semillas, algunas briznas de hierba, las trituraba con la mano y se las acercaba a la nariz. Cuando llegamos a los potreros, mientras escuchábamos una confusa perorata sobre garañones, yaks y cebúes y veíamos retozar un atajo de hermosas bestias, se acercó a un caballo que resollaba nerviosamente, le alzó una pata y contempló satisfecho la herradura. En ese momento estaba tan vivo como los caballos que palmeaba, a los que con familiaridad recuperada golpeaba los ijares o hacía abrir los belfos para examinar la dentadura. Continuamos el paseo. Cooper volvió a hundirse en su actitud taciturna.

Más tarde, en el autobús que nos conducía de regreso a la radio, quedé colocado en la banca final junto a unos norteamericanos que residían en Pekín desde hacía largo tiempo. Hicieron observaciones convencionales sobre la visita recién efectuada y luego conversaron sobre distintos aspectos de la vida del país con una euforia en la que se traslucía cierto dejo de falsedad. Sentado frente a nosotros, Norman Cooper permanecía tan mudo como siempre. Los demás acataban su silencio, ignorándolo, sin que fuera fácil precisar si experimentaban hacia su compatriota un sentimiento de tácita y compartida hostilidad, y aquel mutismo, la nebulosa e impermeable sonrisa que lo caracterizaba, era sólo una respuesta, un modo pasivo de reaccionar contra el rencor que lo acosaba, o si con su actitud pretendía expresar un desinterés total hacia los otros, o bien si sólo era manifestación de una irremediable fatiga, de una gana absoluta de desaparecer, de no existir, en pugna con la terca obstinación de seguir adelante. En cierto momento, la conversación recayó sobre Estados Unidos. Hablé de mis dos viajes a Nueva York, de unos días espléndidos pasados en Nueva Orléans y de la travesía a Europa en un buque de carga que fue haciendo escala en distintos puertos del Golfo, y

en el que, un mes después de la fecha en que la empresa de navegación nos asegurara que estaríamos en Amberes, seguíamos soportando la lluvia, el calor, los mosquitos, el espeso tedio de los puertos norteamericanos del sur. La nave debía conducir un cargamento cuyo embarque por alguna confusa razón se dificultaba, hasta que al fin quedó decidido que las operaciones se hicieran en Beaumont. En ese pequeño puerto pasamos cerca de una semana.

Se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Beaumont, Texas?

Por primera vez me dirigía la palabra.

—Sí, Beaumont, Texas, por supuesto.

Y entonces, con voluble entusiasmo, sin que viniera al caso, comencé a relatar algunos incidentes de la semana transcurrida en Beaumont, en la que cada día parecía ser el último de nuestra escala, pues durante el desayuno un oficial solemnemente anunciaba que por la noche saldríamos rumbo a Europa, con el único propósito, al parecer, de levantar la moral al reducido y anonadado grupo de pasajeros que creía no poder resistir una más de esas odiosas jornadas. Era tal el rigor del sol de julio que hacia el mediodía las calles quedaban desiertas. Algunas tardes tratábamos de refrescarnos nadando en un ángulo del muelle lleno de basura, trozos de madera y desechos. En esos días mi compañera de mesa y yo emprendimos una serie de excursiones por la localidad a fin de evadirnos del *Marburg,* donde el calor y los mosquitos hacían trizas los nervios de pasajeros y tripulantes; así logramos descubrir una bella y sombreada avenida en el otro extremo del pueblo, un teatro de verano instalado no lejos de allí en un desvencijado granero, donde con buena voluntad y escasísimo talento un grupo de estudiantes representaba *La soga,* de O'Neill, y un programa entretenido e ingenuo compuesto con fragmentos de comedia musical. Difícilmente

logro explicarme qué me llevó a recordar esas banalidades que en realidad ninguna significación habían tenido en el momento de producirse. Salvo la amistad con una anciana arqueóloga holandesa, nada había restado en mí de aquellos días. Parecería que a veces, sin siquiera advertirlo, intuimos determinadas necesidades y que nuestras palabras atinan en un blanco cuya existencia ni remotamente sospechamos. Así debió haber sido en aquella ocasión. Al callar me di cuenta de que mis palabras, de una manera que me resultaba incomprensible, habían producido una aguda irritación en mis vecinos, un malestar marcado. Quizá por haber olvidado —pensé— detenerme en la apreciación del complejo económico o en las consideraciones sociológicas de rigor.

En los siguientes días la costumbre me hizo pasar a su lado sin casi saludarlo, esbozando apenas un mínimo gesto, una imperceptible flexión de cabeza; no obstante, alguna vez me pareció advertir una titubeante simpatía que no se atrevía a manifestarse. En aquellos días fui conociendo por casualidad, en retazos de conversaciones, ciertos datos de su vida, pocos, dramáticos: había sido combatiente en Corea y hecho prisionero. Alguna razón le impulsó cuando se estableció el canje de detenidos a negarse a partir y acogerse al país que lo aprisionaba como a una nueva patria.

Eran los días de las discrepancias. La colonia extranjera se hallaba reducida notablemente. El gigantesco hotel que la albergaba parecía en aquellas transparentes noches lunares un monstruoso, colosal barco fantasma, cuya proa, para espanto de sus alucinados moradores, se orientaba hacia el desastre. Hasta hacía poco tiempo había sido el hogar de miles de personas; luego se convirtió en la ratonera de sus doscientos huéspedes, trampa aun para los "convencidos", trampa para el pequeño núcleo de derrotados que tristemente creían encontrar allí justificación a sus vidas.

Desiertos estaban los soberbios jardines donde la maleza emprendía avasalladoras venganzas contra jacintos, crisantemos y nardos; los delicados pétalos de las peonías se corrompían bajo el peso de insectos repelentes; las magnolias comenzaban a marchitarse, cercenadas sus raíces por ávidos roedores; muchos salones habían sido clausurados, tapiadas muchas puertas. Abandonado, alucinante, aquel orbe de corredores y escaleras, simétrico hasta la locura, custodiaba, torturaba al puñado de seres para quienes la vida de relación, una vez desasidos del cordón que los ligaba a un contexto nacional, a una normal vida cotidiana, adquiría de pronto nuevos y nada alentadores contenidos.

Los pusilánimes (que nunca dejan de reconocerse y aglutinarse, en cualquiera latitud en que se encuentren), amedrentados siempre por la aventura que implica el pensamiento, encarnizados contra quienes en momentos de penumbra se arriesgan a ejercitarlo, ligados con desvelado ahínco a toda situación que garantice un mínimo de seguridad, anhelantes sólo de sentir firme el suelo que pisan, aunque ello presuponga y requiera actitudes miméticas, retractaciones, violentas autocríticas, silencios vergonzantes, lo que no sólo ya no resulta vejatorio sino a la postre viene a parecerles salvador (¡ah, el alivio de poder eliminar la propia decisión!, ¡el alivio de saber que no van a emitirse juicios que no estén oficialmente respaldados!), tampoco, sin embargo, se salvaban. Voceros destemplados, lanzados a cantar los hechizos, las virtudes de los victoriosos, y a señalar con la luz de la verdad a los inconformes: también ellos habían caído, aunque de manera más fatal e inexorable, en la ratonera; para ellos era ya casi imposible escapar, y de atrapados se iban convirtiendo en el cuerpo mismo de la trampa, en carne y estructura de aquel inmenso albergue. Acercarse a sus mesas proporcionaba en esos días un re-

cuento completo de los gestos, movimientos y expresiones de aquellos a quienes consideraban como enemigos de sus posiciones. Nada se les escapaba. Preveían con vidente sagacidad lo que una frase suelta podía significar, leían en los signos que conformaban el provenir; de un hecho aislado, de tal o cual palabra perdida, del gesto más trivial, deducían inmediatamente todo un pasado y lo enhebraban al presente con artificiosa minuciosidad. Ningún conocimiento al parecer les era ajeno. Alguna vez los escuché hablar de los antiguos prisioneros que "reeducados" prestaban sus servicios en distintas instituciones del país. Sus posiciones, como siempre, respondían a esquemas:

—¿Qué más pueden pedir? —decía en cierta ocasión una austríaca—. Vinieron como invasores y se les da trato de amigos. Que no gozan de popularidad en sus centros de trabajo, es evidente, pero lo contrario sería pedir peras al olmo. No les pueden tener la confianza que nosotros les merecemos. Eran agresores. Se les perdonó y admitió. Ya está bien, ¿o es que pretenden algo más? Todos nos hemos sacrificado al venir acá y no lo pregonamos a diestra y siniestra. Lo más probable es que quieran parranda. A un soldado, y no debemos olvidar que han sido soldados y que quizá como soldados sigan pensando, lo único que le interesa es el trago y las mujeres. Y eso no lo van a obtener aquí.

Una noche, al volver del comedor lo encontré junto a la puerta de mi departamento. Tenía en la mano una bolsa con botellas de cerveza. Había en él una ligera torpeza de gestos y palabras, como de quien por propia elección se ha mantenido durante largo tiempo aislado y trata de golpe de reanudar un trato cuyas claves ha olvidado.

—Me dieron deseos de visitarlo —dijo—; traje unas cervezas para tomar, si no tiene inconveniente, quiero decir si no tiene algún otro compromiso.

No lo tenía. Sin embargo en esos momentos sentí deseos de inventar uno; me entró una desgana absoluta de hablar, de escuchar a aquel hombre. Su solo aspecto, su manifiesta timidez, la infantil expresión de su mirada me llenaron por un momento de inquina. ¡Bastante tenía con rumiar mis propios pesares y compartir los atribulados días de mis amigos como para trabar conocimiento con aquel desdichado! Imaginaba egoístamente que al conocer sus infortunios, los míos quedarían reducidos a nada, a ráfagas caprichosas de insignificante mal humor. Pensé en las mezquinas palabras que le había escuchado a la austríaca, tratando de afianzarse en ellas: "Se les perdonó y admitió. Ya está bien. ¿Pretenden algo más?" La frase, una vez recordada, me resultó tan mezquina que lo hice pasar inmediatamente.

Habló, habló casi sin interrupción durante largas horas. Como si por mucho tiempo hubiese tenido acumulada esa necesidad de volcarse en el simple placer de recontar los lugares de su infancia, de su adolescencia, de paladear una y otra vez las mismas anécdotas, de oír sonar en sus oídos los nombres ya distantes de sus gentes y de las cosas de sus gentes. Era de Beaumont, de una granja en las afueras de Beaumont. Nunca le respondieron sus padres, ni sus amigos. Sus cartas se perdieron en el vacío. Desde hacía doce años su pueblo era sólo una noción al capricho de la memoria; el nombre del lugar donde en otros tiempos había jugado, donde conoció las primeras letras y aprendió a nadar, donde visitó muchachas y los sábados por la tarde bailó con una tal Moira, donde preparó sus exámenes de ingreso, ¡ya no tuvo tiempo para hacerlo!, a la Universidad. Ninguno de los americanos a quienes encontró después conocían Beaumont. Algunos habían estado en Nueva Orléans, otros pasado por Houston. Beaumont venía

siendo un patrimonio con nadie compartido. Al principio había podido hablar de "su lugar" con otros compañeros de destino, luego la soledad, el no encontrar para sus palabras eco alguno, lo llevaron a aislar esa zona sentimental —zona que comprendía, resumía íntegramente su pasado— y fue acariciándola en la intimidad, extrayéndole solitaria, secretamente los sabores, vislumbrando sus luces, comprobando con terror cómo día a día alguna imagen se desgastaba en la memoria, cómo determinados rostros ya no podían ser aprehendidos en el recuerdo, cómo a veces confundía, trastocaba viejas conversaciones. En otras ocasiones el dolor que los recuerdos producían era de tal modo intolerable que resultaba mejor alejarlos y cuando se sentía con fuerzas para volver a ellos ya no estaban completos; lo más terrible entonces era pensar que quizá no podría volver a recuperar algunas imágenes extraviadas.

—¡Si uno se atreviese a ir! Si pudiera conseguir un permiso, entrar allá de cualquier manera, ver nuevamente las avenidas bordeadas de magnolios, la vieja biblioteca con su aspecto de castillo medieval construida por un filántropo de la localidad. ¿La recuerda usted?: está muy cerca de los muelles. *Lord Jim* fue el último libro que leí en ella: una especie de premonición, casi en vísperas de abandonar Beaumont, cuando esperaba ser movilizado de un momento a otro.

Habló en forma torrencial hasta la madrugada, de la cara del pastor anabaptista y de su frágil mujercita que año tras año obtenía el premio local de floricultura, del viaje en regata emprendido innumerables veces a lo largo del canal, de las magnolias, de su madre, del fresco olor a pan de maíz, a *pie* de limón, a miel de maple, de la escuela, de Moira, de la desvencijada tintorería de sus tíos. ¿Y Robert, su hermano menor? ¿Cultivaría la granja en las afueras del

pueblo?, ¿habría podido ir a la Universidad? Podía darse el caso de que hubiese muerto. ¡Era desesperante ese silencio! De él, de su hermano, no lo esperó jamás. ¡Si al menos recibiese una carta de reproche, un trozo de papel plagado de insultos, una carta donde pudiera ver el matasellos de Beaumont y la firma de alguien, de cualquiera, a quien hubiese conocido, con quien hubiese hablado! Cuando estaba en el frente, más aún que en sus padres, más que en Moira, pensaba en él. El mundo debía tener un sentido para que Robert lo descubriera. Cuando decidió no volver pensó también en Robert. Fue a él a quien escribió la verdad, confió las raíces de su desesperación, los motivos que a nadie había dicho y que ahora ningún sentido tenía ya comentar.

Habló, habló, me pidió una y otra vez que repitiera mi imperfecta, confusa descripción —que él iba llenando de detalles— de la arboleda, del viaje a través del canal, de la iglesia, de la piscina pública, del teatrito de verano, del hotel Plaza, del correo, mientras él iba desgranando nombres, nombres de lugares, de calles, de personas...

Pekín, febrero de 1963

Cariátides

Juan García Ponce

Una tarde de enero, después de muchos meses, de pronto, en la calle, me encontré a Raúl. Había estado lloviendo y un viento helado y cortante se colaba por cada bocacalle. Él estaba tan peinado como siempre y el frío no parecía afectarle en nada. Como no tenía nada que hacer, lo invité a tomar un café.

Apenas estuvimos acomodados, mientras yo me frotaba las manos y soplaba sobre ellas tratando de hacerlas entrar en calor, me preguntó si ya sabía lo de Gabriela. Le contesté que no, y era verdad; como también lo era que no estaba interesado en saberlo; pero afuera hacía frío y no teníamos nada más de qué hablar, así que después de la primera respuesta me quedé callado.

—Está en un sanatorio —siguió él.

—¿Por qué? —pregunté yo.

Él sonrió, satisfecho.

—Dejó a Erick y se volvió loca. ¿No es increíble?

Aunque no pensaba lo mismo, no tenía ganas de exponer mis motivos y no contesté nada. Raúl siguió hablando. Su café se enfrió en la taza sin que lo tocara; yo terminé el mío y me fumé varios cigarros. Al fin, como si nos fuéramos

a ver al día siguiente, dijo que tenía que irse, nos levantamos y lo acompañé hasta la esquina, donde tomó un taxi.

Seguía haciendo frío, pero el aire había disminuido y decidí que podía regresar caminando a mi casa. Durante el trayecto pensé todo el tiempo en Gabriela, en los Rivière, y me arrepentí de no haber preguntado más detalladamente a Raúl por Elena. Aquella fue una época agradable y recordarla me producía una cierta nostalgia.

*

Fue Raúl precisamente el que me introdujo en el mundo de los Rivière, de Elena, de Gabriela y de Pablo, su padre. Él era primo lejano suyo o algo por el estilo; pero, desde luego, su carácter no tenía nada que ver con el de ellos. Todavía recuerdo la sorpresa que me produjo saber que conocía gente de ese tipo. Porque los Rivière eran, en verdad, una familia extraordinaria. Pablo, el padre, había hecho una fortuna como comerciante y, gracias a esto, vivían en una casa enorme. Pero cuando los conocí no podía decirse que fueran precisamente ricos, porque apenas reunió el dinero que él consideraba suficiente, Pablo había abandonado todo para dedicarse a realizar el sueño de su vida: ser un artista, así, en general, pero especialmente como escultor. Por este motivo la casa estaba llena por todos lados de vaciados en yeso, torsos de bronce, cariátides que no sostenían nada y reproducciones en tamaño natural de esculturas clásicas que contrastaban violentamente con el aspecto burgués y conservador de los muebles, el mantón de Manila sobre el piano de cola y el recargado estilo colonial-californiano de la construcción.

En el empeño de realizar su sueño, Pablo había invertido gran parte de su vida y gastado, además, casi todo su dinero. Sin embargo, no pensaba ni por un instante en volver a trabajar en algo productivo; se encerraba todas las mañanas en su estudio —un salón gigantesco en el que había prohibido que se hiciera cualquier clase de limpieza por elemental que fuera, por lo que, a pesar de los innumerables objetos de valor que había reunido en él, tenía un aspecto indescriptible— y además de cientos de esculturas sin ningún valor, había realizado varios cuadros y escrito y editado por su cuenta dos libros sobre el feísmo en el arte o algo parecido; abominaba la pintura moderna, era testarudo e intransigente hasta la locura, soportaba con una sonrisa de tolerancia y compasión la tontería de su esposa (que, sabiamente, había decidido hacerse a un lado, llevar los asuntos de la casa en la mejor forma posible y guardar un silencio casi absoluto) y a pesar de todo, en mayor o menor grado —aunque esto sólo lo advertí mucho después— sus tres hijas estaban enamoradas de él. Con su único hijo, Enrique, inteligente y práctico, casi no hablaba y en el fondo lo despreciaba tanto como a su esposa. Elena y Gabriela, en cambio, eran sus favoritas. Con Carmen, la mayor, también estaba en buenas relaciones, sobre todo porque su marido, un vago redomado que se fingía pintor y había llegado a adquirir una cierta pericia en plagiar a Van Gogh adaptándolo al paisaje mexicano, le daba siempre la razón. Pero ella vivía en Toluca y sus visitas no eran muy frecuentes, aunque inevitablemente terminaban con un sablazo.

Cuando Raúl me llevó a la casa, me presentó como escritor y eso, automáticamente, me dio cierto prestigio, aunque en realidad trabajaba en una oficina y escribía, sí, pero sobre todo cartas comerciales. Sin embargo, mi interés por la literatura, el arte y esas cosas era casi tan grande como el de Pablo, y el ambiente de la casa me fascinó de

inmediato. Nunca llegué a ser amigo de Enrique, pero en cambio casi me enamoré de Elena e intimé en seguida con Gabriela. Me pasaba todo mi tiempo libre en la casa y hablábamos interminablemente. Ella había estado casada y tenía una hija. Su marido no tenía nada que ver con el arte, pero creo que era muy guapo. Durante dos años más o menos habían sido felices. Nació su hija y luego ella descubrió que él la había engañado: no trabajaba en nada, jugaba, hacía trampas en el juego y todo el dinero que llevaba a su casa era producto precisamente de ellas, aunque algunas veces también ganaba limpiamente. Gabriela se separó de él y regresó con su hija a la casa de sus padres.

Un año después, él fue acusado de complicidad en un fraude y encarcelado. Con este pretexto, ella pidió y obtuvo con toda facilidad el divorcio y la patria potestad de la niña. Desde entonces habían pasado dos años. Luis, el marido, seguía en la cárcel y Gabriela trataba de mencionarlo lo menos posible, sin conseguirlo siempre. Su hija, una niña extraordinariamente nerviosa, de cara asustada y mirada huidiza, deambulaba todo el día por entre los vaciados de yeso y las figuras de bronce con una muñeca en los brazos y echaba a correr apenas alguien le dirigía la palabra. Gabriela, mientras, tomaba lecciones de canto, soñaba con debutar algún día en la ópera y deslumbrar a todos en general y a su padre muy en especial, y en tanto ensayaba cantando en bodas, bautizos y todos los domingos en el coro de una iglesia. Tenía una voz agradable y bien timbrada, y tal vez hubiera podido llegar a ser cantante.

Elena, todavía lo creo, era maravillosa; pero tan tímida como la hija de Gabriela. Cuando la conocí tenía quince años y estudiaba secundaria y piano. Algunas tardes, después de mucho rogarle, Gabriela lograba que tocara un momento para nosotros. Empezaba con mucho entusiasmo; pero siempre, poco antes del final se detenía de pronto, se volvía hacia nosotros, bajaba los ojos sonriendo, entre tímida y avergonzada, nos decía: "Ya lo ven... No puedo", y regresaba a su sillón a escuchar con ojos atentos todo lo que decíamos, sin intervenir para nada. Yo trataba de convencerme a mí mismo de que sólo era una niña; pero en realidad a quien iba a ver era a ella.

A veces, Pablo hacía una excepción y con el pelo cano, largo y despeinado cayéndole sobre la frente, vestido de artista, con unas botas toscas, un sucio pantalón de dril y un suéter azul oscuro manchado de yeso, bajaba de su estudio; se sentaba entre nosotros, se apartaba el pelo de la frente con un ademán cansado, y me preguntaba mi opinión sobre algún libro o alguna de sus obras recientes. Yo trataba de salir del paso en la mejor forma posible diciendo vaguedades que no pudieran molestarle, pero a él no le interesaban mis respuestas. Tomaba su pregunta como un simple punto de partida, y hablando sin parar, pero no sin cierta solemnidad real, destruía a Picasso, a Braque y hasta a Orozco y Rivera (a pesar de que pensaba, como este último, que el arte debería tener un sentido social y en su libro sobre el feísmo alababa la belleza de esas figuras de obreros sudorosos, con el martillo en alto, presto a caer sobre una piedra o sobre la cabeza de cualquier capitalista, y en cambio despreciaba la dulzura de tantas inútiles vírgenes renacentistas). Gabriela y Elena lo escuchaban embobadas, y Lolita, la esposa, pasaba de pronto frente a nosotros, como un fantasma silencioso, preocupada por tonterías como la cena y la ropa que se había dado a la tintorería. Mientras, se hacía de noche; desde la calle llegaba, lejano y apagado, el sonido del tránsito; las luces de los coches hacían brillar por un momento el bronce del busto de Elena realizado por su padre, y yo pensaba que todo era muy interesante y sugestivo.

Por su parte, Enrique organizaba también de vez en cuando alguna reunión. Pablo daba el permiso, pero se encerraba en su cuarto, hosco y enfurruñado, lamentando la vulgaridad de espíritu de los amigos de su hijo. Lolita, encantada de poder demostrar su habilidad como ama de casa, atendía con extrema amabilidad a los invitados; pero se ponía furiosa cuando éstos dejaban sin bailar a alguna muchacha, amenazaba con echarlos, y terminaba creando un clima de inquietud un tanto desagradable. Gabriela compartía la opinión de su padre, pero bajaba siempre, aunque también muy en el papel de hermana mayor, seria e interesada en otras cosas. Elena, con calcetines todavía, se sentaba en un rincón y miraba todo con ojos desorbitados. Yo, que asistía también con Raúl, me libraba de la obligación de bailar conversando con Gabriela.

Las fiestas, en general, aunque no muy divertidas, sí eran bastante ruidosas. Los amigos de Enrique habían formado un conjunto de música afrocubana; arrinconaban contra la pared los muebles y todos brincaban y sudaban tratando de seguir sus ritmos. A veces Enrique se acercaba a Gabriela y a mí y trataba de convencernos de que bailáramos, gritando por encima de la música. Le hacíamos caso. Gabriela bailaba muy bien y a mí me gustaba sentirla entre mis brazos; pero de pronto empezaba a hablar de Luis con una conmiseración que no lograba ocultar su nostalgia, luego lo comparaba con su padre, y al fin me ponía la mano en el cuello y se apretaba contra mí. Aunque esto no me desagradaba, la situación era tan equívoca que prefería dejar de bailar y volver a nuestras conversaciones de siempre.

—¿Conoces la correspondencia entre André Gide y Rainer Maria Rilke?

—Sí —mentía yo.

—Es maravillosa, ¿verdad? Pero, desde luego, Rilke es el verdaderamente extraordinario. Conocer a alguien así… Eso sí que valdría la pena. —Sonreía y ponía la mano sobre las mías—. Sin intención de ofenderte, conste. —Hacía una pausa y luego seguía con absoluta naturalidad—. Yo no soporto la falta de sensibilidad. Por eso sólo podría enamorarme de alguien como papá.

Las parejas seguían brincando a nuestro alrededor. Ella, ajena a todo, se perdía en interminables relatos sobre su infancia, la juventud de su padre y lo maravilloso que era todo entonces, a pesar de que *él* tenía que trabajar aún en una serie de tonterías que no le importaban y le quitaban el tiempo. A mí entonces, aunque no dejaba de vigilar a Elena, todo me parecía fascinante también; pero al final, sin darme cuenta, Gabriela llegaba a la época de Luis y cambiaba de tema. Creo que en realidad, hasta que se separó de él, nunca había logrado diferenciar a Luis de su padre, y lo que motivó la ruptura fue precisamente este hecho.

Raúl me preguntaba si estaba enamorado de ella; y yo que nunca quise decirle que la que en verdad me importaba era Elena, prefería dejarlo en la duda. Él era una persona muy difícil y aunque en un tiempo fuimos bastante amigos, nunca llegamos a intimar realmente. Por eso, cuando por motivos que no vienen al caso dejamos de vernos, no hice nada para reiniciar la amistad.

Por fin, en el coro de la iglesia, Gabriela conoció a Erick, que era uno de los barítonos, y empezó a salir con él. Nuestra relación se enfrió un poco; pero este suceso me dio ocasión de tratar más a Elena, que salía a recibirme cuando Gabriela no estaba. Nunca perdió la timidez y en realidad al principio hablábamos muy poco; pero se sentaba a mi lado y lentamente fui consiguiendo que me contara cosas de sí misma. Admiraba a su padre, tanto como Gabriela

y de la misma manera enfermiza que ella; pero también quería a su hermano y la falta de comprensión entre él y Pablo la hacía sufrir. Me di cuenta de que se sentía muy sola y a veces también muy desgraciada, aunque era incapaz de confesárselo a nadie. Pablo quería hacer de ella una gran pianista y a Elena le gustaba tocar; pero la idea de hacerlo en público le llenaba de un miedo invencible. Me contó algunas cosas que no sabía de Gabriela, y también que una vez Carmen, su hermana, había intentado suicidarse por falta de dinero y desde eso su padre le pasaba una mensualidad. Ella, en el fondo, a pesar de su miedo, lo único que deseaba era ser una muchacha como cualquier otra que asistiera a bailes, tuviera enamorados y pudiera gozar de esas cosas sin ninguna preocupación, sólo que en su casa tener esas aspiraciones era una deshonra irreparable y siempre fingió desdeñarlas.

—Cuando era chica —me decía—, me iba a la huerta de la casa de Toluca y pensaba que los árboles y los pájaros y las nubes deberían poder hablar, para contestarnos cuando quisiéramos. Enrique y yo nos llevábamos muy bien entonces. Vivíamos trepados en los árboles. Una vez me subió a uno y me dejó allí y yo me pasé horas llorando, porque no podía bajar. Luego él tenía un miedo terrible de que lo acusara. Cómo iba a hacerlo. Enrique es muy bueno. Es una lástima que haya cambiado tanto. Si pudiéramos volver a ser niños...

En tanto, Erick visitaba ya a Gabriela en su casa y asistía a las reuniones que organizaba Enrique, así que yo me dedicaba por completo a Elena. Durante una de esas fiestas bailé por primera vez con ella. Esa noche había bajado sin calcetines, y creo que los dos lo pasamos muy bien.

A la salida, Raúl me dijo que Lolita se había acercado a él para comentar que no le gustaba que me ocupara tanto

de Elena, que ella era muy chica y, después de todo, ellos no sabían nada de mí. No le hice ningún caso.

Seguí visitando a Elena como de costumbre, hasta que una tarde Pablo se presentó de pronto y le pidió que nos dejara solos. Como siempre, vestía su grueso y manchado suéter azul oscuro y tenía las manos, el pantalón y las botas llenas de yeso.

—Tú sabes que yo no tengo precisamente un espíritu burgués y no comparto los prejuicios de muchísima gente —empezó—; pero mi mujer... bueno, tú ya la conoces. Es inútil; nunca sacaremos nada de ella. Está educada de una manera y es imposible hacerla cambiar. Me desagrada mucho todo esto, no va con mi carácter ni con mis ideas; pero en cierta forma tiene razón y, aunque por diferentes motivos, yo pienso lo mismo que ella. Tú sabes que tengo ciertos proyectos para Elena y no me gustaría que no llegaran a realizarse. Ella es sólo una niña, una niña muy sensible y muy inteligente, pero sólo una niña. Con Gabriela era distinto. Ella, creo yo, ya sabe lo que hace y tú le has hecho mucho bien, inclusive. Pero Elena es otra cosa. Bueno, el caso es que mi mujer piensa que no debes venir a verla tan seguido. Ella puede imaginarse cosas y... Tú eres un muchacho inteligente y me comprendes, ¿no es cierto?

Yo estaba harto. Cuando empezó sentí el impulso de adoptar el papel de enamorado rebelde, pero al final sólo me sentía fastidiado y no quería saber nada de nada.

—Comprendo —dije—. Pero yo no...

Pablo no me dejó terminar.

—No me gustaría que me malinterpretaras. No quiero decir que no vuelvas. Aquí todos te estimamos. Sólo debes... cómo te diré, espaciar un poco más tus visitas, para que Elena no piense que tienes... otro tipo de interés.

Lo comprendía todo; pero ahora estaba exasperado y no quise admitirlo.

—No es necesario —contesté—. Le prometo que no volveré.

Pablo hizo un esfuerzo.

—Como quieras —terminó.

No esperaba que reaccionara así; pero ya que lo había hecho no había nada que decir. Salí de la casa y me propuse no regresar e intentar ver a Elena en algún lado, fuera de ella.

Sin embargo, dejé pasar una semana sin hacer nada y una tarde Gabriela me llamó por teléfono para pedirme que fuera a verla. Me dijo que sabía lo que había pasado con su padre y quería hablarme, pero no quiso aclarar nada más.

Eso era en marzo. Había polvo y mucho calor. Sudé de lo lindo mientras caminaba hasta su casa y llegué sintiéndome sucio y malhumorado. Llamé y Gabriela en persona salió a abrir. Dijo que no quería que nadie me viera y me hizo pasar a su cuarto.

—Elena y mamá salieron —me explicó ya en él—. Quiero consultarte algo.

Le pregunté directamente qué era; pero quería hacerse la misteriosa. Contestó que me lo diría después y empezó a preguntarme cómo había sido la escena con su padre. Todo era absurdo. Sentada en la cama, hizo que le repitiera todo mil veces y al fin me preguntó si sabía que iba a casarse con Erick y su padre estaba de acuerdo. Comprendí de pronto que no quería consultarme nada y que lo que pasaba era que estaba celosa. Le molestaba que Pablo se opusiera a que yo visitara a Elena y en cambio le permitiera a ella casarse con Erick, aunque, naturalmente, no se daba cuenta de nada.

—Me molesta que un hombre como él se ocupe de esas tonterías —dijo.

Yo la miré sin saber qué decir. Estaba muy excitada.

—¿Qué te parece lo de mi matrimonio? —siguió.

—No sé. ¿Lo quieres? —pregunté.

—Tal vez. Erick tiene una voz maravillosa y es muy sensible. Pero quiere que nos vayamos a vivir a Puebla.

Por decir algo le pregunté tontamente qué iba a hacer con la niña.

—Me la llevaría —contestó.

No se me ocurrió nada más. Nunca habíamos hablado de esas cosas y en realidad no me importaban. Gabriela subió las piernas a la cama y se recostó contra la pared. Un mechón de pelo se le había caído sobre la frente; la excitación le ponía un brillo en los ojos y de pronto yo empecé a desearla. Ella se pasó la mano sobre el pelo, sin arreglarse el mechón.

—No entiendo por qué hizo eso contigo mi padre —comentó sin motivo, después de una pausa. Y luego agregó— ¿Qué te parece lo de mi matrimonio?

Sin pensarlo, me levanté de la silla en que había estado y me senté junto a ella en la cama.

—¿Qué te parece a ti?

—No sé... no sé... Por eso te pregunto. Tienes que ayudarme. Luis va a salir de la cárcel.

Le tomé la mano y ella me la apretó.

—¿Qué te parece? Dímelo. ¿Qué te parece? —dijo, mirándome a los ojos.

No contesté nada, me incliné sobre ella y la besé en la boca. Después de un momento, me apartó y rompió a llorar.

—Erick es tan bueno, tan bueno... ¡Vete! ¡Vete!

Salí del cuarto y en la escalera me encontré con Elena y su madre. Las saludé turbado. Elena me acompañó hasta la

puerta, me preguntó por qué no había vuelto y le prometí ir a buscarla algún día a la escuela de música; pero después tuve miedo de que Gabriela le hubiera contado algo y nunca cumplí mi promesa. En abril supe que Gabriela se casaba con Erick, pero no recibí invitación para la boda y nunca volví a la casa de los Rivière.

Eso fue hace casi dos años. Raúl me contó que, al fin, el dinero que había reunido Pablo se había agotado por completo; pero él seguía trabajando en sus esculturas, sin adelantar un solo paso. Ahora Enrique era el que sostenía la casa. Para hacerlo se había asociado con Luis, el primer marido de Gabriela, que había salido de la cárcel con mucho dinero; tenían un negocio de muebles. Elena seguía estudiando el piano y tenía novio. Un muchacho químico, excelente persona, al que tampoco le interesaba el arte. Gabriela se fue a vivir a Puebla con Erick, tuvo un hijo con él y prometió no volver a poner un pie en la casa de sus padres cuando supo que Enrique se había asociado con Luis. Pero luego se separó de Erick —parece que éste no sólo era un obseso sexual, sino que además bebía y, según Gabriela, hasta llegó a pegarle—, olvidó su promesa y regresó por segunda vez, ahora con dos hijos, a los vastos salones llenos de estatuas y reproducciones en yeso de la casa colonial-californiana. Había abandonado el canto. Quiso servirle a su padre de modelo, aun en los desnudos, y de allí fue sacada para ser recluida en el sanatorio.

Los recuerdos despertados por el relato de Raúl hicieron que deseara ver a Elena; pero no me atreví a ir a su casa, y tuve que esperar a que empezaran las clases en la escuela de música. Por fin, fui una tarde y la esperé más de media hora, apoyado en el tronco de una jacaranda. Era marzo de nuevo y empezaba a hacer calor otra vez. Los últimos rayos del sol hacían brillar las ventanas de

la escuela. Cuando la vi salir sentí una emoción extraña. Había crecido mucho y ahora usaba el pelo corto, pero seguía siendo maravillosa.

Sin embargo, no llegué a hablarle, ni creo que ella me haya visto. Al salir se dirigió directamente a un coche en el que yo ni siquiera me había fijado. Un muchacho se bajó de él, le abrió la puerta, la ayudó a subir y volvió a cerrarla. No esperé a que arrancara. Comprendí que aquellos eran otros tiempos y las cosas habían cambiado desde entonces; di media vuelta y regresé a mi casa.

Sombra entre sombras

Inés Arredondo

para Conchita Torre

Antes de conocer a Samuel era una mujer inocente, pero ¿pura? No lo sé. He pensado muchas veces en ello. Quizá de haberlo sido nunca hubiera brotado en mí esta pasión insensata por Samuel, que sólo ha de morir cuando yo muera. También podría ser que por esa pasión, precisamente, me haya purificado. Si él vino y despertó al demonio que todos llevamos dentro, no es culpa suya.

Desde la ventana rota de uno de los cuartos de servicio, que hace tanto que nadie habita, miro pasar a un pueblo que no conozco. Ignoro quiénes son nuevos aquí, y las facciones de los niños con que jugaba se han vuelto duras y viejas y tampoco puedo reconstruirlas. Pero ellos sí saben quién soy y por eso me tratan como lo hacen si intento salir aunque sea a comprar una cebolla, para oler a calle, a aire. Aquí todo está cerrado y enrejado ¡como si aún se guardaran los tesoros que alguna vez esta casa encerró! Entre ellos, yo.

Ermilo Paredes tenía cuarenta y siete años cuando yo cumplí los quince. Entonces comenzó a cortejarme, pero, como era natural, a quien cortejó fue a mi madre.

A base de halagos, días de campo de una esplendidez regia, de regalos de granos, frutas, carnes, embutidos y hasta una alhaja valiosa por el día de su cumpleaños, fue minando la resistencia de mi madre para que me casara con él. Tenía fama de sátiro y depravado.

—No, doña Asunción, no crea usted en chismes amamantados por la envidia. Yo trataré a su hija como a una princesa y seguirá siendo pura y casta, exactamente igual que ahora. Pero en otro ambiente social y moral, se entiende. He corrido mundo, pero sé aquilatar la limpieza de alma, y respetarla. ¿Y por qué he escogido a Laura? Por sus dotes y su belleza notable, sin duda, pero también por ser hija de una mujer tan virtuosa que no ha podido darle sino magníficos ejemplos. Usted lo verá, yo no mancharé a su hija ni con un mal pensamiento.

Mi madre vacilaba entre el consejo de las vecinas y la necesidad de poder y riqueza que sentía en ella misma. Cuando me habló de si quería o no casarme con él, a mí lo mismo me daba, pero al describirme el vestido de novia, la nueva casa que tendría y el gran número de sirvientes que en ella había, pensé en la repugnancia que yo tenía hacia los quehaceres domésticos, y en la posibilidad de unirme después a un pobretón como nosotras, llena de hijos, de platos sucios y de ropa para lavar, y decidí casarme. Ermilo no me importaba, ni para bien ni para mal. Era un asiduo amigo de mamá. Y por eso debía de ser un buen hombre.

Mi anillo de compromiso causó sensación entre mis amigas.

—"Déselo usted, a mí me daría miedo asustarla con un contacto y un presente que la turbarían." Oí desde la cocina cómo Ermilo se lo decía a mamá. —"Cásate, cásate". "No te imaginas la cantidad de vestidos que te comprarías con este solo regalo", "y el tipo no es feo, viejo, pero no feo", "y es tan fino". "Mira nada más el detalle de no dártelo él personalmente por no tocarte."

Todo favorecía mi noviazgo menos las visitas tediosas de Ermilo que hablaba con mamá de cosechas, viejas historias, parentescos, y sobre todo, de sus propiedades y su bien provisto almacén. Mamá estaba al día de todas las novedades y los precios que en él había, aunque no necesitaba pisarlo para nada porque todas las mañanas recibía una gran canasta con todo lo que podía desear.

El revuelo de sedas y organdíes, linos y muselinas, lanas, terciopelos, me enloquecía; probarme ropa; mirarme al espejo; abrir cajas que venían de París me volvía loca, y pensaba y me regodeaba en esas cosas y en comer bombones mientras Ermilo y mamá charlaban.

Yo quería que mamá se viniera a vivir con nosotros pero ella, sonriendo con coquetería, dijo el famoso dicho de "el casado casa quiere" y la cara de Ermilo se quedó seria, como si no hubiera escuchado nada. Fue lo único que pedí y me fue negado.

Mi vestido de novia fue el más elegante que se había visto en el pueblo. La ceremonia, solemnísima, la ofició el propio Señor Obispo. Luego hubo un banquete regio en el parque que estaba detrás de la casa, lleno de abetos y de abedules. En el jardín de enfrente se sirvió comida y se dio limosna a los pobres para que rezaran por nuestra felicidad.

A medida que caía la tarde mi madre y Ermilo se ponían cada vez más nerviosos. Yo no entendía por qué. Quizá porque terminaba aquel día de agitación con la marcha de los invitados.

Mi madre me arrastró tras unos arbustos.

—¿Tienes miedo? —me preguntó.

—¿Miedo de qué?

Pareció muy turbada. Al fin dijo: —De quedarte a solas con Ermilo.

—¿Por qué? Él llevará la conversación y yo lo seguiré.

—Aunque no sea conversación, tú síguelo —el tono de voz de mi madre era medroso, y de pronto me apretó contra su pecho y comenzó a sollozar—. Yo debí hablarte antes... pero no pude... Esta noche pasarán cosas misteriosas y tendrás que ser valiente —mi madre siguió sollozando un breve rato, luego compuso su rostro y se despidió de Ermilo. Fue la última en salir.

Aquellas frases entrecortadas de mi madre no me dieron miedo sino curiosidad, y una llamita de esperanza nació en mí: si había algo misterioso en aquella casa, mi relación con Ermilo sería menos aburrida.

Por la noche, a la hora de dormir, Ermilo me preguntó que si sabía que debíamos dormir juntos. No, no lo sabía. Entonces me tomó de la mano, y con la suya y la mía en alto, como para danzar, subimos las escaleras al piso superior. —Nadie duerme en esta ala de la casa más que nosotros —dijo, y abrió una gran puerta. Ni en mis sueños más locos había imaginado yo una alcoba tan enorme, tan rica, llena de muebles y pesadas cortinas. El lecho era muy amplio y el rico cubrecama estaba recogido a los pies.

—Éste es tu cuarto. El mío está enseguida —dijo. Instintivamente me senté en la cama para probar el colchón: era de pluma de ganso y el baldaquín hacía sombras chinescas a la luz de las velas mientras yo brincaba, ya sin zapatos, sobre ella.

—¡No hagas eso! —me gritó Ermilo con una voz de trueno que no le conocía. Me quedé petrificada. Bajé humildemente hasta la alfombra, y esperé con mi vestido de novia nuevas órdenes.

—Ahora vas a ir a tu camarín, que está a la derecha y te desnudarás. Cuando estés desnuda te tiendes sobre la cama y me esperas. Pero no te tardes.

¡Desnuda! Sí que mi madre debió de hablar antes conmigo. Llena de vergüenza me quité las alhajas y me desembaracé del vestido con sus mil brochecillos. Cuando no tuve nada encima pateé la ropa que tenía a mis pies. Pero mi rabia se apaciguó ante el miedo de lo que podía suceder. De lo que sucedería quisiéralo yo o no.

Con los ojos bajos salí del camarín. Me tendí en la cama como se me había ordenado y fingiendo dormir, me quedé inmóvil, con la espalda pegada sobre aquel colchón que tanto me había ilusionado. No pude resistir aquello y me tapé hasta el pelo con una sábana. Apreté los párpados.

No tuve que esperar. La sábana fue bajando muy lentamente y sentí que por mis cabellos, por mi cara, capullos frescos y olorosos me iban cubriendo: eran azahares. La sábana siguió bajando hasta que todo mi cuerpo estuvo cubierto con aquellas flores. Una embriaguez dulcísima se extendió por todos mis miembros. Ermilo comenzó a besar las flores, una por una, y yo no sentí sus labios sobre mi piel. Cubierta de frescura y perfume lo dejé que besara una a una las abiertas flores del limonero y, como ellas, me abrí. Sentí algo que acariciaba mis entrañas con una ternura y un dulce cuidado como el que había en acariciar con los labios los azahares. No hubo abrazos ni besos, ni sentí apenas el roce de su cuerpo sobre el mío. Diría más bien que una sombra me había poseído, muy para mi placer, únicamente para mi deleite. Después de mi gustoso y lento espasmo me quedé dormida entre mis flores, y nadie interrumpió mi sueño.

Desperté perezosamente, bien cubierta y al olor moribundo de las hijas de los limones reales. De cera, de

seda, eran aquellos capullos abiertos como yo, en plena juventud.

Ermilo asomó la cabeza por la puerta, como debía haberlo hecho muchas veces aquella mañana, pues el sol ya estaba alto, y yo lo llamé con una voz profunda, nueva.

—Ermilo, qué feliz soy. Pero quítame ya estas flores, me hacen sentir ahora como una amortajada.

—Amortajada estás ahora —me respondió, y buscó mi boca con ansia, pero yo me esquivé: ni él, ni nadie me había besado nunca. Trató de echarse sobre mí, pero un asco feroz me hizo incorporarme en arcadas repetidas, hasta que me soltó.

—Poco a poco —dijo—. Ponte una bata, que voy a ordenar tu desayuno.

Mi madre debía llevar horas espiando, porque apenas había salido Ermilo, llamó a la campanilla con un furor urgente. La oí subir a trompicones la escalera, y cuando calculé que su cara de luna iba a aparecer entreabriendo la puerta, eché ostensiblemente el cerrojo. Seguramente se quedó pasmada, pero como era culpable no se atrevió a dar de golpes a la puerta como hubiera hecho en otra ocasión.

Yo me pasé parsimoniosamente a lo que desde ese día era mi cuartito de estar, contiguo a la alcoba, cerré con cuidado la puerta de comunicación que había entre ambos, y abrí la que daba al pasillo. Mi madre permanecía aún en donde la había dejado con un palmo de narices. Luego me vio y se precipitó prácticamente sobre mí.

—¿Qué pasó?

—Quiso besarme pero yo no se lo permití.

—¿Que no se lo permitiste? Entonces...

—Aquí está el desayuno, madre, ¿quiere tomarlo conmigo?

—Sí claro, pero anoche...

—Muerda usted un *croissant,* están calientes y deliciosos.

—Pero hija...

—Discúlpeme pero tengo mucho quehacer.

—¿Quehacer?

—Bañarme y arreglarme. ¿Le parece a usted poco? Ya es muy tarde. Ahora *debo* parecer una señora ¿o no es así?

Un rencor negro hacía que quisiera que mi madre se fuera lo más pronto posible, ni sabía bien por qué.

Eloísa me estaba esperando con un deleitoso baño tibio.

Tardé mucho tiempo en decidir el vestido y las alhajas que me pondría. Eloísa me peinó de un modo completamente nuevo: liso al frente con montones de bucles en la parte de atrás. El vestido me tapaba los zapatos y eso me estorbaba, pues estaba acostumbrada a usar falda hasta el tobillo, sobre las medias blancas y los zapatos sin tacón: ahora *tenía* que usarlos.

—La señora está preciosa, preciosa —exclamó Eloísa juntando las manos.

—Gracias a ti Eloísa. Pero no sé qué hacer con la falda y los zapatos.

—Tómeme de la mano y demos vueltas por el cuarto, así se irá acostumbrando poco a poco.

Nos reímos bastante de mis tropiezos y presunciones de gallardía. Y me ayudó a bajar a un luminoso salón de la planta inferior cuando me anunciaron que Lidia y Ester me buscaban. Yo no quería otra cosa que lucir mis nuevas galas, ¿mejores? No, tenía una gama muy completa de ropa para decir que aquella era la mejor: apenas un vestido de diario.

Me vieron entrar con la ayuda de Eloísa y las dos se quedaron con la boca abierta, pero cuando Eloísa se marchó

y quise acercarme a ellas, caí redonda sobre la alfombra. Las tres rompimos en carcajadas, y volvimos a ser las amigas de siempre.

Todo se nos fue en comentar el suceso del día anterior: que si fulanita, que si zutanito y ¡ah! los sorbetes y el pastel... Todavía los rememorábamos con gula cuando discretamente llamaron a la puerta. Le pedí a Ester que abriera: no sabía cómo levantarme con mi nueva indumentaria. Era Simón, el mayordomo, que preguntaba si no queríamos tomar un refrigerio. Le dije lentamente que "por supuesto". Momentos después entraron el propio Simón y dos criadas trayendo refrescos y toda clase de golosinas. Mientras nos servían di mi primera orden de ama de casa.

—Simón, que nunca falten estas cosas en este lugar.

—Como mande la señora.

—Y para mañana quiero sorbetes como los de ayer.

—Así se hará.

En cuanto salieron, mis dos amigas se tiraron al suelo, riendo a carcajadas: "Qué bien lo hiciste..." "Estuviste espléndida".

Cuando el barullo pasó, nos dedicamos a saborear aquellas delicias: nueces confitadas, pastelitos de todas clases, pastas, bombones, caramelos, en fin, todo lo que se le ocurriera a uno pedir, o imaginar porque, por ejemplo, los dátiles no los conocíamos. Comimos y charlamos hasta reventar. Luego Lidia y Ester se fueron rápidamente por temor de que llegara Ermilo y nos encontrara en aquella orgía.

Sentada en el vestíbulo esperé la llegada de Ermilo: no sabía qué hacer.

Cuando llegó, no pareció sorprenderse por mi cambio. Me besó en la mejilla y me dijo quedo: "qué hermosa eres, niña mía".

Ordenó que no nos sirvieran la comida en el gran comedor, sino en un pequeño salón de mesa redonda. Como no queriendo ayudarme, me tomó del brazo y me sostuvo hasta dejarme sentada en el silloncito. Al presentarme los platillos los rechacé uno a uno y cuando él insistió en que comiera algo dije secamente: "no tengo apetito". No insistió. Había un silencio embarazoso.

Mientras tomaba el café me miró fijamente y preguntó.

—¿Qué le dijiste a tu madre?

—Nada absolutamente.

—Pues resulta que llegó al almacén descompuesta, llorosa, como si fuera a pedirme perdón por algo. Pero o no se supo expresar o yo no pude comprender. Nunca la había visto así. Lo único que entendí fue que estuvo aquí y te encontró muy extraña. ¿Extraña en qué sentido?

—Bueno, me he casado y he dejado de ser la hija de mamá.

—Eso está bien, aunque debes de ser indulgente con ella, mimarla.

—¿No lo haces tú ya, por mí? —lo vi turbarse. Al fin, volviendo a su serenidad dura me dijo:

—Vamos a la biblioteca. Hay cosas que tienes que hacer.

La biblioteca era enorme y estaba detrás del despacho de Ermilo.

—¿Ves todos estos libros? No los tienes que leer todos, pero sí una buena parte. Empezarás por pasajes de historia que puedas asimilar fácilmente. Hoy, por ejemplo, te vas a sentar y leerás todo lo relacionado con Enrique VIII de Inglaterra y sus esposas. Puedes tirar del cordón si deseas alguna cosa. Pero no te levantarás hasta haber terminado. Yo estaré haciendo cuentas en el despacho por si quieres

preguntarme algo. Las palabras que no conozcas las puedes buscar en estos tomos que son diccionarios. Pero ya te dije, si no comprendes algo, ve y pregúntamelo.

Juré no hacerlo. En cuanto a aquella prisión tan fieramente guardada, me sentí muy ofendida y, sobre todo, humillada. Consuelo y Ana me habían ofrecido visita esa tarde y se lo dije, me contestó secamente: "con decirles: la señora está ocupada, no puede recibirlas, pero ella misma les mandará recado para que vengan a acompañarla otro día, asunto arreglado: se lo advertiré a Simón".

Casi destrocé el enorme globo terráqueo a patadas. Ermilo debió escuchar el estruendo de los libros al caer, pero puso oídos de mercader.

Al fin, agotada, me quité los zapatos y me puse a leer los amores de Enrique VIII. Debo confesar que la lectura me iba gustando. Al finalizar la tarde entró un criado con un candelabro que puso a mi lado, junto con un refresco. Todavía pasaron horas antes de que Ermilo abriera la puerta y me preguntara.

—¿Terminaste?

—Sí.

—Pues entonces ya podemos cenar.

Esta vez cenamos en el gran comedor sin pronunciar palabra. Esa noche, después de cepillarme el pelo, en lugar de ponerme el camisón para dormir, Eloísa comenzó a vestirme y peinarme de una manera estrafalaria, como si fuera a ir a un baile de máscaras:

—¿Qué significa esto, Eloísa?

—Son órdenes del señor —contestó muy seria. Luego me llevó a la gran alcoba y me dejó sola.

Pasaron minutos largos, muy largos, hasta que Ermilo, con su gran panza, apareció vestido y coronado como rey; lo reconocí por un grabado que había visto esa tarde: era Enrique VIII. Lo recibí con una carcajada larga y alegre.

—¡Qué buena idea! Yo nunca fui a un baile de máscaras.

—¡Silencio, esto es serio!

—Vamos a ver si aprendiste la lección de esta tarde: tú eres Ana Bolena. Y comenzó a recitarme palabras y versos de amor mientras me perseguía por la habitación con los brazos tendidos hacia mí.

—Ya hemos llegado al acto de amor. Hagámoslo, querida mía. Será placentero para ti y para mí, puesto que estamos enamorados. Después seguiremos con la historia.

Cuando se acercó más a mí, le tiré con un tibor chino que encontré a mano. El tibor se rompió sobre su cabeza y rodó la corona. Comenzó a sangrar por la frente. Me asusté.

—Adúltera, relapsa, hereje. Estás condenada a muerte —y sacó de entre sus ropas un verduguillo que vi resplandecer a la luz de las velas. Pero la sangre le cubrió los ojos. Pude llegar a la puerta: estaba cerrada con llave. Se limpió la cara con una sábana, y haciendo una tira con ella se envolvió la frente.

—Esto sí me lo pagarás con sangre —gritó. Yo me quedé petrificada. Me alcanzó con una mano, pero rasgando el vestido pude zafarme, y así seguimos, él tratando de asirme con sus manos, con sus uñas, y yo huyendo, siempre huyendo. Hasta que me atrapó frente a la chimenea. Ambos estábamos jadeantes y nos quedamos mirando con odio. Luego me cogió fuertemente por el cuello y me obligó a ponerme de rodillas. —Aquí morirás —y para hacer mayor mi miedo, con el filo del verduguillo cortó todas las ropas por mi espalda y lo hundió en mi carne.

Se estremeció. Me levantó con sumo cuidado del suelo y me dijo: "¿Pero qué iba a hacer? Debo de estar

loco, ángel mío". Me apretó contra él. Yo jadeaba. Me fue calmando con sus manos sobre mi cuerpo semidesnudo. Luego comenzó a acariciarme y de pronto me sujetó por la trenza y me besó: metió su enorme lengua en mi boca y su saliva espesa me inundó. Sentí un asco mayor que el miedo a la muerte y desasiéndome como pude escupí su saliva espesa.

—Prefiero morir ahora mismo a que me vuelvas a besar con la boca abierta.

Contra lo que esperaba, se separó de mí, avergonzado y dijo quedamente: "no volverá a suceder. Pero tú, tú... ¿qué te he hecho esta noche?" Se puso de rodillas y terminó de quitarme los harapos que colgaban de mi cuerpo. Me tomó en brazos y me llevó al gran lecho salpicado con su sangre. Me tocaba apenas con la yema de los dedos y musitaba incansablemente "mi belleza, mi belleza, mi belleza..." hasta que me quedé dormida.

—¡Dios mío! ¡Pero qué es esto! —exclamó Eloísa al verme sobre la cama ensangrentada.

—No pasa nada, nada —le aseguré.

—¿Nada? ¿Y el médico que mandó traer el señor en la madrugada? ¿Nada y usted golpeada, llena de arañazos y con esa herida que le corre por la espalda?

—Con un buen baño se arreglará todo.

—¿Un baño?

—Sí, estoy molida, pegajosa. No quiero más que un baño, querida Eloísa. Y tú me lo vas a dar en este instante.

—Como mande la señora.

Se fue refunfuñando y yo traté de incorporarme. ¡Ay qué dolores! No sentía ni huesos ni pedazo de piel sanos. Un pie pisado, las rodillas y los codos sangrantes, arañazos por todo el cuerpo y mi cara. Entonces sí me levanté rápidamente a alcanzar un espejo: mi cara estaba arañada y golpeada. Mi palidez no era de ira, era de sufrimiento.

Cuando me metí en la tina tibia, sentí un gran alivio, y después, cuando Eloísa puso árnica en mis moretones y un magnífico ungüento en mis heridas, me sentí mucho mejor.

—El doctor está esperando en la salita.

—Y me verá desnuda, no, mil veces no.

—Pero señora, él espera enviado por el señor, la herida es de cuidado...

—Eloísa, que no entre nadie, nadie. Solamente tú tráeme las comidas. Di que tengo una enfermedad contagiosa y que el doctor ha prohibido las visitas. ¡Ah! Y cuando vengan Lidia y Ester que las hagan pasar al salón de juegos y les sirvan sorbetes. A mí también me traes.

—Sí señora —y al verme macilenta, tirada en el diván, puso una cara muy triste y se fue para no estorbarme.

No terminé de desayunar, porque en mi habitación de estar mi madre estallaba como una bala de cañón.

—¿Mi hija enferma? ¿Y no la puedo ver? ¡Esto clama al cielo!... Aunque me contagie, aunque me muera, mi deber está en la cabecera de su cama. ¿Y quién eres tú, Eloísa, para impedírmelo? Ni tú, ni el doctor, ni nadie. Mi sagrado deber...

Gritaba tanto que con mi dolor de cabeza creí que ésta iba a estallar.

—Váyase madre, estoy muy bien atendida y sus gritos me mortifican. Vuelva dentro de quince días, como dijo el doctor. Haga el favor de no gritar más.

Quince días son pocos y muchos. Mi madre venía cotidianamente y acurrucada delante de la puerta del saloncito lloriqueaba, gemía. Eso me ayudó a comprender que ella

me había vendido a sabiendas de la vida licenciosa de Ermilo que él no ocultaba. A trozos, Eloísa me contaba lo que en pueblos cercanos hacía, y que nadie en la casona pensaba que se casaría y menos con una niña como yo. Al llegar al punto final de cada relato, Eloísa sollozaba.

A los quince días mi madre se presentó con todas las fanfarrias y gritos y amenazas.

Yo tenía una fuerte jaqueca y los puntos de la herida que me supuraban, eran verdaderas llagas. Había mandado decir a Ermilo que llamara al médico. Además, me sentía muy débil.

Como pude llegué al saloncito y lo abrí. Me quedé en el vano, me desabroché la bata y la dejé caer.

—¿Quiere ver más? —y me volví de espalda.

—¿Cómo es posible que ese canalla…?

—Calle, madre. Con ese canalla me casó usted y con él vivo en esta casa donde no puede ser insultado su nombre. De él vive usted y hasta tiene una muchacha de servicio. No le conviene que nadie sepa esto. Métaselo en la cabeza: estoy enferma de una enfermedad dolorosa y contagiosa, y tengo prohibido recibir visitas. Hasta las suyas, porque me lastiman.

No quise ver sus lágrimas y me volví a mi diván sin recoger la bata. Eloísa cerró. Me puso otra bata y me dejó reposar.

Por la tarde mandé preguntar a Ermilo cómo se encontraba y a pedirle algunos libros que considerara que yo debía leer.

Vino en persona a traérmelos y de rodillas ante mi diván me pidió mil veces perdón, besando mis manos semidesolladas.

Venía con un gorro alto de astracán, que no tenía nada que ver con la estación. Su cara estaba roja e hinchada. Pero ambos callamos sobre su herida y las mías. Las cicatrices que nos hicimos perdieron importancia.

A partir de ese día hicimos un pacto silencioso en el que yo aceptaba de vez en cuando sus fantasías y él acataba mis prohibiciones, y se puede decir que fuimos felices más de veinte años.

Yo aprendí a montar a caballo para ir a visitar las posesiones más retiradas de Ermilo. Aprendí también el movimiento de la tienda, a rayar, a hacer las cuentas, en fin, todo lo que podía aprender una propietaria. No tuvimos hijos.

De vez en cuando llegaban a mí rumores de que Ermilo había armado una bacanal en un pueblito cercano. Yo fingía no escuchar. Pero cuando cumplió sesenta y ochos años la orgía irrefrenada pareció una afrenta porque sucedió allí mismo, en el pueblo, en el campamento de unos gitanos que no tuvieron inconveniente en desnudarse y dejarse manosear. Se supo hasta que cohabitó con el más joven. Todos bien pagados, todos contentos. La fiesta duró tres días.

Muy temprano, al cuarto día, tomaba yo providencias para ir a "La Esmeralda" cuando llamaron reciamente a la puerta. Simón fue a abrir y yo me quedé parada esperando a ver quién era. Oí que Simón discutía con alguien.

—Déjalo pasar —ordené.

Entró un hombre alto, al que no pude ver la cara porque de su hombro sobresalía la panza y a su espalda colgaba la cabeza de Ermilo.

—Póngalo en el suelo —le ordené y tuve que volver la cabeza y taparme la boca para no vomitar al ver tanta inmundicia.

—Tenga la amabilidad de subirlo, porque pesa mucho, y ya en su cuarto déjeselo a Simón. ¡Ah! Báñese usted allí mismo y que le den ropa limpia para que se cambie —dije sin volverme.

Pedí una taza de té para aplacar mi estómago.

¿Cómo decirlo? Lo vi en lo alto de la escalera: fuerte, rubio, ágil, seguro de sus movimientos y con un dejo desdeñoso en la cabeza que me recordó el grabado de alguien —¡Aquiles! Era lo más bello vivo que había visto.

La boca me sabía a miel.

Vino hacia mí y sus ojos azules llenaron mi alma de luminosidad. Tuve que sentarme.

—La señora está servida, y yo agradezco este magnífico vestido.

—Calle, calle usted. Nosotros somos los agradecidos, y no sé cómo pagarle el bien que nos ha hecho.

—... el pobre señor... nadie quería acercársele... alguien me dijo cómo se llamaba y dónde vivía, y lo traje. Cualquiera tiene una desgracia.

—Pero esto no fue una desgracia y usted lo sabe.

Sus ojos se fijaron en los míos:

—Hay diferentes tipos de desgracias —dijo muy seguro.

—Acompáñeme usted a desayunar, tenga la amabilidad.

—La bondad es suya y no está bien...

—En esta casa yo digo lo que está bien y lo que está mal.

—Estoy a sus órdenes.

Yo, mandándolo, cuando lo que quería era ser su esclava.

Durante el desayuno me dijo que se apellidaba Simpson por su padre, que había sido inglés. Su madre era de nuestra tierra, pero cuando él tuvo doce años su padre se empeñó en que se alistara en la marina mercante inglesa. Ambos fueron a Europa a arreglar el asunto, y éste quedó solucionado a gusto de su padre. Como aprendiz de marino fue un fracaso y me contó algunas anécdotas chuscas que

me hicieron reír a carcajadas, cosa que hacía muchos años no hacía y que puso nerviosas a las sirvientas.

—Quiero que me acompañe a "La Esmeralda", me puede ser útil.

—Para servir a la señora... pero tengo que entregar el carro de heno en el que traje al señor. Un hombre de buen corazón, sin conocerme, me lo confió.

—Vaya usted, vaya usted, yo todavía tengo cosas que ordenar aquí.

Por supuesto que era mentira, y empleé el tiempo en emperifollarme. Cantaba y Eloísa se burlaba de mí porque desafinaba dos de cada tres notas. Pero no me importaba.

—¿Está contenta la señora porque el señor volvió a casa?

Me paré en seco.

—Sí, Eloísa... y ve a decir que ensillen el canelo y el alazán.

Eloísa salió y yo me sumí en un dolor profundo. Simpson tendría veintidós o veintitrés años y yo estaba atada a Ermilo, tenía treinta y seis años, aunque no los aparentaba ni por asomo. Pero ¿qué era aquello? Aquellas ganas de reírme y de ser feliz, ¿eran pecado? Mas sabía en el fondo de mí que me mentía, que era Simpson, Simpson el que me sacaba de mi manera de ser.

Muy reposada, tratando de aparentar majestuosidad, bajé lentamente, cuando me comunicaron que "el joven había regresado". Lo saludé con la cabeza y la pluma que pendía del sombrerito tembló ligeramente, como burlándose de mí.

—Vamos —dije, con plena autoridad. Él me siguió. Me siguió por el camino sin pronunciar palabra ni preguntar a qué íbamos, a qué iba él.

Antes de llegar a "La Esmeralda" emparejé mi caballo al suyo y le pregunté a quemarropa.

—¿Quiere usted trabajar? ¿Sabe de labores de campo?

—Un poco, pero puedo aprender de prisa.

—Está bien —y fustigando mi caballo me alejé de nuevo de él. ¡Cuánto me costaba!

Al ruido de los caballos Jerónimo salió cojeando de su choza y al verme puso una rodilla en tierra.

Frené mi caballo y antes de que me diera cuenta las fuertes manos de Simpson me tomaron por la cintura y me pusieron en tierra.

—No vuelva a hacer eso —le dije con rudeza.

Jerónimo, con su brazo y su muslo vendados gritaba "¡Vino la señora, vino!; ¡la señora!, ¡vino a verme!"

—A eso he venido, y a traerte ayuda, le dije condescendiente. Vamos adentro a ver esas heridas.

—Fue un descuido, señora, un parpadeo.

—Cállate ya y déjame verte —con el mayor cuidado fui quitando los trapos sucios y vi con horror las profundas heridas infectadas.

—Traiga las faltriqueras —ordené a Simpson. Él lo hizo.

Comencé a curar con el mayor cuidado posible. Desinfecté a conciencia y Jerónimo se contorsionó y se mordió los labios para no gritar. Simpson lo sostenía. Jerónimo se desmayó y pude curarlo con mayor soltura y eficacia.

—Lo bueno es que no tiene fiebre —me dijo Simpson.

—Pues si no lo llevamos al pueblo no sólo tendrá fiebre sino que será necesario amputar.

—¡No! ¡Eso no! —gritó él—. Y ahora no tenemos en qué llevarlo con lo debilitado que está. Yo me quedaré y lo cuidaré hasta que esté sano como un roble. Sé hacerlo. En el mar se aprenden muchas cosas. También puedo cazar para sostenernos.

—Eso no será necesario. Yo vendré o enviaré lo que haga falta. Sabe usted escribir ¿verdad? Pues por recado hágame conocer sus necesidades. Las de ambos.

Cuando Jerónimo se repuso un poco, comimos "pechugas de ángel" como decía él y lo hicimos beber un poco más de lo necesario.

De vuelta a casa, encargué del asunto a Fulgencio, el jefe de campo, y me dispuse a seguir mi vida de siempre.

No vi en quince días a Ermilo, que según supe había mandado llamar al médico, y eso fue un gran descanso para mí.

En casa no podía estar, así que visité "Santa Prisca", "El Matorral", "La Acequia", pero la culpa era del alazán, siempre. Pardeando la tarde, llegábamos a "La Esmeralda" a preguntar, nada más, por el enfermo. Mejoraba de hora en hora, y como se hacía tarde, Simpson me acompañaba de regreso; al paso de los caballos, contándome sus historias. Cuánto sentía yo ver a lo lejos las lucecitas del pueblo.

—Hasta pronto.

—Hasta pronto, señora.

Y siempre me quedaba con la impresión de que iba a decirle "Hasta nunca, Simpson".

Ésa fue mi intención cuando decidí dejar de ir.

Después de las lágrimas y las peticiones de perdón, Ermilo y yo seguimos la vida de siempre, la de tantos años en común, pero sin contacto sexual.

Un día salió Ermilo vestido de campo, pero en el carrito de dos caballos: ya no montaba. "Va a inspeccionar alguna propiedad importante" pensé.

Cuando regresó por la tarde venía más gordo que de costumbre, resplandeciente. Me llamó a la biblioteca.

—¡Seremos ricos como Creso! Y tú sin decirme nada de ese señor Simpson. ¡Él nos hará miles de veces millo-

narios! —y dio vuelta al globo terráqueo—. ¿Qué quieres? ¿Samarcanda? ¿El golfo Pérsico? ¿Trípoli? ¿Madagascar? ¿China? ¿Japón? ¿Tonkin? ¿Corea?... Todo lo tiene en sus manos. Trabajó muchos años en la marina mercante inglesa y tiene cientos de contactos, y sabe las rutas, las compañías navieras que hay que utilizar. Además, como es natural, domina el inglés y podrá escribir a todo el mundo. Ya no seremos comerciantes, sino distribuidores... y tú lo llevas a cuidar a Jerónimo, ja, ja, ja, ja.

Yo ya veía a Simpson alternando con nosotros y un miedo mortal me hizo exclamar:

—¿Para qué queremos tanto dinero? Tenemos más de lo que pudiéramos gastar en toda nuestra vida, y aún quedaría para darle la vuelta al globo y dejar herencias considerables a familias necesitadas.

—¿Pero tú sabes lo que da el poder del dinero?

—No.

—La humillación de todos los demás.

Simpson se vino al almacén a trabajar como loco. Dormía en un cuarto del entresuelo del ala de la casa donde estaban nuestras habitaciones, pero venía de noche, cuando ya dormíamos.

Dormir es decir mucho en mi caso, porque desde que Simpson llegó, apenas pude hacerlo. Fui a ver al médico, quien, sin preguntarme los motivos de mis insomnios —conocía como todo el mundo a Ermilo— me dio una botellita para tomar cinco gotitas por la noche. Así lograba un sueño leve después de que oía cómo Simpson cerraba las cerraduras de la casa. Luego sus pasos, y por fin el silencio.

Cuando comenzaron a llegar las maravillas de Oriente tuve que ir al almacén a verlas. Pero sólo veía los movimientos elásticos de Simpson mostrándomelas. Ermilo estaba presente.

—Escoge algo... encapríchate con alguna cosa —me animaba.

Pero yo no podía ver más que los ojos de Simpson. Él me llenó de telas, de perfumes, de objetos, explicándome siempre de dónde procedían. Yo me los llevé porque venían de sus manos. Cuando hubieron llegado varios embarques, Ermilo organizó una gran exposición en nuestra casa e invitó a ella a todos los comerciantes solventes de la región. Los compradores de alhajas se quedaron a dormir en el ala sur de la casa.

El negocio fue redondo.

Por la noche, una vez desmantelada la exposición, se dio un gran baile.

Sórdida, escondida en el hueco de un balcón, miré cómo las mujeres asediaban a Simpson. Podía escoger a la que quisiera para amante o para esposa, pero Simpson parecía no darse cuenta. Era gentil con todas pero con ninguna en especial.

Cuando vi aquello salí de mi escondite y me mezclé con los invitados.

Mis amigas de infancia me rodearon:

—Mañana vendremos a ver tus maravillas.

—Oye, y qué guapísimo es tu socio.

—Y agradable...

Hacia el final de la fiesta comencé a beber champaña. Mucho champaña, hasta que Simón me llevó a mi cuarto y me cubrió con una cobija.

La luna está sucia de nubes negras. Enciendo la vela y las sombras de las cosas se me echan encima causándome más miedo. Todo me acusa por lo que sufro, comprendo que

mi miedo no es más que un remordimiento disfrazado, que mis cosas queridas me rechazan con repugnancia por sentir el amor que siento. Mi amor, sin embargo, no se bambolea como me bamboleo yo. Me echo encima la capa de terciopelo verde olivo y sin pensarlo camino por los corredores y las escaleras como una sonámbula que da traspiés y se tambalea rítmicamente. Abro la puerta del cuarto de Simpson. Lo que veo me deja petrificada: Simpson y Ermilo hacen el amor.

Pero no tengo tiempo de salir de mi estupor. Ermilo ha cerrado la puerta y grita como un poseso.

—Te dije que algún día vendría... que vendría... está loca por ti.

Me arranca la capa y me desgarra la ropa.

—Ya verás qué hermosura es, esta hija de... ya verás qué hermosura.

Mientras me desnuda con manos torpes, Simpson hinca una rodilla ante mí, me besa la mano y dice muy dulcemente: "Mi señora". Yo miro sus ojos de niño y olvido lo que he visto poco antes.

Estoy desnuda. Ermilo salta sobre sus piernas chatas y flacas.

—¡Ya los tengo! ¡Ya los tengo! —grita a todo pulmón—. ¡Ahora a la piel de oso, donde las llamas den reflejos a sus cuerpos! —y saca su cinturón y comienza a azotarlo por el suelo.

—¡Rápido enamorados, porque se hace tarde!

Leche y miel bajo su lengua fina. Delicia en mis dedos al tocar su piel. Simpson me recorre con sus manos, con su boca abierta. Todo es lento y frenético al mismo tiempo. Parecía que los dos habíamos esperado desde siempre este encuentro. Descansamos un poco para mirarnos con un amor sin fronteras y volvemos a acariciarnos como

si para eso fuera hecha la eternidad. Cuando me posee, saco conocimientos de no sé dónde para moverme rítmicamente, luego de un rito largo, muy largo, quedamos extenuados uno sobre otro, acariciándonos apenas, con dulzura infinita.

Hasta entonces me doy cuenta de que Ermilo nos ha estado mirando y fustigando con su gran cinturón y palabras soeces. No me importa.

Nos incorporamos porque el cinturón de Ermilo nos obliga.

—Muy bien, muchachos, muy bien. Tú no sabías lo que era esto ¿verdad querida? Pero ahora sabrás muchas cosas más.

Alarga hacia nosotros sendas copas de champaña. Nos incorporamos y yo me siento muy mal desnuda. Sirve más champaña, una copa, y otra y otra... ¿Cuántas? Charla sin cesar: "No lo llames Simpson, su nombre de pila es Samuel." "Como ahora tendremos relaciones más íntimas nos iremos, desde mañana, a celebrar nuestras fiestas en tu alcoba, que es mucho más bonita que esto." "¡Ah! Samuel, Samuel, cuánto conoces de hombres y de mujeres." No sé cuánto tiempo ha transcurrido ni me importa lo que Ermilo dice. Yo escondo mi dicha tras las copas de champaña. Pero no es el alcohol lo que me emborracha: es el amor de Samuel, es el placer que ha sabido darme.

En un momento dado, Ermilo restalla por centésima vez su cinturón.

—Basta de descansar. Ahora seremos los tres los que disfrutemos. Y yo seré el primero en montarla ¿eh Samuel?

Yo me encojo de terror pero ya estoy en el círculo infernal y glorioso: lo he aceptado.

Al mediodía siguiente despierto con dolor de cabeza y Eloísa me regaña dulcemente por haber bebido más champaña del debido. Va a la cocina a traerme una pócima para mi malestar. Le pido que no abra las cortinas.

Me quedo quieta, en una contradicción terrible de sentimientos. Me he portado como una descarada y una mujer sin escrúpulos. Lo que me molesta es compartir mi placer con Ermilo, a quien desde ese momento detesto. Y compartir mi cuerpo entre dos hombres me avergüenza profundamente: sean esos hombres quienes sean. Pero el placer con Samuel, y las caricias disimuladas pero llenas de amor que recibí de él mientras estábamos con Ermilo... mi carne vuelve a encenderse de deseo y siento que lo volvería a hacer mil veces, con tal de estar un momento en los brazos de Samuel. Ya se llama Samuel, ya no es el señor Simpson, y por otra parte, Ermilo no sólo lo ha permitido, sino que lo ha propiciado. A pesar de sus caricias asquerosas pienso que en el pasado las he tenido que soportar igualmente, sin tener un cómplice que no sólo las aligera, sino que las borrará con las suyas propias. Pienso todo eso, pero me siento moralmente mal, físicamente mal, y me cubro con la sábana hasta la cabeza: —"Estás amortajada, querida", me había dicho Ermilo a la mañana siguiente a nuestro casamiento... Pues no, ya no estaba amortajada por el vejete, sino viva, muy viva con mi amor por Samuel.

Después de tomarme el horrible menjurje hecho por Eloísa, me siento mucho mejor. Aunque con las cortinas bajas porque no quiero enfrentarme con el sol. El sol y yo ya no podremos ser amigos. Yo pertenezco a la luna menguante y siniestra.

Me baño muy lentamente y Eloísa se molesta un poco por mis movimientos torpes y desganados. No puede hacerme probar bocado. Le pido que me deje en bata, sola.

La lucha dentro de mí continúa. No es fácil olvidar los principios de toda una vida por más justificaciones y amor que haya por el lado contrario. ¿Qué pensarían mi madre o mis amigas si supieran lo que había sucedido? Lo que hubiera pensado yo apenas unos meses antes: nada, no lo hubiera comprendido, me hubiera escandalizado al máximo y hubiera llamado, por lo menos, degenerada a la que tal había hecho. Y ahora esa degenerada era yo. Pero Samuel, Samuel... De seguro que ni mi madre ni mis amigas habían ni siquiera soñado un amor así.

Eloísa entró con un paquete que habían mandado del almacén para mí. Esperé a que se fuera para abrirlo: era un aderezo de rubíes que traía una tarjeta que decía así: "Mi amor es más grande que el tuyo porque para conseguirte he tenido que llorar rojas lágrimas de humillaciones sin nombre. Samuel".

Poco después llegó un paquete más pequeño con un anillo que hacía juego con el aderezo: "Para la puta más bella que he conocido. Ermilo". Estaban de acuerdo. Eloísa vino a decirme que el señor y el señor Simpson vendrían a comer y que era necesario que me vistiera inmediatamente. Me negué. Mandé decir que los esperaría a cenar. Yo mandaba en todo esto.

Por la tarde atendí con alegría a las amigas que habían venido a ver "mis maravillas". Nada les impresionó tanto como mi conjunto de rubíes. Charlamos y comimos golosinas hasta bien entrada la tarde.

Esa noche me puse un vestido negro escotado y los rubíes. Eloísa estaba confundida porque ni el día anterior, para la fiesta, me había hecho arreglar con tanto esmero. Bajé triunfante. Los dos hombres se deshicieron en cumplidos.

Mientras comíamos, Simpson y yo no nos recatamos para mirarnos con amor y alguna vez rozarnos las manos.

Biblioteca Central U.V

Cuando terminamos, Ermilo preguntó si estaba encendida la chimenea de mi cuarto; hizo que la prendieran y ordenó que los licores y el champaña los subieran a mi dormitorio. Los sirvientes se quedaron pasmados.

—Esa habitación me gusta mucho, y ahora que el señor Simpson es de la familia, no tiene nada de raro que tomemos una copa allí. Al calor del hogar. Cuando suban el servicio se pueden retirar todos a dormir. ¡Ah! Y les anuncio que desde hoy ganarán ustedes doble sueldo.

La escena de la noche anterior se repitió casi punto por punto, más apaciblemente porque Ermilo no tuvo que romper mi ropa, sino que Samuel me la fue quitando en medio de abrazos y besos llenos de pasión. Ermilo hacía chasquear su cinturón como un domador de circo y realmente se desesperaba por entrar en acción.

La servidumbre no calló, como había supuesto Ermilo que lo haría, dándoles sueldos fabulosos. Todo el pueblo supo que algo raro pasaba en nuestra casa, y todos sospechaban de qué se trataba.

Como suele suceder en estas cosas, mi madre fue la última que se enteró de las murmuraciones. No queriendo abordar el asunto a solas conmigo, una mañana se presentó con el señor cura Ochoa, hombre prudente y al que yo tenía mucho respeto.

Comenzó por abordar el tema del escándalo.

—Los ricos somos gente excéntrica, padre; ya mi marido lo era antes de que me casara con él y nadie me lo advirtió. Además, señor cura, Dios es el único que ve realmente lo que sucede, por qué sucede, y mira dentro de nuestro corazón. Yo me atengo a su juicio.

Con esto y algunas escaramuzas más terminó la entrevista. Pero mi madre comenzó a adelgazar, a palidecer y pronto murió.

En el momento en que su cadáver descendía por la fosa, alguien gritó:

—¡Asesina!

Y a continuación una piedra me abrió la frente.

Ermilo gritó: —¡Alto! ya te vi, Ascención Rodríguez arrojar la piedra. Esta misma tarde te verás con mis abogados, y a todo aquel que de algún modo u otro ofenda a mi esposa, se le cobrará el adeudo total de su cuenta en el almacén so pena de embargo inmediato.

Además del remordimiento por la precipitación de la muerte de mi madre, aún tengo en la frente la cicatriz de la pedrada, como un recordatorio perenne.

Montaba a caballo todos los días, cuidaba de las flores del jardín sólo para mantener la figura. Eloísa, cada vez más callada, me ponía en todo el cuerpo frescas mascarillas de frutas, cremas, aceites refinadísimos. Me dedicaba todo el día a mi cuerpo para que no se marchitara y se viera y se sintiera deseable cada noche. Procuraba no pensar en otra cosa que en Samuel, porque si leía o mi pensamiento reparaba en la realidad, se ponía en peligro mi equilibrio, tan celosamente cuidado. Sobre todo, no había que pensar en edades ni en el futuro. No existía más que cada día para cada noche.

Pero hubo quien pensó en mi futuro: Ermilo. Redactó un testamento según el cual el señor Samuel Simpson no debía casarse o vivir en amasiato con otra mujer que no fuera yo, su querida esposa, y si no se cumplía esta cláusula, la sociedad quedaba disuelta en términos muy desfavorables para Simpson; en cambio, a mi muerte, quedaba como único heredero de la fortuna completa. Samuel, riendo, aceptó y dijo que no me abandonaría jamás.

Nuestras costumbres siguieron iguales noche a noche, aunque al final Ermilo no participaba más que muy parcialmente en ellas.

Ermilo murió a los ochenta y cinco años. Yo tenía cincuenta y tres y Samuel apenas cuarenta. A pesar de mi aspecto juvenil, cuando me encontré a solas con Simpson, sin el apoyo de Ermilo, apenas ahora me daba cuenta de eso, de que había sido mi apoyo, me entró un terror que me hacía castañetear los dientes. ¿Por qué no confiaba yo en Samuel? En todos aquellos años había sido tan amoroso conmigo que debía estar segura de que su pasión era tan intensa como la mía, pero ahora tenía miedo de mi dulce Samuel. ¿Por qué?

Comíamos solos en el inmenso comedor y la conversación languidecía. Durante la cena yo estaba nerviosa, esperando, pero pasaban los días que remataban en las noches con un beso en las manos y un "Que duermas bien". Claro que no dormía. En mi desesperación, le rogaba a Ermilo como si fuera un santo, que intercediera por mí, que no me abandonara.

Y mis ruegos fueron escuchados. Diez días después de la muerte de Ermilo, al terminar la cena Samuel tomó mis manos y subimos a mi alcoba. ¡Ah! ¡Qué dichosa fui! Solos y sin testigos. ¡Al fin! Pudimos hacernos uno o ser uno en el otro. ¿Para qué hablar de las caricias? Las inventamos todas, porque antes de nosotros no había habido amantes en el mundo. Exhaustos vimos amanecer, pero el sol se empañó cuando Samuel dijo, tomándome de la mano:
—Nos hace falta Ermilo.

Fueron días lánguidos y noches ardientes. Yo pasaba de la cama al baño y del baño al diván lentamente, saboreando mis movimientos, la dulce tibieza del agua, la sonrisa de Eloísa, la caricia de las sedas de mi ropa, los perfumes diferentes de la mañana tardía. Me sentía convaleciendo de una enfermedad que había puesto en peligro mi vida, y me mimaba con la más sutil delicadeza. Me adormecía recordando las palabras de amor de la noche anterior, y dormía

suavemente, como envuelta en un capullo. No bajaba a comer porque Samuel por esos días no comía en casa, pero el ritual de vestirme para la cena comenzaba a las seis de la tarde porque era necesario disimular, cubrir, atrapar y domar las más pequeñas arruguitas de la cara, de las manos, de todo el cuerpo, y hacer brillar una belleza en toda su plenitud. Yo sabía mi edad, pero él no y, sinceramente, me conservaba mucho más joven de lo que era. Y hermosa, seguía siendo muy hermosa. Él no se cansaba de decírmelo.

¿Cuánto duró el encantamiento? ¿Semanas? ¿Meses? No lo sé porque no me ocupé de medir el tiempo pues vivía en la eternidad, una eternidad relampagueante.

Empecé a inquietarme cuando repetía todas las noches que hacía falta Ermilo, que todo había sido mejor con él, que extrañaba la presencia de Ermilo. Me sentía herida pero no podía decirlo.

Una noche me preguntó muy galantemente si le permitía llevar a cenar a un amigo, "estamos tan solos", dijo que yo escogiera el día, el menú, que todo lo dejaba en mis manos. La idea de romper nuestra intimidad no me gustaba, pero no tenía argumentos para negarme a una cosa tan natural. Fijamos la fecha y no volvimos a hablar de la cena ni del amigo. Yo debería haber tenido más curiosidad, preguntar sobre él y qué tipo de amistad llevaban, pero seguro que para defenderme olvidé el asunto hasta que la víspera del día señalado llegó.

Puse el mejor mantel, saqué el servicio de plata y ordené un menú excepcional. Me vestí con más cuidado que nunca y esperé.

Contra toda etiqueta, cuando llegó Samuel con su amigo salí a recibirlos. El amigo era un jovencito rubio, con un bigotito ridículo. Me pareció muy pagado de sí

mismo. Cuando estuvo delante de mí alzó la barbilla e hizo una reverencia casi militar. Por poco me río, pero me quedé helada cuando Samuel dijo:

—Laura, éste es... bueno, para abreviar, lo llamaremos Ermilo, ¿te parece bien?

Comprendí inmediatamente y acepté.

A ese Ermilo, que no me gustó, siguieron muchos, muchos Ermilos y hubo las famosas orgías de los Ermilos, en las que la mayor atracción era yo, por ser la única mujer. A medida que fui envejeciendo, perdiendo los dientes, arrugándome, poniéndome fea, fui atrayendo personajes más importantes, los que me habían deseado cuando era joven, y los jóvenes para gozar algo de una diosa de la belleza. Todos los "próceres" de la ciudad tuvieron algo que ver conmigo en aquellas bacanales que, por fortuna, no eran demasiado frecuentes. Fueron ellos mismos los que salieron escandalizando al pueblo por lo que sucedía en mi casa.

Mi casa... lo que queda de ella. Saqueada por los Ermilos con la anuencia de Samuel, con las cortinas desgarradas, ya sin alfombras, los muebles cojos, sucios y estropeados, apestosa a semen y vomitonas, es más un chiquero que habitación de personas, pero es el marco exacto que me corresponde y así le gusta a Samuel.

Ahora tengo setenta y dos años. Él apenas cincuenta y nueve. No tengo dientes, sólo puedo chupar y ya no hago nada para disimular mi edad, pero Samuel me ama, no hay duda de eso. Después de una bacanal en la que me descuartizan, me hieren, cumplen conmigo sus más abyectas y feroces fantasías, Samuel me mete a la cama y me mima con una ternura sin límites, me baña y me cuida como una cosa preciosa. En cuanto mejoro, disfrutando mi convalecencia, hacemos el amor a solas, él besa mi boca

desdentada, sin labios, con la misma pasión de la primera vez, y yo vuelvo a ser feliz. Mi alma florece como debió de haber florecido cuando era joven. Todo lo doy por estas primaveras cálidas, colmadas de amor, y creo que Dios me entiende, por eso no tengo ningún miedo a la muerte.

Estela

Juan Vicente Melo

para José Emilio Pacheco

Estela, pensó.

El ir y venir del dedo índice sobre la gris superficie de la mesa, el viaje de toda la mano arriba, abajo, el deslizarse sin tropiezos, el resbalar sin caer nunca y sin encontrar obstáculos, avanzar, retroceder, lenta, mecánicamente, como un rito, de la misma manera que empuña el rastrillo y lo hace subir, bajar todas las mañanas sobre su cara, las mejillas infladas, los labios deformes, la mirada atenta. Dibujó una letra, una figura, un signo; los ojos siguiendo el trazo, el dedo manchado de nicotina, la ceniza que comienza a caer del cigarro. *Estela,* dijo en voz baja, casi sin darse cuenta, insinuando apenas las sílabas, paladeándolas y luego escribiéndolas sobre un papel, sobre un rincón de la mesa, mecánicamente y sonriendo, consciente de haber sustituido el cigarro terminado por el largo y filoso punto negro, tarareando la melodía de las letras, la alegría de la música del nombre que sube y baja como el rastrillo cuando se rasura en las mañanas, como antes el dedo índice y el humo casi azul, y ahora el lápiz que escribe sobre un papel y sobre un rincón de la mesa. *Estela.*

(Ven, Estela, ven a jugar conmigo como la semana pasada y la otra y los otros lunes, como el primer día y desde entonces siempre. A jugar conmigo con los cabellos mojados de lluvia, volando, sonriendo, ven. Tú y tu nombre tuyo y mío, Estela, a limpiar tu nombre escrito por mis dedos en la mesa que no conoces, tú y tu pelo desordenado, ven a que juegue con tu pelo entre mis dedos.)

Se dio cuenta de que la mujer con cara de ratón había terminado la lectura, que lo miraba, que todo seguía igual en el cuarto blanco y limpio, que el hombre estaba ahí sentado y que la mujer con cara de ratón lo miraba atentamente y que él era el mismo, todavía bata blanca y estetoscopio colgado como collar, y que aún es lunes, un día calmado y apenas caluroso, un sopor tranquilo. La mujer con cara de ratón volvió a comenzar la lectura: "Antecedentes familiares, antecedentes personales, antecedentes patológicos, antecedentes no patológicos. Señas particulares". Otra vez ya no la escuchaba: la letanía era como un arrullo y él manejaba, laciamente, su secreto. Corren los dedos arriba, abajo, y las letras que componen el nombre de Estela se vuelven más precisas, aunque bailen. Igual que cuando era niño y se escondía; sus dedos, su mano, ojos y piernas subiendo, bajando, subiendo, bajando, aquella canción interminable y la fotografía arrugada de la mujer desnuda, un trozo de papel que se balancea clavado en la pared.

(Amo tu nombre, Estela, me gusta el nombre que te di y que nadie conoce. Preguntaste "¿cómo vas a llamarme?" y sin pensarlo, sin escoger, renunciando a todos los otros nombres, dije Estela, precisamente ése, no los demás sino ése. Desde el primer día, cuando estaba solo y apareciste con los cabellos en desorden empujándome bajo la cama y diciendo "vamos a jugar" y jugamos con las manos juntas, mirándonos los ojos, juegos nunca aprendidos. Desde ese

día; recordando la canción que empezó a sonar lejos, a sonar más cerca, junto a las orejas, aquí, aquí dentro. Estela, dije, no los otros nombres sino ése, sólo ése.)

El hombre que todavía está sentado frente a él lo mira. Se cruzan sus miradas. "Señas particulares: ninguna." Escondió los ojos, tomó la pluma, sonrió con esa sonrisa de retrato, la misma para todos, sin importarle que ese hombre no tuviera una pequeña marca que lo diferenciara de los demás. Se levantaron de pronto, al mismo tiempo, como si la mujer con cara de ratón hubiera gritado una orden. Frente a frente, la izquierda de uno es la derecha del otro, las manos tienen que dirigirse en diagonal, al encuentro de la receta extendida, un simple pedazo de papel blanco agitándose levemente, cambiando ya de calor y de color, aprisionada. Y mientras él ofrece el frágil consuelo, trata de recordar su nombre y vuelve a pensar que el no tener señas particulares debe ser una humillación. Y mientras el otro inicia el movimiento del brazo, mientras llega a alcanzar el pedazo de papel limpiamente garabateado, mientras trata de mostrarle que está muy agradecido y que cumplirá las órdenes al pie de la letra, espera algo más que aquel gruñido, aguarda otra sonrisa, no aquélla sino otra, una nueva. Frente a frente, todavía. Trata de recordar el nombre de este pobre tipo. Pero es la canción de las letras en lo que está pensando. Y el dedo vuelve a comenzar el lento ir y venir sobre la gris superficie de la mesa. La mujer-ratón empuja al tipo hasta el corredor y desaparecen juntos. No importa que la puerta se cierre rápidamente: ha entrado, se ha infiltrado un chorro de la salud del día.

Aquel lunes, el primero, acostado en la cama que se hunde hasta tocar el suelo con mi peso. Aquellos mis ojos abiertos esperando el sueño, batallando las pestañas, tratando de deshacer las imágenes del día. Aquellas mis aletas

que se abren y se cierran en vano intento de expulsar el olor rancio. Todo despierto. La terrible sensación de pensar que hay que seguir respirando. Aquel lunes y esa soledad. Nadie más que yo en el mundo; no había otro ser humano. Y mis dedos empezaron a subir y bajar, primero los dedos y luego la mano empuñada, repitiendo el golpe frío, tibio, caliente, en los muslos, la vibración alerta y magníficamente rígida, la quemadura en el cuerpo, igual que entonces cuando me escurría debajo de los muebles o miraba la fotografía arrugada de la mujer desnuda, igual que el sube y baja del rastrillo pegado a mis mejillas infladas.

(¿Recuerdas, Estela?, estaba totalmente solo y tú apareciste. Yo quería acabar mi desvelo, acompañarme. Y, sin avisar, llegaste como única respuesta, como sola oportunidad de combate. Primero no eras nada: una especie de música, el contacto duro y rojo, nada más. Luego te crecieron piernas y manos, te dibujé la cara, quise que te parecieras a la mujer de la fotografía y preguntaste tu nombre. Estela, dije. Empezamos entonces a inventar nuestro mundo: alumbrados por enormes candiles, caminamos entre ríos con el mismo monótono, lento, descansado ritmo de la lluvia que caía —afuera— y reíamos esquivando dardos envenenados y filosos cuchillos. De trecho en trecho, repetías, extrañada, tu nombre; yo tarareaba canciones obscenas. No olvides, Estela, las caídas de peñasco en peñasco hasta llegar al suelo, envuelta en todos tus vestidos, tu cara de niña sorprendida. Recuerda tus cabellos flotando, volando por el aire detenido. El lento ir y venir de mi dedo índice sobre la ya blanca superficie de tu piel, el deslizarse, el caer. Las lámparas brillando, Estela, lámparas gigantes inventadas como tú y tu nombre y los ríos caminados, inventados como tu cuerpo que no se agota y las piernas que suben por los árboles, que suben entre largos semicírculos, que suben

haciendo signos mágicos, que suben y bajan y vuelven a subir, hasta que el cuerpo todo se contrae, se eriza en un largo y sostenido intento por romper el largo conducto que se ensancha y estrecha y el golpe que llega mientras la música estalla, jadeando.)

En el cuello de la bata descubrió un punto negro. Lo raspó con la uña roma, revisó las plumas fuentes, los lentes, sacudió el estetoscopio que colgaba de su cuello, sintió el largo tubo de goma que se agitaba y el golpe del extremo metálico en el vientre, tas, como cuando sonaba las teclas amarillas del piano con el puño cerrado, cansado de los ejercicios de octavas, de las escalas. Encendió otro cigarrillo y lo sintió pegado a sus labios resecos. Aspiró el humo y lo dejó salir lentamente. Siguió las figuras casi azulosas, azulosas, las perdió. *Estela,* escribió después de la siguiente bocanada.

La mujer-ratón volvió empujando a otro hombre. Desnúdese, dijo con su voz chillona. Tírese ahí, señaló la mesa de exploraciones. Que se desnude le digo. El hombre miró la puerta, la ventana abierta, la mesa que no era cama ni mesa, a la mujer con cara de ratón y a él, que sabía que aún era lunes y que, irremediablemente, Estela tendría que llegar. El otro se deshizo de la camisa sucia y un olor rancio inundó el cuarto.

Contuvo la respiración y se acercó. El asco de ayer y de hace un año, del primer día que entró a la escuela. Si no hubiera necesidad de acercarse, si se pudiera permanecer lejos, a una distancia conveniente, fuera del círculo que contiene ese olor rancio, únicamente permeable al aire vivificante que entra por la ventana... La mujer-ratón recomenzó la letanía. Antecedentes, antecedentes, señas particulares, ninguna, ninguna. Dijo el nombre y la edad y el sexo y el número de piezas dentarias cariadas, pero

él no escuchaba, sólo contenía la respiración, mantenía apretadas fuerte más fuerte las aletas de la nariz, movía el cuerpo hacia adelante y hacia atrás para sentir el balanceo del tubo de goma que colgaba de su cuello y el golpe duro, tas, firme y fuerte del extremo metálico, igual que cuando era niño y miraba el cuerpo desnudo de la mujer de la fotografía, cuando era niño encorvado y sentía el golpe duro y tibio en el muslo.

De ratón la cara y las piernas flacas e interminables, la mujer leía, escribía, repetía lo que él hablaba. Aparato circulatorio, aparato urinario, frecuencia cardíaca, señas particulares ninguna, y el nombre de aquel hombre nunca antes visto, con edad, sexo y número de piezas dentarias con caries que pertenecen a él, a él nada más, igual que Estela sólo puede llamarse Estela y tener las piernas y las manos y el cabello que tiene. Arrugó la frente levantando los ojos hasta la garganta de la mujer-ratón, hasta sus labios delgados, hasta sus ojos miopes; ella sostuvo la mirada, corrigiendo la rigidez del cuello, los senos proyectados hacia adelante, los pequeños colgantes senos que una vez se apretaron contra el vientre de él, una vez, los pobres racimos flácidos aplastados contra la boca de él, sumisos bajo sus dedos, aquella vez, nunca más. La mujer-ratón volvió a verse, a sentirse desnuda, sola en la cama sucia, todavía sudorosa, temblándole los muslos flacos. Se bajó la bata hasta cubrirse las rodillas. Él bajó los ojos, los volvió hacia la espalda del pobre tipo, hacia el cuerpo obediente que modificaba la respiración según sus deseos, arrugó de nuevo la frente y arañó un pedazo de la piel morena y caliente, deslizó la mano, golpeó un dedo contra otro, tas, pensó, otra vez, en Estela, en aquel primer lunes después de una larga, interminablemente larga sucesión de escalas que subían, teclas negras, teclas blancas, cuando cerraba

el piano dando un puñetazo y vibraban los espejos de la sala; y pensó en aquel otro lunes, en el único remedio para combatir su soledad, en todo lo que no estaba dormido: la lucha del parpadeo, el largo y agudo estilete empuñado, la población que acaba en él mismo; y pensó en los otros lunes y en éste, el día transparente que es hoy, el quieto día.

Se pasó las manos por la cara y las detuvo sobre los labios apenas dibujados. Deseó no haber tocado aquella espalda sucia de olor rancio, no haber escuchado el sonido oscuro, seco. El hombre tenía fija la mirada en la ventana, adivinaba el fragmento de jardín que seguía tras las paredes, el tronco de árbol que correspondía a esa breve rama verde que asomaba. Volvió a golpear, ahora más fuerte, con la esperanza de haberse equivocado. Pero ahí estaba, reaparecía, vibraba, respondía a la llamada, la señal; ahí, dibujada en un rectángulo deforme. No pudo contener el temblor de los dedos, el rápido temblor apenas perceptible. Quiso recordar el nombre, la edad, el número de piezas dentarias con caries, se repitió que no era justo. El mal apenas se revelaba en un pequeño triángulo deforme trazado gracias a la percusión y, sin embargo, eso era suficiente para terminar con el pobre tipo. Buscar el origen, llegar hasta la primera célula contaminada, al foco azaroso, y combatirlo, borrarlo, destruirlo. Apartó las manos definitivamente de la espalda sucia. Cada día crecerá más el triángulo, la señal se hará más precisa, mayores las molestias y al cabo de tan pocos años de vivir se iniciará una agonía rápida y el tipo terminará dando gracias a Dios por recibirlo en sus brazos protectores, libre ya de sus piezas cariadas y de sus señas particulares ninguna.

La mujer-ratón lo miraba sorprendido. No es justo, no es justo. El hombre quedó solo, pegado a la mesa que no es mesa ni cama, la mirada sostenida en la ventana mientras

guardaba, envolvía, recuperaba su olor rancio dentro de la camisa. No es justo, repetía el de la bata blanca por el corredor inundado de sol. La mujer-ratón abandonó la carrera y se apoyó en la pared, volvió a verse abandonada en la cama revuelta, los muslos temblorosos, las peras cayendo con flojera sobre el vientre mientras él se vestía avergonzado, la cara pegada al cuello, murmurando un dispense, un lo siento, un yo hubiera querido y salía cerrando la puerta sigilosamente como ella cree que sólo cierran la puerta los amantes satisfechos. Recargada en la pared, de ratón la cara y los ojos llorosos, sola, recordando el cuidado con que él entró en su cuerpo, la calidez con que supo envolverla en aquel mínimo, fugaz, hermoso minuto.

Cerró la puerta del baño sigilosamente y esperó un momento, inmóvil. Sus ojos sorprendieron un rostro extraño observándolo reflejado en el minúsculo espejo colocado arriba del lavamanos. Vio su cara, la de ahora y la de entonces, niño escondido, pantalón mojado, la fotografía arrugada de la mujer desnuda, las canciones que gritaban a coro sus compañeros durante el recreo, el día que sus padres le preguntaron "¿por qué estás tan ojeroso?" y se quedaron mirándole las manos que él escondió, rápidamente, como si estuvieran sucias, el rostro de entonces; y el de ahora: bata blanca, ojos, nariz, boca, oreja espiando en el espejo, el rastrillo empuñado raspando, cortando las mejillas, los negros y finos pelos. Es idiota, pensó, no es la primera vez que esto me sucede.

No es la primera vez. Siempre llega alguien con la marca del mal. Todos los días la mujer-ratón abre la puerta y arrastra a un pobre tipo sin señas particulares que se desnuda, se tiende en la mesa de exploraciones o se queda mirando la ventana con cara de idiota, un tipo que no entiende lo que pasa, que sigue el ir y venir de sus dedos sobre la mesa, que escucha lo que lee aquella mujer horrible,

que espera que recuerden su nombre, que pregunta una y otra vez lo mismo que acaban de decirle, un pobre tipo con olor rancio, camisa sucia, piezas dentarias cariadas y la muerte ahí clavada, concediendo la mínima señal, revelándose discreta y amable.

Los otros lunes ya no cuentan. Es éste, hoy, el que importa. La mañana llena de gritos en la calle o ese silencio del cuarto de baño, sin lámparas ni ríos ni canciones. No es laxitud, no es hastío: miedo.

(Un lunes tendimos el hilo de un extremo al otro del cuarto y sobre el puente colgante nos balanceábamos, el lunes que primero fuiste nebulosa y golpe rojo, tibio y luego cara, cuerpo, voz y nombre. Que fuiste compañía, Estela, golpe lento de nuestros pasos nunca dados en ríos sin fondo. No ruidos, Estela, sino ese golpe prolongado sacudiendo manos, pies y labios. No los gritos que a veces quisiera gritar en la noche para que oyeras que te llamo, sino el golpe bueno, cansado, soñoliento.)

Cabellos mojados y en desorden, uñas largas, uñas rojas, entre peñascos aparece, camina, avanza, llega Estela. La melodía de las letras no acaba de resolverse. Estela lo mira y él se está mirando en el pequeño espejo. Abre el grifo y un delgado hilo de agua resbala, escurre, desaparece en el caño. Estela lo mira y él tiene miedo, miedo de saberla junto y de que puede irse, detiene los ojos en la mano que se va aproximando, uñas largas uñas rojas, que lo tocan, que suben y bajan por sus muslos, por su vientre, que se detienen y vuelven a subir, a bajar, uñas largas uñas rojas. *Estela,* dice, temblando. El delgado hilo de agua que resbala. La mano caliente, suave, la mano de la mujer de la fotografía, erizándole toda la piel. Grita (sí, fue un grito) y Estela corre, salta, se esconde, asoma los labios pintados; la llama, ella ríe, la llama, ella no responde, uñas largas, rojas.

Cuando Estela hace ese gesto él tiene que cerrar los ojos. El zumbido, la música de las letras. Ese gesto, una cosa de nada, apenas un fruncir de labios, un chasquido de la lengua, pero ese gesto terrible. Deseó terminar pronto, librarse de esa cosa de nada, limpiarse, repetir que era una vergüenza, la vieja vergüenza. Ese gesto, tal vez todas las mujeres lo hacen, hasta esa horrible cara de ratón, que una noche se acostó a su lado y le echó su respiración caliente en las orejas, que lo mordió mientras aplastaba los pequeños senos viejos sobre su vientre, la cadera flaca moviéndose en el aire encima de su cara, el ridículo movimiento y su abrirse torpemente, su dejarlo entrar, su cuidado por conservarlo, su manifiesto deseo de quitarle esa vieja vergüenza, total para salir rápidamente mientras ella gemía en la cama deshecha, tal vez hasta ella hiciera ese gesto. Apretó los párpados y las quijadas y mentalmente recorrió las hileras de mosaicos blancos que cubrían las paredes, las hileras de mosaicos blancos que corrían, estaban a punto de estallar. Entonces ella se arrojó contra él arañándole todo el cuerpo, uñas rojas, uñas largas, lo abrazó con furia sintiendo cómo se erizaban sus vellos al contacto de su piel. "Estoy contigo." Escuchó la carrera de sus arterias hinchadas. Hubo un silencio. El chorro de agua seguía cayendo.

Momentos después encendió otro cigarro. Hubiera querido expresarle su agradecimiento, sonreírle de otra manera, mirarla, decirle cualquier cosa. Pero ella se había ido, simplemente. Ahora todo estaba igual que antes, aún era lunes, había una llave de agua abierta y la vieja vergüenza. Escondió las manos en los bolsillos de la bata.

Se acomodó el nudo de la corbata y se peinó. La bata blanca estaba un poco arrugada. Volvió a descubrir el pequeño punto negro que antes había raspado con la uña. Al levantar la cabeza se encontró con la ventana abierta y

atrás el tronco de árbol que correspondía a la delgada rama que llega hasta su consultorio. Feliz aquel que se atreve a estirar la mano, a tocar el tronco del árbol, que se escapa por la ventana y se desliza por la madera rugosa y caliente, que baja hasta la tierra y se acuesta sobre ella, pegado a ella, como parte de ella. Sonrió. El tronco de árbol le recordaba que el otro estaría aún clavado en la silla. Le molestó la idea de regresar, de continuar la rutina de todos los días, de ver las rodillas triangulares de la mujer con cara de ratón, de recordar que una vez se había metido en la cama a su lado. Quería conservar el descanso que ahora sentía, el sueño que empezaba a entrarle, el agradable dolor que entorpecía sus movimientos. Ver el árbol, atreverse a suponer que también él podría hacer la pequeña travesura y deslizarse por la materia áspera hasta la tierra y ahí quedarse dormido para luego despertar cubierto de sudor. Quería seguir acompañado de Estela; llamarla otra vez y otra, siempre con ella, la Única. Cerró de golpe la ventana y decidió irse inmediatamente, no volver nunca, dejar todo esto.

Tocaron la puerta. Apenas un ruido débil. Su sobresalto revivió aquel malestar, el día que sus padres le observaron las manos. Sí, sí, ya voy, un momento. Terminó de peinarse y abrió la puerta. Un aire fresco le raspó las mejillas.

La mujer-ratón le hablaba, lo miraba, no te vayas, por favor no te vayas, como la noche que estuvieron juntos, no te vayas, mientras él se retiraba tan cuidadosamente como había entrado, rompiendo el abrazo momentáneo, no te vayas, y ella no se atrevía a recomenzar el movimiento torpe y desordenado, a obligarlo, a despertarlo de nuevo, no te vayas, y la dureza que ya no sentía, que se le escapaba irremediablemente, dejándola sola. Enrojeció; le molestó suponer que ella sabía.

—Que dice el enfermo que quiere la verdad.

Era eso. La verdad. Al demonio. Me voy, no regreso. Y echó a caminar aprisa, alegre, sintiendo deseos de gritar, de que todos comprendieran que se iba, que abandonaba el consultorio y los corredores y la sala de espera y las sesiones de los viernes. Bajó la escalera casi saltando, sin responder a los saludos asombrados, y al llegar a la puerta se detuvo.

Él estará todavía ahí, la mirada fija en la ventana, su cara de idiota, sus huesos y sus dientes con caries y aquel horrible rectángulo deforme dibujado en la espalda. En ese momento supo que no podía irse, que su trabajo consistía en descubrir, todos los días, los más leves signos de muerte, que dependía de esa marca silenciosa, que necesitaba de ese diálogo.

Si me voy de aquí, se repitió una y otra vez, si me voy de aquí ¿qué otra cosa puedo hacer? Todos los argumentos que se diera en contra no eran válidos, todos los planes que imaginara para huir resultaban imposibles. La verdad era esa (y sonrió): si se va, Estela no vuelve. *Estela,* gimió. Sin ese cuarto, sin esas espaldas sucias, sin esos golpes en las espaldas sucias, sin las enfermedades y los signos de muerte, sin la constante presencia de la mujer con cara de ratón, Estela no aparece, no existe. Es todo.

Miró el jardín, el brillo del sol, los azules, los verdes, los rojos, los amarillos, el viejo que regaba las flores, la suavidad de las líneas de los edificios contiguos, la calle larga y recta. Trató de conservar todos los signos de vida: la cálida sensación del aire, el estruendo de un tranvía, un grito, una palabra que se quedó repitiéndose.

Alguien lo tomó del brazo. Pensó en aquel gesto de Estela, en el ritual de los lunes, encerrado en el cuarto de baño. La mujer-ratón apretaba con fuerza su brazo.

—Vamos, ordenó con voz nueva. Ella lo miró, segura ya de su triunfo. Se veía bonita mientras avanzaban por el largo corredor abandonado.

La historia según Pao Cheng

Salvador Elizondo

En un día de verano, hace más de tres mil quinientos años, el filósofo Pao Cheng se sentó a la orilla de un arroyo a adivinar su destino en la caparazón de una tortuga. El calor y el murmullo del agua pronto hicieron, sin embargo, vagar sus pensamientos y olvidándose poco a poco de las manchas del carey, Pao Cheng comenzó a inferir la historia del mundo a partir de ese momento. "Como las ondas de este arroyuelo, así corre el tiempo. Este pequeño cauce crece conforme fluye, pronto se convierte en un caudal hasta que desemboca en el mar, cruza el océano, asciende en forma de vapor hacia las nubes, vuelve a caer sobre la montaña con la lluvia y baja, finalmente, otra vez convertido en el mismo arroyo..." Éste era, más o menos, el curso de su pensamiento y así, después de haber intuido la redondez de la tierra, su movimiento en torno al sol, la traslación de los demás astros y la propia rotación de la galaxia y del mundo, "¡Bah!", exclamó, "este modo de pensar me aleja de la tierra de Han y de sus hombres que son el centro inamovible y el eje en torno al que giran todas las humanidades que en él habitan..." Y pensando nuevamente en el hombre, Pao Cheng pensó en la historia. Desentrañó,

como si estuvieran escritos en la caparazón de la tortuga, los grandes acontecimientos futuros, las guerras, las migraciones, las pestes y las epopeyas de todos los pueblos a lo largo de varios milenios. Ante los ojos de su imaginación caían las grandes naciones y nacían las pequeñas que después se hacían grandes y poderosas antes de ser abatidas a su vez. Surgieron también todas las razas y las ciudades habitadas por ellas que se alzaban un instante majestuosas y luego caían por tierra para confundirse con la ruina y la escoria de innumerables generaciones. Una de estas ciudades entre todas las que existían en ese futuro imaginado por Pao Cheng llamó poderosamente su atención y su divagación se hizo más precisa en cuanto a los detalles que la componían, como si en ella estuviera encerrado un enigma relacionado con su persona. Aguzó su mirada interior y trató de penetrar en los resquicios de esa topografía increada. La fuerza de su imaginación era tal que se sentía caminar por sus calles, levantando la vista azorado ante la grandeza de las construcciones y la belleza de los monumentos. Largo rato paseó Pao Cheng por aquella ciudad mezclándose a los hombres ataviados con extrañas vestiduras y que hablaban una lengua lentísima, incomprensible, hasta que de pronto se detuvo ante una casa en cuya fachada parecían estar inscritos los signos indescifrables de un misterio que lo atraía irresistiblemente. A través de una de las ventanas pudo vislumbrar a un hombre que estaba escribiendo. En ese mismo momento Pao Cheng sintió que allí se dirimía una cuestión que lo atañía íntimamente. Cerró los ojos y acariciándose la frente perlada de sudor con las puntas de sus dedos alargados trató de penetrar, con el pensamiento, en el interior de la habitación en la que el hombre estaba escribiendo. Se elevó volando del pavimento y su imaginación traspuso el reborde de la ventana que estaba abierta

y por la que se colaba una ráfaga fresca que hacía temblar las cuartillas, cubiertas de incomprensibles caracteres, que yacían sobre la mesa. Pao Cheng se acercó cautelosamente al hombre y miró por encima de sus hombros, conteniendo la respiración para que éste no notara su presencia. El hombre no lo hubiera notado pues parecía absorto en su tarea de cubrir aquellas hojas de papel con esos signos cuyo contenido todavía escapaba al entendimiento de Pao Cheng. De vez en cuando el hombre se detenía, miraba pensativo por la ventana, aspiraba un pequeño cilindro blanco que ardía en un extremo y arrojaba una bocanada de humo azulado por la boca y por las narices, luego volvía a escribir. Pao Cheng miró las cuartillas terminadas que yacían en desorden sobre un extremo de la mesa y conforme pudo ir descifrando el significado de las palabras que estaban escritas en ellas su rostro se fue nublando y un escalofrío de terror cruzó, como la reptación de una serpiente venenosa, el fondo de su cuerpo. "Este hombre está escribiendo un cuento", se dijo. Pao Cheng volvió a leer las palabras escritas sobre las cuartillas. "El cuento se llama *La historia según Pao Cheng* y trata de un filósofo de la antigüedad que un día se sentó a la orilla de un arroyo y se puso a pensar en... ¡Luego yo soy un recuerdo de ese hombre y si ese hombre me olvida moriré!..."

El hombre, no bien había escrito sobre el papel las palabras "... si ese hombre me olvida moriré", se detuvo, volvió a aspirar el cigarrillo y mientras dejaba escapar el humo por la boca su mirada se ensombreció como si ante él cruzara una nube cargada de lluvia. Comprendió, en ese momento, que se había condenado a sí mismo, para toda la eternidad, a seguir escribiendo la historia de Pao Cheng, pues si su personaje era olvidado y moría, él, que no era más que un pensamiento de Pao Cheng, también desaparecería.

Cerrado

José Agustín

—pero no sé si alcanzas a verlo, ¿lo ves? —Mónica asiente—; qué precioso color de semanasanta luce tu Javiercito. Mira, camina de un lado a otro, la gente lo evita con prudencia; tch tch, no logra fijar su vista acuosa; va recargándose en los postes. Cada vez hinchándose más y todo eso, ¿no? Oye, Mónica, tápate bien.

Javier sentado en la banqueta. La lluvia, con lentitud, continúa tiñendo su ropa. Eructa. Pasa su mano por los cabellos húmedos.

Luz roja.

Del váliant acapulco una mujer se vuelve hacia él. Ojos grises a través del vidrio cerrado. La señora cubre su cuello con el chiffon, estirándolo con sus dedos largos (uñas desnudas).

Javier sentado aún en la banqueta. Alcanza a ver que la señora del váliant acapulco sonríe casi imperceptiblemente cuando él muestra su lengua hinchada, viscosa.

Luz verde.

Intenta tragar saliva y sólo puede oprimir la sien con los dedos: el dolor de cabeza estira sus tentáculos e inyecta la mandíbula de Javier.

En la acera de enfrente, Hugo y Mónica lo contemplan a través de los autos que cruzan. Javier no parece advertir nada, ni la lluvia que arrecia.

—Tiene *sed*—diagnostica Mónica—. Hugo, hasta qué horas vamos a seguirlo, tengo frío.

Javier siente asfixiarse: escupe, lleva los dedos a sus ojos húmedos; su garganta quiere estallar. Los autos se detienen a pocos centímetros de sus pies. Las personas que atraviesan la calle no evitan mirarlo de reojo, con repugnancia. Javier respira con la boca abierta todo el aire que puede absorber y unas gotas de agua se evaporan al tocar su lengua.

Camina con pasos pesados, compra la segunda edición de *Últimas Noticias* para limpiar sus zapatos. Un escalofrío lo recorre cuando saca un billete de cinco pesos. Entra en el cine París, se desploma en una de las butacas delanteras.

—Se va a dormir; mejor *vá*monos —dice Mónica, sentada dos lugares atrás. Hugo no responde, trata de concentrarse cuando Galia se arroja hacia el Sena, rodeada por la solitaria noche parisina.

Llueve aún quedamente. Javier sale tambaleándose, tratando de caminar con rapidez. Sin fijarse en los autos. Mónica y Hugo lo siguen hasta el bar del Francis, casi vacío. Toman asiento junto al ventanal. Mónica observa los vehículos que estrangulan el Paseo de la Reforma; mientras Hugo pide dos limonadas y mira a Javier, en la barra,

quien bebe hasta sentir que su estómago se incendia; no se fija en el platito con cacahuates, no ve al cajero oprimiendo mecánicamente los botones de la registradora. No advierte nada, no repara en que unas lágrimas silenciosas insisten en resbalar por su rostro. Empuña el vaso con fuerza. Mónica ha de estar en el departamento, armando un avioncito de plástico, piensa.

Segunda sinfonía de Sibelius.

Javier entra, perfectamente borracho, o-jos-in-yec-ta-dos, tratando de ofrecerle unas flores sucias, recién arrancadas del camellón. Mónica no dice nada. Él camina hasta el baño donde vomita profiriendo ruidos escandalosos. Ella lo alcanza y grita (aúlla), le arroja el avión de plástico y las flores. Javier aún se encuentra mareado, su estómago continúa eyaculando materias viscosas cuando ella le tira toallas, frascos, cajitas. Él sale con la cara sucia, ojos húmedos, para darse cuenta de que Mónica ya no se encuentra allí. Gime en voz alta; proclama vasaverinfeliz, muy fuerte.

El barman coloca otro whisky y un cenicero limpio frente a él. No parece advertir las lágrimas que bañan a Javier: el traje arrugado (empapado).

Mónica regresa después, sonriendo. Le limpia la cara, le quita la ropa, lo conduce a la recámara, lo fricciona con loción, se desnuda también; en la cama trata de excitarlo, coloca sus pezones (erectos) en la boca entreabierta que emite ruidos continuos, casi ronquidos. Ronquidos.

El barman coloca un nuevo whisky, otro cenicero limpio.

—Señor Dorantes… —Javier alza su rostro al ver una figura difusa frente a él—, arquitecto. Señor y arquitecto Dorantes, por qué no me acompaña, lo llevaré a su casa. Soy Hugo.

—Váyase al diablo —gruñe Javier:

un hilillo de saliva escurre de su boca.

—No se ponga así, señor Dorantes.

—Váyase al diablo usted y esa esa esa|

—Vamos, vamos. ¿Me permite que le diga Javier? Mire, todo puede platicarse, podemos entendernos. Haga un esfuerzo. Usted puede hacer un esfuerzo. ¡Usted puede!

Javier entrecierra los ojos tratando de localizar la ironía en el hombre que le habla.

—Váyase al diablo, no me venga a mí con que si puede llamarme Javier; llámeme como quiera, pero lárguese al diablo; o no, claro, váyase con ella, supongo que usted la tendrá *muy* satisfecha…

—Por qué no vamos a tomar una copa en mi departamento, allá podrá insultarnos con más calma.

—Usted cree que yo puedo ir a *su* departamento. Ahí está ella, ¿no?

—No. Ella está detrás de usted.

Javier se vuelve, está a punto de perder el equilibrio y Hugo lo sostiene.

—Suélteme, imbécil. Dónde está.

—En el lugar exacto donde usted está mirando. Concéntrese. Haga un esfuerzo, mi arquitecto.

—Dónde está.

—Ahí sentada, ¿no la ve?

Mónica ofrece un perfil impasible mientras comprueba que la lluvia continúa, suave, en el Paseo de la Reforma.

—Dónde.

—Ahí, fíjese bien —responde Hugo:

en su rostro se dibuja una mueca para ocultar la sonrisilla y el brillo de su mirada.

—No la veo —declara Javier—, usted quiere vacilarme. Si no estuviera tan borracho le rompería toda la madre, para que pudiera acostarse con esa puta con los labios rotos. Eso la excita más. Cuando quiera dejarla como nueva rómpase el hocico frente al espejo y luego aguante cuando ella le muerda los labios desflorados, digo, al menos así hay algo desflorado.

Javier emite una risita sorda, sin fijarse.

—No diga esas cosas, *arquitecto,* ella ha sufrido mucho, no merece lo que usted está diciendo.

—Usted es algo así como estúpido de tiempo completo, ¿eh? No la conoce. Es es es es una vaginandante|

—Hable más bajo, por favor.

—Váyase al diablo. Nadie le pidió que me hiciera hablar, ahora aguántese. Dónde puedo vomitar,

y Mónica observa cuando, apresuradamente, Hugo sostiene a Javier: salen juntos del bar, *qué* monos. Ella apaga con violencia su cigarro y el tabaco se esparce.

—Oiga, un escocés con soda y llévese estos cacahuates y a ver si puede traer un cenicero *limpio* y llévese también esta limonada, no *é*sa no.

Dios, andar siguiéndolo por todas partes.

No sonríe cuando el mesero deposita el whisky. Observa con fastidio repentino la decoración lamentable del bar, el trío cantando con discutible alegría pos qué me trajistes pos nada pos nada qué tiba a traer. Bebe un sorbito

y se queda en el despacho todo el tiempo planeando la construcción del mugroso condominio ni que fuera el palacio de Buc*king*ham y arquitecto Dorantes que ahí le hablan y fíjate linda que ya poco a poco va saliendo espérame un ratito y a mí qué me importa si sale o no|

frunce el entrecejo:

Hugo regresa, sosteniendo aún a Javier, quien se desploma frente a ella: no parece mirarla.

—Ya se siente bien. Mire, aquí está Mónica.

Javier alza la vista hacia ella, pero sus ojos parecen atravesarla cuando susurra:

—Asquerosa,

y ella proclama:

—Borracho, haces el ri*dí*culo en todo México.

Hugo parece sonreír, sus labios succionan limonada a través de los popotes, enciende luego un cigarro tras ofrecer (con toda cortesía) a sus acompañantes.

—Bueno qué diablos quieren.

—Se siente mejor, mi arquitecto.

Ella se reclina, el rostro de Javier se le acerca.

—Qué diablos quieres. Tenías ora sí que todo, ¿no? Ora qué, ya hiciste lo que hiciste y y y al diablo.

—No me eches el aliento, borracho.

—Buenas noches. Qué canción quieren que les cantemos, señores.

—Desea oír alguna pieza nuestro amigo el arquitecto.

Javier se vuelve con furia y tira su vaso de un golpe. Grita a los cantantes:

—¡Nostén moliendo!

—Perdónenlo, señores, está un poco obnubilado en este momento. Muchas gracias, en otra ocasión tendremos mucho gusto en oír sus canciones y en gratificarlos debidamente.

—No exageres, payaso —gruñe Mónica.

—No hables de embarazos.

Esperan el auto en el estacionamiento de Lafragua. Javier intenta sentirse adormilado, pero el dolor de cabeza disecciona su cerebro. La ropa (húmeda) no evita que el frío lo muerda. Más allá, Mónica estudia con detenimiento una máquina de cocacolas. Hugo parece tranquilizarla.

Dios, si nomás pudiera correr, no sentir el cuerpo tan pesado, ir, sin detenerme, por el campo, por la sierra|

Javier empieza a caminar hacia la calle, donde una lluvia suave sigue regando el suelo.

—Tch tch; quédese, Javier, ya merito viene el coche.

Javier toma asiento en la banqueta, junto a la caja registradora. Otras personas esperan. Una señora envuelta en chiffon lo mira, impasible, antes de subir en un váliant acapulco. Javier arma una mueca y luego ríe sordamente.

—Vamos, suba. Ya está el coche —anuncia Hugo.

Javier se hunde en el asiento trasero; adelante, ellos van silenciosos. Siente que el interior de su boca arde: la saliva no logra refrescar. El aire que se cuela por la ventanilla de Mónica graniza su rostro. Considera: su traje, con la lluvia, se vuelve más delgado.

Enfilan por el Paseo de la Reforma.

Vamos a la carretera, van a dejarme allá, tirado, van a matarme, a rebanar todo mi cuerpo con navajas de afeitar

el cuerpo de Javier, sembrado con miles de pequeñas hendiduras, empieza a desangrarse lentamente, mientras él profiere ruidos sordos que nadie escucha en la soledad de la carretera|

—El señor arquitecto quiere un cigarro —sugiere Hugo.

Javier niega con fuerza. La sensación de náusea vuelve a golpear las paredes de su garganta.

Hugo silba una tonada pegajosa.

Mientras Mónica acude al baño, Hugo enciende las luces, siéntese, no sea ranchero, tómese una copa.

—Con que aquí va a vivir Mónica ahora.

—Si signore —canturrea Hugo, llenando los vasos.

—Usted es médico, ¿verdad?, gana bien, ¿eh?, a ella le gusta vivir con todas las comodidades; ah, sabe, póngale siempre una bacinica al lado; y haga el amor con máscara de gases, Mónica tiene unos hábitos muy curiosos.

—Es*tú*pido —emite ella, al acomodarse en un sillón.

Hugo abre una gaveta de donde extrae una cámara fotográfica.

—Te dije que era un borracho insoportable, Hugo. Dile que se vaya.

—Por favor, mi vida, no me pidas eso. Tenemos que hablar.

—Hablar qué. Si este pobre imbécil no puede ni abrir la boca y cuando la abre nada más insulta; yo no voy a estar aguan*tán*dolo todo el tiempo, chiquito.

—No te exaltes, mi amor. Aquí el arquitecto es una buena persona, responsable y buen ciudadano. A que se sabe estar tranquilo un rato.

—A que no, es un pobre borracho.

—A que sí, te apuesto que logro que se esté quieto un rato.

—Es un pobre borracho inútil.

—No lo trates así, Mónica. Compórtate

—Palabra que no te entiendo, Hugo, no sé para qué trajiste a este borracho resentido.

—No es un borracho resentido. Verdad que no, mi arquitecto.

—Chinguen a su madre.

Hugo prepara la conexión del flash.

—Quietecito, Javier. Esto no va a doler. Míreme y esté quieto, no me haga quedar mal. Pajarito pajarito —empieza a tomar fotografías de Javier, quien se deslumbra con los fogonazos—. Póngase de perfil, ahora desde arriba, y desde abajo; eso es, su ángulo derecho es bueno; es usted guapetón, ¿eh, picarote?; sonría y no se mueva, caray, parece chamaquito, las fotos van a salir movidas; no se tape la cara, hombre, si no lo vamos a chantajear, esto es nomás para mi álbum de familia; después de todo ya somos casi parientes, ¿o no?

Hugo toma treinta y seis fotografías, después guarda su equipo y acaba tomando asiento junto a Mónica. La abraza. Cocacola en mano.

—Bueno, qué diablos quiere. No se ría, imbécil, dígame.

—Qué le pasa, Javier, estamos en familia. Mire, Mónica desea que nadie quede enemistado, para qué. Ha sufrido mucho, le repito. Durante el tiempo en que vivió con usted llegó a cobrarle estimación, ¿verdad, Mónica? Díselo.

—Durante el tiempo en que viví contigo llegué a cobrarte estimación.

—Ella no quiere que usted siga sufriendo —agrega Hugo—, ella sufrirá si usted sufre, ¿entiende? Así es que lo mejor es que todos quedemos amigos. Yo no tenía el gusto de conocerlo, mi arquitecto, pero siempre he admirado sus extraordinarias obras. Y a pesar de que ahora hemos trabado contacto en circunstancias poco afortunadas no dejo de simpatizar con usted. Mónica, pon un disco, esto parece velorio. Déjenme servirles otra copa. Voy por hielo.

—Por qué no me avisaste siquiera —pregunta Javier cuando Hugo ha salido.

—Porque no me dio la gana.

—Yo creí que me querías.

—Pues creías *mal*. Y tú qué: *mucho* amor. Te pasabas *todo* el tiempo en tu mugre condominio.

—No es mugre. Es es es algo muy importante. Cómo conociste a ese tarado, parece increíble.

—No es tarado. Es una persona muy *culta*. Sabe de todo. Y me deja hacer lo que quiero, no como tú.

—Dónde lo conociste.

—Qué te importa.

—¡Sí me importa! ¡Y pudiste dejar una carta siquiera, no salirte así nomás como mujer de la calle!

—¡No grites!

—¡Cómo quieres que no grite, si me dejas colgado con un departamento que puse especialmente para ti, ahora para qué lo quiero!

—Reg*á*laselo a tu esposa o a tu hijo mayor, a Ser*vandito,* para que vaya a emborracharse ahí con sus movidas.

—No te metas con mi familia.

—Pues tú no te metas conmigo. Te la has pasado insultándome, qué crees que soy de piedra o qué.

—Ya ya, no se peleen, ni parecen hermanitos —sonríe Hugo al entrar.

Desde el tocadiscos Bob Dylan sugiere all I really want to do is babe to be friends with you;

y Javier vuelve a sentir que sus ojos se humedecen, algo cosquillea su garganta. Empieza a sollozar, después de beber largamente.

—Ya ves, por eso no quise decirte nada, porque ibas a chi*llar*.

—¡Es que no sabes las que pasé por ti! ¡He tenido pleitos con todos, quería divorciarme casarme contigo darte|

—¡Ja! —eructa Mónica.

—Cálmese, señor y arquitecto, así es la vida. Si llora, empeora; si se siente desgraciado, dese pronto un buen lavado; si amorcito lo abandona, engulla una buena dona; si el sufrimiento derrite, lo mejor es que vomite; si la vida se le va, un buen whisky quedará; si el sufrimiento estrangula, váyase a llorar a Tula; si no tiene a mano un cerillo, no vaya a echarse un pedillo; para un honrado arquitecto, siempre queda el intelecto. Me sé otras. Son citas citables de Jimiroo Purdy. ¿No ha leído sus artículos en el Digest?, pero Javier se encuentra llorando sin poder controlarse, escandalosamente.

—Baje el volumen de sus lloriqueos, van a quejarse los vecinos.

Javier continúa llorando;

there is a season turn turn turn and a time for every purpose, advierten bíblicamente los Byrds desde el tocadiscos.

Hugo hace una seña

y Mónica acude al sillón donde se encuentra Javier.

—No llores, *án*dale, no llores.

—No me muelas —dice él, entre sollozos.

—Deveras no quiero que sufras, te juro que llegué a quererte, Javo, pero así es *esto*. Tú puedes ser feliz con tu esposa, con tus hijos, con tus condominios; eres muy posesivo, yo sólo soy un capricho para ti. Tú lo sabes. No tienes por qué andar emborra*chán*dote, insul*tán*dome con una vulgaridad que ni te queda ni sientes.

—Mónica, por favor, escúchame.

—Dime.

—Linda, manda al diablo a ese imbécil, él quién es, un médico chistosito y ya; yo te quiero de a deveras, palabra; mira, te voy a dar lo que desees, nos vamos a dar la vuelta al mundo|

—Me mandan una postal desde Vietnam —ríe Hugo.

—No le hagas caso, chula, me voy a vivir contigo, mando a mi esposa y a mis hijos a los Estados Unidos|

—No.

—allá está toda la familia de mi esposa, hay buenas uni|

—Deveras no, Javier. No te quiero.

—Pero por qué no.

—Porque no, entiéndelo.

—Ándale, ¿sí?

—Que *no*.

—¡Entonces lárgate al diablo con tu mugroso médico de a peso, vas a pasar hambres, apuesto que está casado y tiene una legión de hijos y te va a dar de patadas, no te visitará nunca, te va a pedir que te acuestes con sus jefes, así son los intelectuales, te te te |

—¡Cállate!

—No, déjalo, Mónica. Es un buen show.

—¡Usted no hable, pendejo, voy a matarlo, a escupir sus intestinos, a pisotear sus ojos podridos!

—*Arquitecto.* Cálmese.

—¡Déjeme en paz, le digo, maricón, impotente!

—¡Cállate la boca, Javier, eres un pobre borracho es*tú*pido, qué bueno que te dejé, mereces el peor de los sufrimientos!

Mónica siente que sus ojos arden y los fricciona, oyendo cómo Javier continúa sollozando, cada vez más débilmente.

Hugo se levanta, sustituye a los Byrds con sedantes valses de Strauss.

—Cálmate, Monis, no te sulfures.

—Es que tú no entiendes —grita ella—, es una porquería, quería que todo el tiempo estuviera ahí, esperándolo; no me dejaba modelar, me ofrecieron *miles* de trabajos y tuve que rechazarlos, y cine también, no fuera a enojarse el *monísimo* arquitecto.

—Ya ya, cálmate.

—Prostituta —exclamó Javier sin convicción, apurando su whisky. Se levanta para servir más
y ella lo va a recibir con el negligé de ochenta dólares que *yo* le compré y va a mover sinuosamente su adorable vientrecito caminando hacia atrás y perfumará el lóbulo de su oreja y dirá cómo me haces feliz acariciándole la espalda y ofrecerá sus senos en una bandeja su cuerpo entero y él desordenará su cabellera para que ella sonría y murmure uy mi amor estás loco y
y Javier siente que el vaso lleno de whisky hierve en su mano, calcula la posibilidad de arrojarles la copa, para golpearlos, a ese par de cabezas que desgraciadamente no están juntas… UN SOLO TIRO NO SE DESANIME DOS PÁJAROS PRUEBE SU PUNTERÍA OBSEQUIE A SU NOVIA CON UN

CHULO MUÑECO SOLOLOY UN SOLO TIRO DOS PÁJAROS PAJARITOS PAJARITOS
ÁNDELE PRUEBE UN TIRO ——————————
—————————— Javier, fíjate, Javier|
—Pajarito pajarito —dice Hugo, armado de una cámara fotográfica sin película—. Mónica, por favor, colócate junto a Javier. Así. Sonrían. Muy bien.

Clic. Hugo desliza una risita.

—Todos tranquilos, ¿verdad? —y bebe un sorbito de su cocacola ya sin gas.

—¿Ya estás tranquilo? —pregunta Mónica y Javier asiente, como autómata—, ¿no me vas a insultar más? —él niega—, ¿vamos a quedar como amigos?, ¿no vas a molestarnos? *Dí*melo.

—Haz lo que quieras —murmura Javier, sintiéndose impecablemente borracho de nuevo, sin dolor de cabeza, sin frío, mirando a Mónica con ternura.

—Que conste, Javito —dice ella—, dame un beso. En la mejilla. *Án*dale.

Javier da un beso tímido, casi pudoroso, en la mejilla de Mónica, quien con lentitud deshace su expresión fría; aun llega a sonreír, a reír, vivamente;
lo vas a abrazar, Mónica, vas a otorgarle toda tu humedad, Mónica, qué tipa|

—Oye, Javito, tienes que aclararle a tu esposa y a tus hijos que yo *nunca* tuve nada contra ellos, hasta llegaron a caerme bien, fíjate, sobre todo Servandito; digo, tú me entiendes, no es chistoso…

Mónica sonríe con cierto rubor.

—Vamos a jugar póquer —sugiere Hugo—, aún es temprano.

—Estoy muy borracho —explica Javier.

—Se siente usted mal, mi arquitecto —inquiere Hugo.

—No, estoy borracho.

—Bueno, entonces podemos jugar. Sabe usted jugar póquer, Javier.

—Sí.

—Perfecto. Lástima que no haya quien haga el cuatro, ¿no?

—Ja *ja* —comenta Mónica.

—Estoy borracho. Soy una porquería.

—No importa, arquitecto, así se han logrado las verdaderas fortunas.

—Ja —completa ella.

—Oye, linda, éste va a ser un juego limpio, no vayas a hacer trampas.

—Yo nunca hago trampas, idiota —afirma Mónica.

Tarde de agosto

José Emilio Pacheco

a la memoria de Manuel Michel

Nunca vas a olvidar esa tarde de agosto. Tenías catorce años, ibas a terminar la secundaria. No recordabas a tu padre, muerto al poco tiempo de que nacieras. Tu madre trabajaba en una agencia de viajes. Todos los días, de lunes a viernes, te despertaba a las seis y media. Quedaba atrás un sueño de combates a la orilla del mar, ataques a los bastiones de la selva, desembarcos en tierras enemigas. Y entrabas en el día en que era necesario vivir, crecer, abandonar la infancia. Por la noche miraban la televisión sin hablarse. Luego te encerrabas a leer las novelas de una serie española, la Colección Bazooka, relatos de la Segunda Guerra Mundial que idealizaban las batallas y te permitían entrar en el mundo heroico que te gustaría haber vivido.

El trabajo de tu madre te obligaba a comer en casa de su hermano. Era hosco, no te manifestaba ningún afecto y cada mes exigía el pago puntual de tus alimentos. Pero todo lo compensaba la presencia de Julia, tu inalcanzable prima hermana. Julia estudiaba ciencias químicas, era la única que te daba un lugar en el mundo, no por amor, como creíste entonces, sino por la compasión que despertaba el intruso, el huérfano, el sin derecho a nada.

Julia te ayudaba en las tareas, te dejaba escuchar sus discos, esa música que hoy no puedes oír sin recordarla. Una noche te llevó al cine, después te presentó a su novio. Desde entonces odiaste a Pedro. Compañero de Julia en la universidad, se vestía bien, hablaba de igual a igual con tu familia. Le tenías miedo, estabas seguro de que a solas con Julia se burlaba de ti y de tus novelitas de guerra que llevabas a todas partes. Le molestaba que le dieras lástima a tu prima, te consideraba un testigo, un estorbo, desde luego nunca un rival.

Julia cumplió veinte años esa tarde de agosto. Al terminar el almuerzo, Pedro le preguntó si quería pasear en su coche por los alrededores de la ciudad. Ve con ellos, ordenó tu tío. Sumido en el asiento posterior te deslumbró la luz del sol y te calcinaron los celos. Julia reclinaba la cabeza en el hombro de Pedro, Pedro conducía con una mano para abrazar a Julia, una canción de entonces trepidaba en la radio, caía la tarde en la ciudad de piedra y polvo. Viste perderse en la ventanilla las últimas casas y los cuarteles y los cementerios. Después (Julia besaba a Pedro, tú no existías hundido en el asiento posterior) el bosque, la montaña, los pinos desgarrados por la luz llegaron a tus ojos como si los cubrieran para impedir el llanto.

Al fin Pedro detuvo el Ford frente a un convento en ruinas. Bajaron y anduvieron por galerías llenas de musgos y de ecos. Se asomaron a la escalinata de un subterráneo oscuro. Hablaron, susurraron, se escucharon en las paredes de una capilla en que las piedras trasmitían las voces de una esquina a otra. Miraste el jardín, el bosque húmedo, la vegetación de alta montaña. Te sentiste ya no el huérfano, el intruso, el primo pobre que iba mal en la escuela y vivía en un edificio horrible de la colonia Escandón, sino un héroe de Dunkerque, Narvik, Tobruk, Midway, Stalingrado, El

Alamein, el desembarco en Normandía, Varsovia, Monte Cassino, Las Ardenas. Un capitán del Afrika Korps, un oficial de la caballería polaca en una carga heroica y suicida contra los tanques hitlerianos. Rommel, Montgomery, von Rundstedt, Zhukov. No pensabas en buenos y malos, en víctimas y verdugos. Para ti el único criterio era el valor ante el peligro y la victoria contra el enemigo. En ese instante eras el protagonista de la Colección Bazooka, el combatiente capaz de toda acción de guerra porque una mujer celebrará su hazaña y su victoria resonará para siempre.

La tristeza cedió lugar al júbilo. Corriste y libraste de un salto los matorrales y los setos mientras Pedro besaba a Julia y la tomaba del talle. Bajaron hasta un lugar en que el bosque parecía nacer junto a un arroyo de aguas heladas y un letrero prohibía cortar flores y molestar a los animales. Entonces Julia descubrió una ardilla en la punta de un pino y dijo: Me gustaría llevármela a la casa. Las ardillas no se dejan atrapar, contestó Pedro, y si alguien lo intentara hay muchos guardabosques para castigarlo. Se te ocurrió decir: yo la agarro. Y te subiste al árbol antes de que Julia pudiera decir no.

Tus dedos lastimados por la corteza se deslizaban en la resina. Entonces la ardilla ascendió aún más alto. La seguiste hasta poner los pies en una rama. Miraste hacia abajo y viste acercarse al guardabosques y a Pedro que, en vez de ahuyentarlo en alguna forma, trababa conversación con él y a Julia tratando de no mirarte y sin embargo viéndote. Pedro no te delató y el guardabosques no alzó los ojos, entretenido por la charla. Pedro alargaba el diálogo por todos los medios a su alcance. Quería torturarte sin moverse del suelo. Después presentaría todo como una broma pesada y él y Julia iban a reírse de ti. Era un medio infalible para destruir tu victoria y prolongar tu humillación.

Porque ya habían pasado diez minutos. La rama comenzaba a ceder. Sentiste miedo de caerte y morir o, lo peor de todo, de perder ante Julia. Si bajabas o si pedías auxilio el guardabosques iba a llevarte preso. Y la conversación seguía y la ardilla primero te desafiaba a unos centímetros de ti y luego bajaba y corría a perderse en el bosque, mientras Julia lloraba lejos de Pedro, del guardabosques y la ardilla, pero de ti más lejos, imposible.

Al fin el guardabosques se despidió, Pedro le dejó en la mano algunos billetes, y pudiste bajar pálido, torpe, humillado, con lágrimas que Julia nunca debió haber visto en tus ojos porque demostraban que eras el huérfano y el intruso, no el héroe de Iwo Jima y Monte Cassino. La risa de Pedro se detuvo cuando Julia le reclamó muy seria: Cómo pudiste haber hecho eso. Eres un imbécil. Te aborrezco.

Subieron otra vez al automóvil. Julia no se dejó abrazar por Pedro. Nadie habló una palabra. Ya era de noche cuando entraron en la ciudad. Bajaste en la primera esquina que te pareció conocida. Caminaste sin rumbo algunas horas y al volver a casa le dijiste a tu madre lo que ocurrió en el bosque. Lloraste y quemaste toda la Colección Bazooka y no olvidaste nunca esa tarde de agosto. Esa tarde, la última en que tú viste a Julia.

Sueños de escarabajo

Guillermo Samperio

a Maricruz, Eduardo y Oriana

Alfredo no era lo que se llama un muchacho clase media-media, sino que, para su desgracia, provenía de la clase media-baja. Sin embargo, como a todos los muchachos, *Los Beatles* se la rajaban. Nunca los ha entendido, bueno, nunca ha entendido lo que dicen en sus canciones; pero de cualquier manera se la rajan. Ahora, Alfredo debe tener unos treinta años; en el tiempo de las tardeadas contaba con quince o dieciséis. Vestía las ropas que heredaba de sus anticuados tíos, de esos tíos que les encantan las canciones rancheras y los boleros. Prácticamente podría decirse que Alfredo odiaba a sus tíos por ambas razones: por la ropa que usaban y sus gustos musicales. No soportaba las fiestas de la familia en donde a media borrachera salían las guitarras y comenzaban con *Ya llegó tu enamorado* y terminaban, ya bien pedos, con *Página blanca.* No, no las soportaba; sentía que todo mundo era un verdadero imbécil vestido de imbécil. Pero ¿quién fue el responsable de esa actitud aparentemente antimexicana? —porque no hay actitud más antimexicana que odiar las canciones rancheras y los boleros—. Pues un grupo de rock que muchos llegaron a llamar *Los Escarabajos,* o sea *Los Beatles.* Si en ese momento

se le hubiera preguntado a *Fredy* por qué responsabilizar al grupo inglés por sus fanfarronerías, no habría sabido responder. Simplemente hubiera hecho una mueca ofensiva o una lépera señal con la mano. No obstante, hubiera sido una respuesta verdadera y profunda, porque dos o tres años después de la conmoción causada por *Los Escarabajos,* se quiso ir unos meses de su casa, en medio de un gran escándalo, y se fue para siempre.

Los Beatles lo entristecían, lo enardecían, lo ponían jubiloso. Su imaginación volaba y de pronto soñaba que Adela, una bellísima muchacha que vivía unas cuadras más allá de su casa, le tiraba un papel desde el camión del colegio, que decía "Nos vemos en la tarde, en el Parque de la China, donde los ahuehuetes son confortables; podremos tomarnos de la mano sin que nadie nos moleste. Los ahuehuetes serán la escalera que nos lleve hasta los hombros del espacio azul celeste que soñamos todas las noches y, una vez encaramados, nos daremos un beso."

Entonces, Alfredo se veía ir hasta el horrible ropero que compartía con su hermano el chico y se ponía a escoger entre las veinte o treinta camisas —todas de colores pasteles y cuellos blancos—, hasta que, un poco aburrido, sacaba una color rosa pálido. En lo que se la ponía, de uno de los cajones del horrible ropero saltaba una melodía: *Las cosas que dijimos;* las notas iban y jugueteaban con su rostro, se le enredaban en el cabello y después, porque ya era tarde —Adela podría llegar y decepcionarse; seguramente patearía los ahuehuetes—, apresurado, metía el brazo entre la ropa, descolgaba un saco gris, sin solapas ni cuello, con cien botones que cerraban hasta el pescuezo y se lo zampaba. Olvidándosele imaginar los pantalones y los zapatos que se pondría, en un santiamén se encontraba caminando por una vereda del Parque de la China y ahí venía Adela, vestida

aún con el uniforme de la escuela, pero con sus zapatos de tacón y sus medias de señorita color canela. Sin pronunciar palabra, se sonreían, se tomaban de la mano y —como si sólo bastara estar juntos y ser jóvenes— caminaban hasta el pie de la escalera/ahuehuete y subían, subían, sus manos se apretaban más y más y, ya encaramados sobre los hombros del espacio azul celeste, las notas musicales que habían saltado de su cajón ahora se reactivaban y brotaban del cabello de *Fredy*, creando una ligazón sonora entre Adela y él. Ella lo admiraba, lo veía desde la eternidad de sus ojos castaños —las palabras seguían siendo inútiles—; las bocas de Adela y Alfredo se juntaban, la música subía de volumen y el globo terráqueo de pronto comenzaba a desaparecer. Sólo importaban ella y él en la imaginación de un Alfredo que se encontraba acostado sobre la cama de arriba de la litera, sin zapatos, un dedo volando desde algún agujerito del calcetín, la cabeza sobre sus manos, escuchando de pronto a su madre que gritaba "a comer" para sacarlo de su sueño de escarabajo; con la misma fuerza que tenía para imaginar sus encuentros amorosos, empezaba a odiar la sopa de codito y el arroz y los guisos de su progenitora que, a causa de un accidente biológico, lo había traído a este lagañoso mundo. Alfredo no podía detener su creciente fobia y seguía odiando: el cinturón de adulto que casi le daba dos vueltas, las paredes descarapeladas del cuarto, el viejo edificio en el que vivían, las calles plagadas de baches, la colonia San Álvaro con su desportillada iglesia dominguera, la ciudad que apenas conocía y este país que quién sabe dónde iría a parar con sus canciones rancheras y sus boleros. Entonces, se sentaba a la mesa sin lavarse las manos y se hurgaba una oreja con cualquiera de sus dedos meñiques. Esa tarde se reconfortó porque un par de horas después tendría una tardeada.

¿En qué momento lo sacudieron *Los Beatles?* ¿Cuándo, aún sin entenderlos del todo —un amigo le había traducido varias piezas—, sintió que *Los Beatles* eran una gasolina que lo impulsaba a vivir a sus anchas en su reducido mundo y que lo llevó a decir que las cosas no andaban tan bien como toda la gente decía? No, ni ahora que ya cuenta con dos hijos y siete años de casado podría responder satisfactoriamente. A lo más que llega es a aventurar una respuesta poco verosímil, en especial porque le viene de los sentimientos.

Es verdad, piensa Alfredo, *Los Beatles* tienen un lado ligero, básicamente amoroso, melancólicamente juvenil —tan es así que en la actualidad muchas amas de casa los escuchan y, mientras se lamentan de "este infiernito", desempolvan sus sueños de escarabajo hembra; nadie se sorprenda: ellas fueron las chavas de hace quince años—. Sin embargo, detrás del amor, *Los Beatles* destilaban cuestionamiento, sarcasmo, juego; abrían puertas, señalaban con el dedo. Así, *Fredy* y todos los demás entraron a un amor sin doble llave y renegaron del casquete corto. Era una situación latente y la necesidad de abrir la puerta ya se veía venir —no hacía mucho tiempo la sociedad había tenido que tolerar pandillas de cadeneros, y quizá ellos, aunque a fregadazo limpio, tocaron la puerta del "aquí estamos"—; y *Los Escarabajos* llegaron a tiempo para que se diera el acoplamiento perfecto. Desde esa nueva posibilidad resultó muy fácil saltar hacia Bob Dylan, Joan Báez, *Los Rolling.* Los padres nunca se imaginaron que sus hijos utilizarían la electricidad para hacerse escuchar a veinte cuadras a la redonda.

A uno de estos ruidajales asistió *Fredy* aquella tarde de la sopa de codito. Se puso la mejor ropa posible, se boleó los zapatos; se alisó el fleco y, en un santiamén —porque

tan sólo tuvo que caminar dos cuadras—, se encontró recargado en una de las paredes del patio de la casa de los Sepúlveda. A su izquierda y a su derecha, recargados otros muchachos, fumaban sus interminables *Fiesta;* algunas parejas bailaban Ray Coniff. Varias chicas, con los ojos brillándoles por la inquietud, sentadas en la hilera de sillas, dispuestas a lo largo de la pared que estaba frente a la de ellos, platicaban de todo y de nada.

De repente, se organizó un grupito que saboteó el tocadiscos y, a la mitad de la cuarta aburrida canción de Ray Coniff, los pocos que bailaban tuvieron que detenerse, entre contrariados y sorprendidos, porque se hizo el silencio en las bocinas, y las sentadas y los recargados sonrieron y, después, *She loves you, yeah, yeah* provocaba que los muchachos apagaran sus cigarros tallando los zapatos en el suelo, caminaran hacia la pared de enfrente, invitaran a bailar a la muchacha que les había echado ojitos, para que todos hicieran una doble fila a fin de coordinar los movimientos del cuerpo colectivo. La mayoría coreaba *She loves you, yeah, yeah* y agitaba la cabeza.

En algún lugar de esa doble, contorsionante fila está Alfredo y, frente a él, una Adela real, sonriendo, siguiendo los botes de la pelota o nadando onduladísimamente en medio de una tarde que comenzaba a convertirse en noche y que, si *Fredy* se decidiera de una vez, terminaría calentándose la mano con la de él y luego se darían un beso real, no como esos que se daba con él en el lugar más alto de sus ensueños. No, ahí lo tenía, mirándola con unos ojos llenos de inquietud, esperando que tocaran *Ana* y poder encontrarse más cerca de ella y decirle las cosas que nunca le había dicho. Hasta que, después de varias melodías, no sonaba *Ana,* pero en su lugar venía *Regresaré* y daba lo mismo porque, en profesionales giros, Adela y *Fredy* se

pegaban las mejillas y, sin que nadie pudiera escuchar lo que platicaban, se querían de esa beatlemaniana manera que acaban de aprender.

En aquellas tardeadas surgieron muchos de los romances de la época. Se besó a quien en el fondo se deseaba besar, pero qué importaba, si también se besó a quien en el fondo se quería. Se engendraron niños que se soñaba tener mucho tiempo después. En estas fiestas nadie se imaginaba que quince años después muchos de los que ahí bailaban se encontrarían entrando y saliendo de las oficinas, con un par de hijos en su haber, para luego regresar a casa, un poco cansados, y poner un disco de *Los Beatles* porque sí, porque de alguna manera se sigue amando melancólicamente, y se le informa al hijo de cinco años, fanático empedernido de *Los Escarabajos* y *Las Piedras Rodantes,* que sí, que ése es John Lennon, aquél Paul McCartney, éste de acá George Harrison y el de la batería Ringo Starr.

(Melodía. Diez años después, núm. 2 ó 3, 1979)

Reflejos

Hernán Lara Zavala

Flaco, muy moreno, con bigote zapatista y melena einsteniana, Manuel Mateos entró al Mikado's con Jorge, su único amigo entre el grupo de mexicanos cuarentones, todos mayores que ellos, con los que habían viajado hasta el Japón. Cuarentones en busca de una segunda oportunidad, de otra juventud, hombres que dejaron a sus mujeres en casa porque viajar con esposa era, según decían, como llevar tortas a un banquete. Mateos y Jorge se encontraban en Akasaka, el barrio de las geishas, cerca de la calle Ginza. Se habían separado del resto del grupo para conocer Tokio sin los aspavientos mexicanos, sin los adiós mamacita o aunque lo tengas horizontal, sin los inevitables chiles jalapeños a la hora de la comida. Iban escépticos, sin mayor expectativa que la de pasar una noche agradable. El Mikado's era inmenso y estaba a reventar. Las mesas, colocadas en diferentes niveles, daban hacia un estrado donde un mago hacía suertes. La juventud de las hostesses, algunas vestidas de kimono, otras a la usanza occidental, contrastaba con los rostros seniles de la mayor parte de los parroquianos: políticos de juerga y ejecutivos pretextando citas de negocios.

Las chicas pasaban indiferentes frente a los dos jóvenes que, obedientes, aguardaban una mesa. Al fin los sentaron. Pidieron dos cervezas y cuando el mesero preguntó en inglés si deseaban algo más, a Jorge se le ocurrió pedir un par de hostesses.

El mago culminó su número. Un cantante japonés imitaba "Eleonor Rigby" en exacta reproducción del original cuando llegó a su mesa una mujer vestida de kimono de cara redonda como una luna llena, de rasgos simiescos y el rostro blanco y fantasmal. Se sentó junto a Jorge que, al verla, hizo un involuntario gesto de desagrado. La chica lo notó, se turbó un instante pero se sobrepuso. Tímida y amistosa sonrió forzadamente: me llamo Kazú, dijo.

El mesero sirvió las cervezas. Kazú ordenó ron con cola. Hace falta una mujer, señaló Jorge. No quiero que mi amigo se quede solo, dijo mofándose de sí mismo. El mesero asintió con aire reverente y marcial. ¿De dónde son?, preguntó Kazú. De México. Ah Mekischco, ¡The Olympics! ¿Qué se siente estar tan lejos? ¿Están contentos en Japón? ¿Qué estarían haciendo ahora en su país? Probablemente lo mismo que aquí, comentó Jorge con sorna: bebiendo cerveza y escuchando canciones de los Beatles.

La otra hostess tampoco era bella aunque considerablemente más atractiva que Kazú: pequeña, delgada, con un flequillo sobre la frente que casi le tocaba sus rasgados ojos y una sonrisa amplia y agradable. Se llamaba Noriko y pidió también ron con cola. Era la consigna: pedir lo más caro. Intercambiaron preguntas. Cuando ella se enteró de que eran mexicanos se confesó admiradora de Los Panchos. No, no hablaba español pero adoraba la música mexicana. Estudiaba inglés en la Universidad de Tokio durante las mañanas y en la noche practicaba lo que aprendía, dijo en broma. Conversaron durante un rato hasta que intempestivamente se levantó de la mesa y se disculpó. Mateos la siguió con la vista y observó que Noriko se sentaba en otra mesa, con otro hombre. Le estaban viendo la cara. Llamó al mesero y dándose aires de dignidad reclamó que su hostess se había ausentado y pidió o bien su inmediato regreso o que la excluyeran de la cuenta. Poco después Noriko volvía. Mateos le exigió que se quedara con él. Ella, indiferente, lo miró a los bigotes durante un prolongado instante y sonrió. Kampai, dijo chocando su vaso con el de Mateos. En ese momento te empezó a gustar.

Tan pronto terminó el show algunas parejas se levantaron a bailar. Mateos invitó a Noriko. Un momento, por favor, le pidió ella y los ojos negros de Mateos se concentraron en el espacio entre el índice y el pulgar de la japonecita. Noriko se puso de pie y se alejó una vez más dejando ver su cabello lacio y largo que le caía sobre la espalda. Ahora se dirigía a una mesa grande y concurrida. Allí se sentó junto a un hombre entrado en años que, sin mirarla, asentía a sus explicaciones. Ya te plantaron, dijo Jorge burlándose de él en un intento de mitigar su propio aburrimiento. Pasaron diez, quince minutos. Resignado, Mateos vio venir a Noriko hacia su mesa saludando aquí y allá. Llevaba un vestido mini de color dorado y zapatos que le hacían juego. Okey, dijo, y caminaron hasta la pista. Estaban concentrados bailando cuando una pareja se acercó hasta ellos y el hombre, que parecía conocerla, abordó a Noriko en japonés mientras escudriñaba a Mateos desafiante. En algún lugar Mateos había leído que a los japoneses les disgustaba ver a sus mujeres con occidentales y aunque él, con su marcada cara de mexicano, no sabía si incluirse o no entre los occidentales, concluyó, por la mirada del tipo, que no le hacía ninguna gracia verlos juntos. ¿Qué te dijo?, preguntó cuando la otra pareja se

alejó. Tonterías, respondió Noriko sin darle importancia al asunto. ¿Quién es él? Baila, contestó ella. ¿Es tu amigo? Es mi amigo, respondió sin mayor comentario.

Cuando regresaron a la mesa Jorge había reñido con Kazú. Ella alegaba que si querían que llamaran a otra mujer en su lugar. Jorge bostezó abriendo desmesuradamente la boca; dos lágrimas aparecieron en las comisuras de sus ojos. El mesero se acercó con la cuenta. Había llegado la hora de cerrar. ¿A las once? Lo siento, exigencias del gobierno. Qué bueno, dijo Jorge. Ya tengo sueño. Pagaron, y mientras les traían el cambio, Mateos le preguntó a Noriko si podían verse otra vez, en algún otro sitio. Ella lo miró divertida y, como para no dejar, le dio una tarjetita con su teléfono: llámame, dijo.

Mateos la esperaba un domingo de septiembre a las once y media de la noche, en la puerta de salida de actores del Mikado's. Junto a él otros hombres, japoneses todos, aguardaban pacientes mientras Mateos fumaba un cigarrillo tras otro y no dejaba de mirar el reloj. Las mujeres salían en grupo periódicamente por una pequeña puerta hacia un corredor que conducía a la calle para perderse entre la noche, noche que auguraba nubarrones y tempestades. Noriko se demoraba. ¿O había salido ya y él no la había reconocido? Las japonesas: todas igualitas. O tal vez ella no lo había tomado muy en serio y lo había evadido. Decidió perseverar mientras siguieran saliendo chicas. Poco a poco se fue quedando solo. Cerca de las doce la reconoció: vestida de pantalones y zapatos bajos. Pero si era una jovencita. Incluso más joven que tú, que entonces tenías poco más de veinte años. Pasó junto a él sin detenerse. Ella le hizo un gesto: sígueme y no me hables. Sin saber por qué, Mateos recordó al hombre que se les había acercado en la pista

de baile. No obstante, fue tras ella. Al llegar a la esquina doblaron a la derecha; caminaban sin hablar, como dos extraños entre el gentío de la calle y el abundante tráfico concentrado a esa hora alrededor de los diversos centros nocturnos. Cuando finalmente Noriko se volvió hacia él le explicó que a la empresa no le gustaba que las esperaran en la puerta, pues estaba prohibido citarse con los clientes en las inmediaciones del Mikado's, razonamiento que a Mateos le pareció dudoso después de haber visto a todos aquéllos que esperaban junto con él. ¿Había tratado de rehuir a alguien? ¿Al tipo que se les había acercado mientras bailaban?

Mateos propuso que abordaran un taxi que los llevara a donde pudieran beber una copa tranquilamente. Una larga fila de coches de alquiler esperaba ser ocupada. Pero Noriko no quiso ir en taxi, condujo a Mateos a pie por entre las calles solitarias y oscuras de los alrededores de Akasaka. La pareja dejó atrás las luces de neón, los puntos de referencia de la ciudad y el bullicio de las calles. Caminaron durante más de media hora, sin aparente destino fijo. Mateos iba a la defensiva: tantas historias vistas, leídas y escuchadas sobre timos y engaños a ingenuos turistas sorprendidos bajo la oscuridad de los muchos cielos de este pequeño pero complejo mundo. Un repentino sentimiento de inseguridad lo invadió. Miraste hacia atrás. A la distancia un hombre parecía seguirlos. ¡Cuidado!: no todos somos hermanos. El turista es el pendejo internacional. Llegaron a un extraño recinto. Noriko tocó en una ventanilla. Dos tipos se asomaron. Ella se identificó y les abrieron la puerta. Bajaron a un sótano oscuro atestado de jóvenes que no dejaban de mirarlos: ¿hostiles o simples curiosos? Se sentaron. Las miradas, lo clandestino del lugar, el olor a mariguana y el desconocimiento de su pareja, del idioma y de la ciudad

hicieron que Mateos se sintiera perdido. Noriko pidió una sopa de fideos que devoró habilidosamente con palillos chinos. Mateos creyó ver en el bar al tipo que los seguía. Al notar su expresión de desamparo Noriko rió divertida. Mateos apuró el whisky que había pedido y luego otro y otro. Eran casi las tres de la mañana cuando salieron. Ya en la calle Noriko le preguntó qué quería hacer. Acostarme contigo, respondió Mateos. ¿Dónde? En mi hotel, propuso. No se puede: está muy vigilado y no dejan entrar a nadie que no sea huésped. ¿En tu casa? Vivo con mi tía. Pasó un taxi, Noriko lo detuvo y habló en japonés. Quedaste completamente a su merced.

Llegaron a un pequeño ryokan construido en madera y con techo de teja. La encargada, una anciana de cara amable y vestida de kimono, habló directamente con Noriko y los condujo por entre puertas corredizas y delgadas paredes hasta una habitación. Se descalzaron antes de entrar; el piso era de tatami; pasaron a una sala con una mesa al centro y un tocador en un rincón. Sobre la mesa había dos grandes botellas de cerveza y unas galletas; a cada lado, dos cojines servían de asiento. La encargada corrió una de las puertas y les mostró la alcoba, cuyos únicos objetos eran una colchoneta pulcramente arreglada y un radio en la cabecera. Un pasillo conducía al baño. La anciana abrió la llave del agua para llenar la tina. Sacó dos kimonos rayados en color blanco y azul y un juego de toallas de un estante. Mateos pagó, la mujer dio las gracias y se despidió con una sonrisa y una caravana. Se sentaron en la sala. Mateos sirvió las cervezas. Noriko tomó una galleta y explicó fijando sus ojos en los de él: se llaman Nori, como yo. Están recubiertas de un alga a la que atribuyen poderes afrodisíacos. Mateos observó la galleta, la olió. Cómetela, lo empujó Noriko.

Mateos bebió un trago de cerveza: mordió la galleta, mordiste la carnada.

Voces extrañas lo despertaron. Sobresaltado, Mateos miró a su alrededor. Nadie, salvo Noriko que dormía profundamente. Escuchaba, sin embargo, la voz baja, aunque insistente, de un hombre. Puso atención: hablaba en japonés. ¿Se trataba de uno o de varios? Los murmullos provenían del cuarto contiguo. Seguro que eran los tipos que lo habían estado siguiendo y que tal vez sólo esperaban a que se quedara dormido. Para qué, ¿para robarlo? ¿para golpearlo? Lo más probable era que la propia Noriko fuera cómplice, si no ¿por qué tanto misterio? Notó unas pequeñas puertas corredizas al ras del suelo, cerca de la colchoneta. Despertó a Noriko: ¿quién está ahí? preguntó en voz baja pero firme. No lo sé, contestó ella adormilada y volvió a cerrar los ojos. Sin moverse de su lugar Mateos pasó el brazo por encima del cuerpo de Noriko y, con todo cuidado, corrió las puertecillas: en la penumbra alcanzó a ver dos cuerpos. Cerró de inmediato. Te mantuviste a la expectativa.

Despertó muy temprano en la mañana. Un tranquilo silencio reinaba en la habitación. La luz del sol se filtraba tenue a través de las ventanas. Observó a Noriko: dormía plácidamente. Mateos recordó su cuerpo tal y como lo palpó durante la noche: frágil, menudo, manuable; su piel era tersa y lampiña y en el sexo tenía abundante vello, negro y lacio. Sus senos eran pequeños y sus pezones grandes y oscuros. Después de beber la cerveza y de comerse las noris habían pasado a bañarse a la tina. Mateos había intentado llevarla primero a la cama pero ella le dijo que harían el amor a la manera oriental, tomando antes un baño. Noriko, sentada en un banquillo, cantó en español "quizás, quizás,

quizás" sin la más mínima idea de lo que significaban las palabras que pronunciaba nítida y correctamente mientras se bañaban. Cuando terminaron se pusieron los kimonos rayados y se metieron a la cama. Hicieron el amor y Mateos no supo en qué momento se quedó dormido. La mirada de Mateos la despertó: Noriko parpadeó dos, tres veces. Sombras y presagios se disipaban. Quién nos estuvo siguiendo. Quién pasó la noche tras esas puertas, cuestionó Mateos. Noriko se sentó sobre la colchoneta y empezó a reír tapándose la boca con la mano. Ábrelas, lo desafió. Armado de valor, Mateos corrió las puertecillas: tras ellas había, en efecto, una pareja: ambos vestían kimonos rayados; ella era japonesa, él extranjero. Te concentraste en el hombre: reflejaba temor. ¿A qué? A casi nada: a los alimentos que comía, al aire que respiraba, a la tierra que pisaba, a los seres que lo rodeaban. Logró ver que la mujer se despojaba de su kimono y luego, con toda delicadeza, se lo quitaba a él. Sus cuerpos desnudos se abrazaron. Ella, sonriendo, comentó: en Japón somos sensuales, ¿no? Sí, afirmó el hombre, sí, en tanto constatabas que era flaco, muy moreno, con bigote zapatista y melena einsteniana.

A ti Lolita

Luis Arturo Ramos

La conferencia sobre el posmodernismo desde una perspectiva marxista, avanzaba con la morosidad de un paquidermo con la nieve hasta las rodillas. Sin embargo el público, compuesto en su mayoría por estudiantes en bermudas y adustos profesores de barba negriblanca, parecía contento de avalar con encendidos asentimientos de cabeza las graves afirmaciones del ponente.

El tema de la conferencia había resultado tan atractivo aquella tarde próxima al verano, que mi tardanza resultó severamente castigada con la falta de espacios. La butaquería estaba colmada y los remisos aposentaban el cuerpo en cualquier superficie libre que garantizara algún apoyo seguro. Seguí el ejemplo colectivo y sostuve mis atribuladas posaderas en el barandal que ayuda a los cansinos a remontar los escalones que dan acceso a la sala. Me quedé ahí, a pesar de que mi ubicación me imposibilitaría apreciar el escenario y, por consiguiente, la presumible severa estampa del orador.

Suplí la carencia de visión con el ocioso divertimento de permitir que aquella voz ecuánime y sin rostro inventara gestos y visajes en el entumido ambiente del auditorio.

La convincente tonalidad de aquel aliento trasmitido por micrófono, resultaba un soplo casi divino que insuflaba vida y consistencia a los alrededores, a tal grado, que muy pronto creí advertir en la sesuda densidad del interior, una flotilla de pensamientos en forma de globos como tantas veces los había visto gravitando sobre las cabezas de los personajes de los *comics*.

Pero no tardé en cansarme de mi juego y muy pronto me descubrí examinando los rostros de los asistentes con esa avidez no exenta de malicia que provoca el mirar a mansalva. Mi irreprimible vocación voyeurista se desbocó en la contemplación de mentones y mejillas, el carnoso nacimiento de un seno inerme a la especulación de la mirada, la delicada frontera entre la piel y el vello en el tierno cuello de las muchachas.

Entonces la vi, a diez metros de distancia, sentada en el suelo tapizado y recargando la espalda en la pared opuesta al foro, separada de aquella voz portentosa por la nave atiborrada de escolares. Las suelas de los tenis plantadas con firmeza sobre la alfombra, hacían que sus piernas ascendieran súbitas hasta las rodillas y desde ahí resbalaran por un par de muslos barnizados al sol, hasta perderse en la profundidad de los ampones pantaloncitos.

Nunca supe si las manchas amoratadas que la semipenumbra del auditorio me impedía precisar, se originaban en la falta de un adecuado régimen higiénico, o en el exceso de violencia en la práctica futbolística. No tendría arriba de 18 y resultaba más carnosa que bonita. Pero el gesto desmadejado, y sobre todo la furiosa abulia con que penetraba su fosa nasal derecha con el dedo índice de la mano izquierda, la bendecía con esa peculiar hermosura que produce la extrañeza.

Ejecutaba su acto con premeditada obstinación; sin embargo, no dejaba de rasguñar con rabiosa perseverancia

en la maltratada libreta de hojas amarillas que sostenía contra sus muslos, las kilométricas verdades que resumaba el ponente y que ella, como pocos entre los asistentes, suponía capitales para estos años finiseculares.

Su heterogéneo ejercicio me impidió apartar los ojos de aquella muchacha que muchos hubieran considerado vulgar, excedida de peso y hasta un tanto aniñada a pesar de su apariencia, porque lo que su aspecto y pueril actividad proponían, se desmoronaba ante la soberbia refutación de unos pechos que convertían su desleída camiseta en la vanguardia de una impetuosa carga de elefantes.

Los contrastes afortunados suelen resguardar placeres insospechados para los observadores competentes. Mis experiencias al respecto me han impulsado a aventurar una teoría que se fundamenta en la conciliación de los opuestos, gracias al alivio proporcionado por un detalle no necesariamente físico, como origen del sobresalto que antecede a la lujuria.

Lolita estaba ahí. Cómodamente repantigada en la alfombra del auditorio, escribiendo con una barata pluma Bic color blanco, nimiedades posmodernistas en una destartalada libreta amarilla, mientras hurgaba en su estrecha e imagino húmeda fosa nasal derecha con el comedido frenesí de un lánguido cantante de boleros.

Para entonces, la acatarrada voz del ponente había desaparecido en los abismos de la indiferencia y toda mi atención se concentraba en aquella nítida estampa de fin de siglo que alternaba la higiene de sus narices con empecinadas anotaciones en la libreta amarilla. Mi enardecida vigilancia se exacerbó a tales extremos que muy pronto fui capaz de advertir el veloz viaje de la punta del bolígrafo sobre la superficie del papel, acompasado al quedo pero fervoroso resuello de aquellos pulmones tan vastamente

publicitados por el par de pechos insolentes. Cada vez que la muchacha ejecutaba el movimiento necesario para dibujar algún acento circunflejo en las referencias galas, o imprimía con puntería escolástica los puntos sobre las íes, sus azorados pezones se aplastaban contra la raída tela de la camiseta para regalarme a distancia con un doble beso sesgado que venía a repercutir en la punta de mí (habré de suponer) enrojecida erección.

En ocasiones, en un rapto inopinado que resquebrajaba su parsimonia de obispo, abandonaba la libreta para entregarse por entero a su ejercicio profiláctico con el empeño de quien introduce, no dedos, sino clavos, en agujeros abiertos ex-profeso. Su dedo índice se empeñaba en expulsar de los tibios canales algún objeto que la molestaba al extremo de distraerla de su ímpetu de conocimiento, porque sus rasgos faciales de tibia adolescente se crispaban en un rictus de impaciencia y desesperación.

Un violento envite insertó hasta el inicio de la falangeta el dedo en la fosa y levantó la punta de la naricilla hasta deformarla en una morisqueta de payaso. Pero la estrategia dio resultado porque la vi extraer el dedo y considerarlo después con la sorpresa de quien lo supiera regresar de la cuarta dimensión. Al principio pensé que su asombro revelaba las mismas calidades que el mío. Sobre todo cuando la miré dibujar con los labios aquel gemidito que todavía me palpita en la entrepierna, al descubrir el fruto de su pesquisa cabalgar orondo la curva sonrosada de su dedo sin uña. Observó el portento como quien estudia una gema arrancada de las profundidades terráqueas. Lo hizo con el orgullo de quien se reconoce origen y causa de algún prodigio. Imagino que las madres primerizas experimentan una emoción similar cuando ven prendido al pezón el producto de sus humores.

Pero en eso también estuve equivocado. Luego de ponderarla con rencorosa indiferencia, mi Lolita procedió a deshacerse de la viscosidad que la había distraído de sus empeños académicos durante tanto tiempo. La serosidad se resistía a separarse de ella y tuvo que tallar el dedo primero contra la pierna del pantalón y luego, ya con manifiesta hostilidad, contra la alfombra de la sala de conferencias. Mas lo que me arrebató en una violenta sacudida interior que casi me despoja del aliento, fue presenciar la victoriosa acometida de su dedo para volver a hurgar con nuevos bríos en la tibia comodidad que lo había albergado.

Para entonces, hacía ya mucho tiempo que el marxismo académico se había ido a los extremos más remotos del posmodernismo. El universo entero lo componía aquella chiquilla que alternaba la hermenéutica planetaria con la concienzuda exploración de los vericuetos de su cuerpo. Lo que todavía ignoro es si fue la persistencia de mi observación o el incipiente tedio lo que la aconsejó aventurar una súbita pesquisa por los alrededores; pero me descubrió mirándola perdido a mitad de ese espacio sin orillas en que se convierte toda vigilancia que durante mucho tiempo ha permanecido impune. Lejos de los bordes que me hubieran permitido, si no escabullirme, al menos disfrazar la mirada, me dejé atrapar justo en medio de la red que su repentino movimiento tejió para mi sorpresa.

Mi Lolita detuvo ambas exploraciones: la de su dedo y la de su mirada. El primero quedó sumergido en sus narices; la otra me convirtió en un ridículo escarabajo clavado con alfileres en la vitrina de un entomólogo. Así me sentí también: un obeso y endurecido escarabajo que sin miedo y sin vergüenza tramontaba las alturas de su cuerpo. Atrapado en falta, conjuré la mía de la única manera al alcance de un cincuentón sorprendido en perversa actitud voyeurista.

Convertí mi pecado en una oportunidad para el sermón conminatorio. Sonreí, levanté mi dedo a la altura de mi propia nariz, toqué sus aletas y luego lo sacudí en una negativa paternal mientras apoyaba mi movimiento con un gesto de "eso-no-se-hace" (en público, al menos).

Su reacción resultó una oda a la bendita incongruencia del universo. Sonrió y se arrepintió al instante de su sonrisa. Y para compensar lo que juzgó un error, giró violentamente la cabeza en la dirección opuesta, y se mantuvo así por algunos segundos hasta que entendió que algo faltaba. Por ello volvió a buscarme con la mirada, y cuando estuvo segura de que yo también la veía (de hecho nunca había dejado de hacerlo), me enseñó la lengua en un mohín que quiso ser grosero y resultó tentador. El húmedo y sonrosado apéndice apareció entre sus labios como un súbito delfín en aguas tibias. Saltó y volvió a la profundidad para que mi corazón y su contraparte, ese músculo inverosímil, pulsaran indignados contra la demencia que les cierra las puertas. En ese instante conocí el amor y sus arduas consecuencias. En ese instante también, entendí la raíz del irrevocable destino de las mujeres: hasta sus más elaborados desplantes de furia se convierten en una insinuación al placer.

A partir de ese momento, descubierto y localizado el enemigo, mi Lolita se dedicó a vigilarme de reojo, aunque tuviera que tensar el rostro para fingir la indiferencia que garantizara la continuidad del juego. Para subrayar su disimulo, movía los labios como si repitiera para la posteridad las frases clave del conferenciante, y las anotaba luego en su libreta amarilla con prontitud de facultativo. Mi reconcentrada vigilancia provocó que se endureciera su pretendida atención en el ponente. Su cara adquirió una repentina pátina laqueada por los brillos de la penumbra y su sostenido esfuerzo. No obstante, los resabios de adolescente la

reclamaban de regreso y su cuerpo no tardó mucho en aflojarse y rezumar ese dulce olor de muchacha en vilo. Igual que una bandera que súbitamente dejara de ser tremolada por el viento, su cuerpo cedió ante el inveterado descuido de la juventud y volvió a reblandecerse contra la pared y el piso alfombrados. No me resultaba difícil imaginar la recóndita impronta de las asperezas del suelo contra su piel delicada y nueva. Y para corroborarlo, describí para mi particular contento las huellas de la dureza artificial contra sus blanduras, así como la mínima depresión de sus glúteos al sostener el peso de sus 18 años.

No lo supe desde el principio; mas lo constaté en algún impreciso instante de aquella lenta tarde cercana al verano, que tenía un irrecusable aliado en la grave voz sin rostro que campaneaba sobre el auditorio entero. Aquella sonoridad reverberante, cargada de sabias alocuciones y profundas garantías, enervaba para mi gusto y placer su piel entera; le abría los poros de par en par como una hospitalaria ducha de agua caliente. Entonces para mi fortuna, y para la de todos los que como yo vuelven a la mirada el acto todopoderoso de la creación (Dios imaginó con los ojos lo que legó al hombre para su infortunio o contento), vi cómo su dedo regresaba al lugar de los hechos como cualquier homicida en novela de misterio, para repetir una ceremonia que me retrotraía hasta latitudes pretéritas.

Degusté en su dedo lo que mi lengua infantil había saboreado en el mío propio en los lejanos y lentos atardeceres de mi pueblo: aquella salobre viscosidad nacida en mi propio ser, la consistencia terrosa, el sabor desemejante a todo lo que no fuera yo mismo. Así sabía, lo supe después, mi propio cuerpo. Así habría de saber, lo sabría más tarde, el cuerpo femenino. Entendí que regresaba a los tiempos del placer oralizado y que éste no se significaba por el amor a la palabra.

El plácido aspecto de mi Lolita sugería un viaje por territorios similares a los que yo transitaba. Con el índice sumergido en la boca, los labios anillados con vocación de esfínter y los párpados adormilados en un frágil duermevela, representaba a una niña a punto de trascender la rivera del sueño, mientras se saboreaba a sí misma ayudada por el ejercicio de succionar su propio dedo. La voz del disertante posmarxista la arrullaba más allá de la conciencia y la envolvía en una telaraña de humores amnióticos que la mecía con un zureo de paloma.

Estiró las piernas, las abrió en compás e imprimió un movimiento de rotación a su índice. Giró la cara en mi dirección y me mostró el dedo como si me invitara a compartir su deleite. Pero una vez más estaba equivocado. Mi atención precisó los contornos y supe que no era el índice, sino el cordial, quien se erguía con prepotencia fálica justo a mitad de mis ojos. No invitaba, me insultaba de la única manera que la distancia y la coyuntura permitían hacerlo con algún margen de impunidad.

Aproveché su renovada atención en el conferencista para escabullirme y resguardarme tras la sombra y los cuerpos de los asistentes. No obstante, seleccioné cuidadosamente un sitio desde el cual pudiera seguir con mi escrutinio porque, a pesar de que lo que yo había considerado una táctica de seducción por parte de aquella Lolita rediviva (la de Vladimir andaría ya por los 50), se había convertido en una muestra de rechazo gracias a su inopinado ademán, no iba a permitir que su inmadurez me despojara del placer de mirarla a mansalva aunque ya no pudiera hacerlo a quemarropa.

Un simple desplazamiento que me llevó hasta la pared opuesta del pasillo de acceso al auditorio, me permitió resguardarme de su furia y establecer una diagonal entre mis

ojos y su nuca. Mi nueva ubicación sólo me capacitaba para vigilar un medio perfil que si bien me impedía apropiarme de enriquecedores detalles, me habilitaba para sostener mi asedio sin peligro alguno.

La observación de la realidad enseña muchas cosas, y entre ellas, la de que prácticamente nada es lo que parece. De pronto, como si hubiera perdido el contacto de la mano de mamá en una muchedumbre, mi Lolita reconoció mi ausencia y primero taimadamente, mas luego ya con ansiedad manifiesta, me buscó con los ojos y después con el cuerpo entero. Era como un mustio girasol que se nutriera con la temperatura de mi mirada. Despojada de ese sentimiento de seguridad que le había enquistado mi ferviente vigilancia, la muchacha se sintió desamparada, indefensa en medio del entumecido oleaje de la atención universitaria que convertía a aquel austero altar de la fe académica, en el bucólico remanso del anonimato total.

Supe entonces que ella me había visto antes de que yo la descubriera, y que sin sospecharlo, me había vuelto cómplice involuntario de una puesta en escena en la que yo resultaba el único espectador. Que su íntima exploración, sus movimientos, la repentina presencia de su lengua sobre el labio inferior abullonado y tierno, no habían sido más que etapas hacia el descubrimiento de una misma vocación fundamental. Pero ahora, sin público asistente, el mundo se le deshacía entre las manos como un bloque de hielo requemado a causa de mi fingida ausencia.

Dejó de escribir, de fingir atención, de explorarse con el dedo. En uno de sus atribulados giros, creí entrever lágrimas en las esquinas de sus ojos. No pude más. Mis perversiones quedan más próximas a la ternura que a la crueldad. Practiqué un paso lateral que me colocó ante sus ojos. Sonreí abiertamente y ejecuté un ligero ademán que

puso en claro la certidumbre que de haberme sido posible, me hubiera mostrado desnudo ante ella como prueba de sumisión. Aceptaba mi pertenencia. Ya era de su propiedad. Mi cometido se centraría en el empeño de observarla por siempre hasta que ella lo impidiera por hartazgo, repugnancia o por haber encontrado un observador más eficaz.

Sin embargo Lolita me recibió con gesto adusto. Me estudió de arriba abajo con displicencia científica hasta que constató mi rendición absoluta y supo que al amparo de su mirada, justo en el vértice donde se tocan mis muslos, volvía a germinar enriquecida por el agua de sus ojos, la raíz de la paz y la coexistencia intergenérica.

Con el color de la victoria brillando en la curva de sus ojos, urgida ya por las terminantes declinaciones del ponente, Lolita volvió la mirada hacia el pódium, acomodó la libreta sobre los muslos, abandonó el bolígrafo en la alfombra, y se dispuso a recibir la verdad definitiva. Vi aparecer en sus mejillas el tono de su sangre, y a sus pechos acometer una presencia invisible impulsados por los crecientes altibajos de su respiración. Y mientras los iniciales espasmos del aplauso se uniformaban en el surtidor que la hacía cerrar los ojos, yo advertía a mi propio contento quebrarme por la cintura hasta sacar a la superficie un pequeño universo esta vez originado en la mirada.

Hombre con minotauro en el pecho

Enrique Serna

Mi amor a lo ornamental existe, sin duda,
porque siento en ello algo idéntico
a la sustancia de mi alma

Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*

a mi hermana Anamaría

Voy a contar la historia del niño que pidió un autógrafo a Picasso. Como todo el mundo sabe, a principios de los años 50 Picasso vivía en Cannes y todas las mañanas tomaba el sol en la playa de La California. Su pasatiempo favorito era jugar con los niños que hacían castillos de arena. Un turista, notando cuánto disfrutaba la compañía infantil, envió a su hijo a pedirle un autógrafo. Tras oír la petición del niño, Picasso miró con desprecio al hombre que lo usaba como intermediario. Si algo detestaba de la fama era que la gente comprara su firma y no sus cuadros. Fingiéndose cautivado por la gracia del niño, solicitó al padre que le permitiera llevarlo a su estudio para obsequiarle un dibujo. El turista dio su consentimiento de mil amores y media hora después vio regresar a su hijo con un minotauro tatuado en el pecho. Picasso le había concedido la firma

que tanto anhelaba, pero impresa en la piel del niño, para impedirle comerciar con ella.

Ésta es, *mutatis mutandis,* la anécdota que narran los biógrafos del pintor malagueño. Todos festejan el incidente, creyendo que Picasso dio una lección a los mercaderes del arte. Debí refutarlos hace mucho tiempo, pero no me convenía divulgar la verdad. Ahora no puedo seguir callando. Sé que manejan información de segunda mano. Sé que mienten. Lo sé porque yo era el niño del tatuaje y mi vida es una prueba irrefutable de que la rapiña comercial triunfó sobre Picasso.

Para comenzar, quiero dejar bien claro que mi padre no era turista ni tomó vacaciones mientras yo viví a su lado. Tanto él como mi madre nacieron en Cannes, donde trabajaban cuidando la residencia de la señora Reeves, una millonaria cincuentona obesa y por supuesto norteamericana que pasaba los veranos en la Costa Azul y el resto del año repartía su ocio —un ocio tan grande que no cabía en una sola ciudad— entre Florencia, París, Valparaíso y Nueva York. Éramos una familia católica practicante a la que Dios daba un hijo cada año, y como nuestros ingresos, indiferentes al precepto bíblico, ni crecían ni se multiplicaban, sufríamos una miseria que andando el tiempo llegó a lindar con la desnutrición. Mi padre había visto en el periódico la foto de Picasso y creyó que podría ganar dinero con el autógrafo. La broma del pintor no lo desanimó. Cuando la señora Reeves llegó a la casa me ordenó que le mostrara el pecho. Ella era coleccionista de arte y al ver el minotauro quedó estupefacta. En un sorpresivo arrebato de ternura me tomó entre sus brazos, triturando mis costillas con toda la fuerza de sus 200 kilos, y sin pedir la autorización de mis padres organizó una cena de gala para exhibirme ante sus amistades.

Yo era uno de esos niños antisociales que niegan el saludo a los adultos. Refunfuñaba cuando las amigas de mi madre me hacían arrumacos en la calle y procuraba estar cubierto de lodo para no tener que soportar sus besos. Decidí boicotear mi debut en sociedad. A regañadientes toleré que me vistieran con un estúpido traje de marinerito y me untaran el pelo con goma, como el día de mi primera comunión, pero no consentí que me aprisionaran los pies en los ridículos zapatos de charol que la señora Reeves subvencionó, junto con el resto de mi atuendo, para enmarcar decorosamente su joya pictórica. Parapetado bajo la cama oí los regaños de mi madre y los intentos de soborno de la señora Reeves, que me ofrecía una bolsa de caramelos a cambio de bajar a la sala donde un selecto grupo de *bon vivants* esperaba con impaciencia mi aparición. Así habría permanecido toda la noche, huraño y rebelde, si mi padre, al oír el escándalo, no hubiese venido a sacarme a patadas del escondite.

Si Dios y el infierno existen, le deseo la peor de las torturas. A partir de que Picasso estampó su firma en mi pecho, dejé de ser su hijo y me convertí en su negocio. Recuerdo que le brillaban los ojos cuando la señora Reeves, oronda como una elefanta recién casada, me llevó con el pecho descubierto al centro de un corrillo formado por vividores profesionales y aristócratas venidos a menos que se inclinaron a ver el tatuaje con esa cara de adoratriz en éxtasis que ponen los esnobs cuando creen hallarse frente a las obras maestras del Arte con Mayúsculas.

—*Isn' it gorgeous?*—preguntó la gorda, resplandeciente de satisfacción.

—*Oh, yes, it's gorgeous* —respondieron a coro los invitados.

En la mesa tenía reservado el sitio de honor. Temiendo que pescara un resfriado, mi madre intentó ponerme la

camisa, pero la señora Reeves lo impidió con un ademán enérgico. Un famoso corredor de autos me retrató el pecho, procurando colocar la cámara de tal manera que mi rostro —carente de valor artístico— no estropeara la foto. Su novia, que entonces era cantante de protesta y hoy es accionista mayoritaria de la Lockheed, me hacía guiños de complicidad, como insinuando que ella sí entendía la broma de Picasso y despreciaba a esos idiotas por tomársela en serio. Simpaticé más con los invitados circunspectos, en particular con una condesa que tenía mal de Parkinson y sin embargo, por instinto maternal o por ganas de fastidiar a la anfitriona, se empeñó en darme de comer en la boca. Ninguna de sus temblorosas cucharadas llegó a mis labios, pero varias cayeron en mi tetilla izquierda, ensuciando la testuz del minotauro. Aunque la señora Reeves trató de minimizar el percance con una sonrisa benévola, noté un rencoroso fulgor en su mirada cuando pidió a mi padre que limpiara la mancha con un algodón humedecido en agua tibia. Yo no comprendía por qué me trataban con tanta delicadeza, pero algo tenía claro en medio de la confusión: ese día mandaba en la casa. Por eso, cuando mi padre se inclinó a limpiar los cuernos del minotauro, derramé sobre sus pantalones un plato de sopa hirviente.

La señora Reeves obtuvo con la cena un gran éxito social. Fue algo así como su doctorado en sofisticación, la prueba de refinamiento que necesitaba para entrar al gran mundo, del que sólo conocía los alrededores. Yo le abrí las puertas del paraíso, y cuando llegó el fin del verano quiso mantenerme a su lado como amuleto. Vagamente recuerdo una discusión a puerta cerrada entre mis padres, el llanto de mamá cuando preparó las maletas, la despedida en el muelle con todos mis hermanos agitando pañuelos blancos. Entonces no supe bien lo que pasaba. Creí la piadosa

mentira de mamá: la patrona me llevaba de vacaciones en su yate porque se había encariñado conmigo. Confieso que no extrañé a mi familia durante la travesía por el Mediterráneo. Además de alimentarme con generosas raciones de filete (manjar que desconocía mi estómago de niño anémico), la señora Reeves me permitía correr como un bólido por la cubierta, jugar a los piratas con los miembros de la tripulación y martirizar a Perkins —su gato consentido— prendiéndole cerillos en la cola. A cambio de tanta libertad sólo me prohibió exponer el pecho al sol para evitar un despellejamiento que —según decía la muy hipócrita— podía resultar dañino para mi salud.

Abrí los ojos demasiado tarde, cuando tomamos el avión para Nueva York. En la escalerilla la señora Reeves se despidió de mí con un lacónico *take care* y dos de sus criados me levantaron del suelo, tomándome delicadamente por las axilas, como a un objeto frágil y valioso. A esas alturas ya me sentía un pequeño monarca y creí que me llevarían cargando al interior del jet. Así lo hicieron, pero no a la sección de primera clase, como yo suponía, sino al depósito de animales, donde me envolvieron con una gruesa faja de hule espuma para proteger el minotauro contra posibles raspones. Perkins maulló vengativamente cuando me instalaron junto a él. En su jaula parecía mucho más libre y humano que yo. Entonces comprendí que me habían vendido. Entonces lloré.

No fue, desde luego, una venta descarada. Los abogados de la señora Reeves engañaron a las autoridades francesas presentando el trato como una beca vitalicia. Ella se comprometía a cubrir mis gastos de comida, vestido, alojamiento y educación a cambio de que yo le permitiera exhibir el tatuaje. Mi padre se deshizo de una boca y obtuvo 50 mil francos en una sola transacción comercial. Ignoro

en qué resquicio de su conciencia cristiana pudo esconder esa canallada.

Endurecido por la pena y el ultraje, decidí aprovechar mi nueva situación y olvidarme para siempre del hogar que había perdido. Era un esclavo, sí, pero un esclavo envuelto en sábanas de seda. Con la señora Reeves me acostumbré a la comodidad y a la holganza. Desde que llegué a su piso en Park Avenue me hizo una lista de privilegios y obligaciones. Quería ser una madre para mí: tendría maestros particulares de inglés, piano, equitación y esgrima, los mejores juguetes, la ropa más cara. Sólo me rogaba que delante de las visitas imitara la quietud de los muebles. Me asignó un lugar destacado en la sala, entre una litografía de Goya y una versión en miniatura del *Mercurio* de Rodin. Mi trabajo —si se le puede llamar así— consistía en permanecer inmóvil mientras los invitados contemplaban el minotauro. Pronto llegué a odiar la palabra *gorgeous*. Los amigos de la señora Reeves no atinaban a decir otra cosa cuando veían el tatuaje. Pero aún más insoportables resultaban los "conocedores" que después de la obligada exclamación expelían su lectura personal de la obra.

—El minotauro es un símbolo de virilidad. Picasso ha plasmado en el pecho del niño sus ansias de rejuvenecer, utilizando el tatuaje como un hilo de Ariadna que le permita salir de su laberinto interior hacia el paraje solar de la carne y el deseo.

—Digan lo que digan, el tema de Picasso fue siempre la figura humana. Es natural que su interés por el hombre lo haya conducido a prescindir del lienzo y a pintar directamente sobre la piel del hombre, para fundir el sujeto y el objeto de su expresión plástica.

Los comentarios de aquellos imbéciles me hicieron odiar a Picasso y con él a una parte de mi persona. En

aquel tiempo no podía entender de qué hablaban, pero ya comenzaba a sentirme ninguneado, invisible, disminuido por el tatuaje que merecía más atención y más respeto que yo. Algunos invitados no se molestaban en verme la cara: fijaban la vista en el minotauro como si yo fuera un marco de carne y hueso. De no haber sido porque la señora Reeves, cuando no interpretaba el papel de anfitriona culta, se mostraba tierna y cariñosa conmigo, creo que me habría suicidado antes de cambiar los dientes de leche. La ingenuidad me salvó. Ignoraba que las obras de arte necesitan mantenimiento. Con sus desplantes maternales, con su comedia de abnegación y calor humano, la señora Reeves no hacía otra cosa que proteger su inversión. Así como preservaba de la humedad sus óleos de Munch y Tamayo, me trataba con amor para conservar una vida que —le gustara o no— formaba parte del cuadro.

Tenía 16 años cuando mis hormonas declararon la guerra al arte contemporáneo. Una mancha de vellos negros cubrió primero las piernas del minotauro, subió desde mi ombligo hacia donde comenzaba la cabeza de toro y acabó sepultando el dibujo bajo una densa maraña capilar. La señora Reeves no había previsto que su propiedad se convertiría en un hombre de pelo en pecho. Desesperada, intentó rasurarme con una navaja, pero desistió al hacerme una cortadita que —para desgracia suya y regocijo mío— borró la o de la firma de Picasso. Después de abofetearme como si yo tuviera la culpa de lo que hacían mis glándulas, aplacó sus nervios con una fuerte dosis de tranquilizantes. Vinieron en su auxilio varios expertos en conservación de pintura. Para ellos el problema no era técnico sino estético. Lo de menos era depilarme con cera, pero ¿tenían derecho a interrumpir la evolución de una obra concebida

para transformarse a través del tiempo? ¿Habría utilizado Picasso la piel humana si no hubiese querido que los pelos ocultaran el tatuaje cuando yo creciera? Un poeta que se jactaba de su amistad con el pintor dirimió la cuestión. A su juicio, los pelos cumplían la misma función que los boletos del Metro y las cajetillas de cerillos en los cuadros de la época del cubismo sintético pintados en colaboración con Braque. Eliminarlos sería un crimen de lesa cultura, una bestialidad tan horrible como rasurar a la Mona Lisa bigotona de Marcel Duchamp.

Temiendo que la señalaran como enemiga de la vanguardia, la señora Reeves aceptó dejar el minotauro cubierto de vello. Creí que había llegado el momento de mi liberación. ¿A quién le interesaría un Picasso invisible? No había considerado que la canalla de las artes plásticas, cuanto menos disfruta una obra, más la enaltece y mitifica. Si el minotauro desnudo había causado sensación, tapizado de pelos alcanzó un éxito espectacular. Ensoberbecida, la señora Reeves se comparaba con la señora de Guermantes: daba tres cocteles a la semana y aún así tenía en lista de espera a cientos de *socialités* que se disputaban el privilegio de NO VER el tatuaje. Ahora los *gorgeous* eran demenciales, eufóricos, y algunos invitados que no se conformaban con elogiar lo inexistente me acariciaban la pelambre del pecho arguyendo que la intención de Picasso había sido crear un objeto para el tacto. De las caricias masculinas me defendía con patadas y empujones, pero mis rabietas entusiasmaban a los agredidos en vez de aplacarlos y había quienes exigían, con permiso de la señora Reeves, que les pegara de nuevo y con más fuerza.

—Cuando el muchacho golpea —exclamó un día un crítico del *New Yorker,* sangrando por nariz y boca—, la protesta implícita en el minotauro se vuelca sobre el espectador, haciéndole sentir en carne propia la experiencia estética.

Aquella época difícil, en la que no sabía si refrenar o desatar mi agresividad, terminó providencialmente cuando la señora Reeves sufrió un ataque de embolia que la llevó al otro mundo. Permítanme hacer un alto en la narración para escupir sobre su recuerdo. Aún después de muerta siguió burlándose de mí. No esperaba gran cosa de su testamento, apenas una renta modesta por todos mis años de servicio, pero jamás imaginé que me incluiría entre sus bienes. Y encima se dio aires de filántropa. Fui donado al museo de su pueblo natal (New Blackwood, North Carolina) "con el deseo de que mis coetáneos conozcan las obras más relevantes del arte moderno", según dejó escrito en una carta para las autoridades del ayuntamiento.

Esa traición acabó con mi paciencia. Estaba claro que nunca me otorgarían la libertad si yo no la conquistaba con mi propio esfuerzo. El notario de la señora Reeves retrasó deliberadamente los trámites de la donación para lucir ante sus amigos la pieza que tenía bajo custodia. Era un sujeto vulgar y despreciable. No sólo hirió mi dignidad humana depilándome con rudeza, pues con él no valían sofisticaciones: también lastimó mi orgullo artístico. Después de haber alternado con obras de mérito en la sala de la señora Reeves no pude soportar la compañía de sus baratijas clasemedieras. ¡Yo, un Picasso, junto a una reproducción de la *Última cena* de Salvador Dalí!

Escapé de su casa con la sensibilidad maltrecha. Vagabundeando por las calles de Manhattan llegué a Greenwich Village, donde hice amistad con un carterista portorriqueño, Franklin Ramírez, quien se ofreció a enseñarme su oficio a cambio de que le sirviera como ayudante.

Trabajábamos en los vagones del Metro en las horas de mayor congestionamiento. Yo dejaba caer unas monedas y Franklin deslizaba sus ágiles dedos en los bolsillos de los inocentes que me ayudaban a recogerlas. Con él pasé los días más felices de mi vida. Por fin alguien me trataba como ser humano. Era libre, tenía un compañero de aventuras, me ganaba la vida haciendo algo más divertido que posar como un muñeco de lujo. Lo más admirable de Franklin era su apabullante sinceridad en materia de pintura. El minotauro no le gustaba. Decía que la cabeza de toro estaba mal dibujada, que aquello era un monigote deforme, y como ejemplo de calidad artística me ponía su propio tatuaje: una rubia pierniabierta que le había pintado en la espalda un artesano de San Quintín. Franklin me daba el 20 por ciento de los botines y pagaba mis gastos de alimentación y vivienda. A su modo era más generoso que la señora Reeves, pero no dejaba de ser un rufián. Fingió creer que yo era un huérfano recién salido del reformatorio (inventé ese cuento inverosímil para no despertar su codicia) mientras investigaba cuál era mi verdadera identidad. Pobre Frank, no lo culpo. Cuando los periódicos anunciaron la recompensa a quien diera noticias de mi paradero, creyó que haría el primer negocio limpio de su vida. La policía llegó de madrugada al hotelucho del West Side donde teníamos nuestra guarida. Al ver que mi socio no estaba en el cuarto comprendí que me había traicionado. Ya estaba grandecito para llorar. Hice algo más inteligente: denunciarlo por corrupción de menores. Lo detuvieron cuando fue a cobrar la recompensa. Pobre Frank. Él se había portado como Judas pero yo no era Jesucristo.

Los dos caímos presos. Franklin volvió a San Quintín y yo fui trasladado a una cárcel más inmunda, el museo de

New Blackwood, donde tenía reservada una jaula de vidrio con un rótulo que daba crédito a la señora Reeves por su generoso donativo. Ahora me llamaba *Hombre con minotauro en el pecho.* El título sugería que no sólo el tatuaje, sino yo, su desventurado portador, éramos creaciones de Picasso. Por sublevarme contra esa barbaridad me gané la antipatía del director del museo, un funcionario gris y mezquino para quien mis exigencias de un trato humanitario no pasaban de ser caprichos de vedette. "De qué te quejas —decía— si te ganas la vida sin mover un dedo". Alegando estrecheces presupuestales me racionaba la comida. El suyo era un museo democrático, no se podía gastar más en mí que en otras piezas. Democráticamente quería forzarme a permanecer inmóvil durante horas, a sonreír cuando los visitantes me tomaban fotos, a soportar sin estornudos el humillante plumero del anciano que hacía la limpieza. Estando ahí contra mi voluntad, yo no me sentía obligado a colaborar con él. Asumí una actitud rebelde y grosera. Cubría mi vitrina de vaho, hacía huelgas de pecho tapado, enseñaba el miembro a las jovencitas de High School y me burlaba de sus maestros de Historia del Arte, interrumpiendo sus lecciones con alaridos procaces: ¡No le hagan caso a ese cretino: el *Guernica* es una porquería, *Las señoritas de Aviñón* eran unas putas iguales a ustedes!

Las quejas por mi conducta llegaron a oídos del alcalde del pueblo, quien sometió mi caso a consulta pública. El director del periódico local opinaba que ninguna obra de arte, por importante que fuera, tenía derecho a insultar a sus espectadores. Considerando que si Picasso era ateo yo bien podía ser el Anticristo, el jefe de la Iglesia metodista exigió mi expulsión inmediata de New Blackwood. Los liberales se opusieron: jamás permitirían que un fanático destruyera el tesoro artístico del pueblo. Para dar gusto

a tirios y troyanos, el alcalde resolvió que se me tuviera encadenado y amordazado. Ni las bestias del zoológico recibían un trato semejante.

Bien dicen que cuando más amargas son las adversidades, más cerca estamos de la salvación. La noticia de mi captura en Nueva York había puesto sobre aviso a los ladrones de museos. El de New Blackwood estaba mal protegido. Lo asaltaron de noche, luego de inutilizar fácilmente a dos vigilantes lerdos y oxidados por años de inactividad. Cuando los ladrones me iluminaron con sus linternas no pude contener un grito de alborozo. Comedidamente los ayudé a desconectar la alarma de la vitrina y me puse a sus órdenes: "Llévenme adonde quieran pero sáquenme de aquí. Yo mismo buscaré a mi comprador, no les daré molestias". Mi buena disposición a ser robado no los conmovió. Sentí un golpe en la nuca y un piquete en el brazo. El mundo se desplomó sobre mis párpados...

Desperté 48 horas después en un sótano maloliente. Supongo que me pusieron una dosis de somnífero como para dormir camellos. Nunca vi las caras de los asaltantes. Recelosos de que los identificara, me llevaban la comida con máscaras del Pato Donald. Acostado en un catre piojoso escuchaba el goteo de la lluvia, los timbrazos de un teléfono, el zumbido lejano de los tranvías. Más que las incomodidades, me atormentaba ignorar cuál sería mi destino. ¿Pedirían rescate a las autoridades de New Blackwood? ¿Me arrancarían el pellejo para venderlo en el mercado negro?

Recobré la tranquilidad cuando uno de los secuestradores tuvo la gentileza de informarme que estaba en Hamburgo. Mi robo fue un trabajo realizado por encargo del magnate alemán Heinrich Kranz, mejor conocido

como el Rey de las Nieves por su escasa participación en el tráfico internacional de cocaína. Kranz ordenó que no me sacaran del sótano hasta el día del cumpleaños de su mujer, a quien deseaba dar una sorpresa. Con los ojos vendados fui conducido a un castillo de la Selva Negra —la residencia campestre de Kranz— donde tuvo lugar la fiesta. En un amplísimo salón, iluminado con la pirotecnia de una discoteca, se congregaba lo más exquisitamente corrupto del *jet set* europeo. Apenas repuesto del vértigo inicial contemplé, horrorizado, estampas que más tarde me parecerían familiares. El invitado más serio tenía el pelo pintado de verde. Un *boy scout* septuagenario acariciaba las nalgas de un muchacho que podía ser su nieto. En una plataforma circular bailaban rumba tres hermafroditas. Junto a la pista de baile había una fosa llena de lodo en la que se revolcaban parejas desnudas.

Con una copa de champaña que alguien puso en mi mano recorrí el salón. La cocaína circulaba con generosidad. Un travesti con hábito de monja me besó a mansalva. Las mujeres de verdad —bellísimas casi todas— se mordían los labios cuando pasaba junto a ellas, como invitándome a fornicar enfrente de sus maridos. Su conducta era tan obscena como la decoración del castillo. Los Kranz tenían una impresionante colección de pintura y escultura, pero maltrataban deliberadamente sus tesoros, por los que no sentían el menor aprecio. El *Cristo amarillo* de Gauguin estaba colgado de cabeza, como en una misa negra, y tenía pegada en la boca una verga de hule. Había unas *Mujeres en bronce* de Henry Moore disfrazadas de putas, con bragas transparentes y sostenes de lentejuela. Vi a un bárbaro apagando un cigarrillo en un autorretrato de Rembrandt, a otro que derramó su copa sobre un icono ruso del siglo XIV. ¿Qué uso le darían a mi tatuaje?

No quise averiguarlo. Corrí en busca de una salida. Cuando trataba de saltar por la ventana, dispuesto a romperme la columna vertebral si era necesario, me tomó por el cuello un guardaespaldas chino. "La señola estal espelándolo", gruñó, amenazándome con un revólver. Tuve que acompañarlo al salón de cultura grecorromana. Estaba decorado como un tugurio de cuarta categoría. Una luz roja, prostibularia, iluminaba estatuas de atletas olímpicos, bustos de Trajano y Marco Aurelio, ánforas etruscas que servían como escupideras. Una rocola tocaba insulsas piezas de música *country*. Parecía más vieja que las antigüedades milenarias. El chino me ordenó tomar asiento en una mesa de patas disparejas ocupada por una fichera escuálida y ojerosa que llevaba lunares postizos en las mejillas y una camiseta con la leyenda *Fuck me and leave me*. Era mi nueva propietaria: la perversa Uninge. Me saludó a la manera de Calígula, con un artero apretón de testículos.

—Bienvenido al Club de Profanadores del Arte. No sabes cuánta falta le hacías a mi colección. Tú eres algo distinto. Ya estaba cansándome de las obras inanimadas. Por mucho que las odie, una se cansa de pisotearlas.

—¿Por qué odia usted el arte? —pregunté, amedrentado por su tierno saludo.

—Qué maravilla. Además de guapo eres ingenuo —la perversa Uninge me miró con una mezcla de compasión y desprecio—. ¿Crees que tu deleznable tatuaje merece algún respeto? No, mi cielo, aquí no. Yo me río de Picasso y de la gente que lo admira, empezando por tu antigua dueña, que en paz descanse. Pobre ballena. Se creía culta y sublime. Yo vengo de vuelta de todo eso. Estamos en la edad de la impostura, cariño. El arte murió desde que nosotros le pusimos precio. Ahora es un pretexto para

jugar a la Bolsa. Yo muevo un dedo y la tela que valía 100 dólares en la mañana se cotiza en cincuenta mil por la noche. Si hago esos milagros, ¿no crees que también puedo quitarle valor al arte? A eso me dedico desde hace algunos años. Heinrich podría comprarme todo lo que yo quisiera, pero tengo debilidad por las obras robadas. Es un primer paso para desacralizarlas, para quitarles la aureola de dignidad que tienen en los museos. Después viene lo más divertido: escupirlas, ensuciarlas, barrer el piso con ellas. ¿Y sabes por qué, ricura? Porque al hacerlo me destruyo a mí misma, porque ya no puedo creer en nada, ni siquiera en mi jueguito de las profanaciones, que vuelve locos a estos idiotas, pero a mí ya no me satisface. Quisiera que alguien me tratara como yo trato a las piezas de mi colección. Para eso te necesito. ¡Castígame, amor, pégame, destruye a tu puta!

La perversa Uninge lloró sobre mis rodillas, como una mujerzuela que al filo de la muerte se arrepintiera de su vida pecadora. Confieso que su discurso me había conmovido. Desde niño venía padeciendo todo lo que Uninge denunciaba. Los comerciantes del arte me habían destrozado la infancia. Picasso dibujó el tatuaje para insultarlos, y ellos, en vez de ofenderse, le demostraron a costa de mi felicidad que hasta sus burlas valían oro. Limpié con un pañuelo las lágrimas de Uninge. Pobre mujer. En el fondo era una moralista, como todos los grandes libertinos. La estreché tiernamente contra mi pecho, para decirle sin palabras que yo la comprendía y la respetaba. Fue un error imperdonable. Había pasado su momento de flaqueza y creyó que trataba de hacerle un chantaje sentimental. En sus ojos brilló de nuevo la chispa del rencor.

—¡Li Chuan, ven para acá! —el chino acudió corriendo—. Llévalo a mi cuarto y que se quite la ropa. Odio a la

gente que me tiene compasión. Prepárate, muñeco, porque vas a conocer a la perversa Uninge.

En su recámara perdí hasta el último residuo de castidad. Sería ingenuo decir que me redujo a la categoría de objeto sexual, pues lo cierto es que mi cuerpo no le importaba. Toda su refinada lujuria se concentraba en el tatuaje. Lo pellizcó, lo arañó, lo lamió hasta quedar con la lengua seca embadurnándole jalea de manzana cuando se aburría de saborear mi piel. Le hice el amor con una capucha, porque no quería verme la cara. Como estaba dentro de su cuerpo y sin embargo no existía para ella, mi primer lance amoroso me dejó un gusto a frustración. Después vinieron los latigazos, no dados a mí, desde luego, sino al minotauro, a Picasso, a la propia conciencia de Uninge. Yo era el que sangraba pero no el que recibía el castigo. Roció mis heridas con limón, volvió a cabalgarme y cuando se acercaba el momento del orgasmo me clavó un alfiler en el pecho. El dolor fue tan intenso que perdí el conocimiento, pero Uninge me administró sales de amoniaco para prolongar el suplicio. Había frente a la cama un cuadro de Chagall que de vez en cuando se movía hacia la derecha, dejando ver un orificio indudablemente destinado a un *voyeur:* ¿sería Heinrich Kranz o alguno de los amantes de Uninge?

Cuando ya no tenía fuerzas ni para implorar piedad, me llevaron a un calabozo donde estuve encerrado tres días. En las paredes había fotos de iconoclastas famosos: el salvaje que desfiguró *La piedad* a martillazos compartía una especie de altar con la viejita que arrojó ácido sulfúrico a *Las meninas.* Abundaban los dibujos de palomas. Uninge las adoraba, no precisamente porque fueran símbolos de la paz, sino por su excremento, que destruye las fachadas de las catedrales.

La estancia en el calabozo aniquiló mis ímpetus de rebeldía. La perversa Uninge me tenía en su poder y nada

ganaría con oponerme a sus caprichos. Al salir estaba dispuesto a obedecerla en todo, y como ella, por el momento, se había cansado de mí, lo que me ordenó fue complacer a sus amigas. Admito que cumplí gustosamente su encargo. Quien juzgue desvergonzada o cínica mi conducta debe tomar en cuenta que yo era un adolescente en pleno despertar sexual. Si participé con ahínco en orgías y camas redondas, si colmé de placer a las amigas de Uninge, si dejé que me orinaran el tatuaje y les di bofetadas y me disfracé de minotauro para cumplir sus fantasías, fue porque estaba en la primavera de la sensualidad. No me arrepiento de nada, salvo de haber permitido que me usaran de intermediario para acostarse con Picasso.

Uninge y Heinrich pertenecían a la crema y nata del hampa internacional; es decir, se codeaban con banqueros y presidentes constitucionales. De un ambiente así no es fácil salir moralmente ileso. Aprendí a mentir, a robar las joyas de mis amantes, a chantajearlas, a hacerme el remolón para que me dieran buenas propinas. Me convertí —digámoslo claro— en un vulgar prostituto. Y fue como prostituto que tuve la idea de obtener los derechos para explotar el minotauro. Seguí el ejemplo de los futbolistas profesionales, que cuando no están a gusto en un club compran su carta para venderse al mejor postor. ¿Por qué debía seguir en el equipo de Uninge si era el dueño natural de un tatuaje tan codiciado?

Huir de Alemania no era difícil, pero una vez en libertad necesitaba sacudirme a las autoridades de New Blackwood, que sin duda tratarían de hacerme volver al redil. Preparé la doble evasión con inteligencia y desparpajo. Primero sustraje del castillo de la Selva Negra una Venus de Rubens y la escondí en una cabaña abandonada. Nadie notó su ausencia. Uninge había convocado a su satánica

tribu a una fiesta que duraría todo el fin de semana. Di el pitazo a la policía, que llegó alrededor de la medianoche, cuando la coca se consumía a narices llenas. Como aún era menor de edad fui el primero en salir de la cárcel. Afuera me esperaban dos detectives. Los había enviado el alcalde de New Blackwood al tener noticia de mi captura. Por teléfono le propuse un trato: le regalaría la Venus de Rubens, una pieza mucho más valiosa que el minotauro, a cambio de mi libertad y 10 mil dólares. El tacaño se negó a pagar la compensación económica, pero aceptó el intercambio.

Tomé el primer avión a París, resuelto a enriquecerme con el tatuaje. Gracias a mi habilidad para las relaciones públicas reuní rápidamente una clientela de millonarias excéntricas que pagaban sumas exorbitantes por irse a la cama con una obra maestra del arte contemporáneo. Instalé un lujoso departamento en el barrio de Saint Germain. Recibía dos o tres mujeres por noche, poniéndolas en distintas habitaciones, como los dentistas que atienden a varios pacientes al mismo tiempo. Llegué a cobrar una tarifa extra por quitarme la camiseta y a las mujeres proclives a los arañazos les impedía tocar el tatuaje. Que sufrieran: acostarse conmigo era tan prestigioso como lucir un modelo exclusivo de Coco Chanel. Cuando juntara mi primer millón de dólares tenía pensado comprar una casa en Cannes, de preferencia la casa donde crecí, para que mi padre se muriera de rabia al verme tan próspero. No contaba con los malditos inspectores del Ministerio de Cultura.

Tocaron a mi puerta un domingo, acudiendo al llamado de una cliente despechada que no me llegó al precio. Padecí un largo interrogatorio. Habían descubierto que la transacción de mi padre con la señora Reeves era inhumana y anticonstitucional. Chocolate por la noticia,

les dije, indignado por la rudeza con que me habían obligado a mostrarles el tatuaje. Me pidieron reconstruir todo el viacrucis de mi vida, desde la venta en Cannes hasta la prostitución en París. Hice un relato melodramático, entrecortado con sollozos, en el que yo interpretaba siempre el papel de víctima: la sociedad era culpable de todas mis desgracias, me habían tratado peor que a un esclavo, etcétera. Los emocioné hasta las lágrimas. En un arrebato de cursilería, el Jefe de Inspectores me pidió disculpas a nombre del género humano.

Como lo sospechaba, el gobierno francés, a pesar de su máscara humanitaria, en el último instante me dio una tarascada. Les apenaba profundamente que personas sin escrúpulos hubiesen utilizado el tatuaje, y por ende mi cuerpo, con fines de lucro, causándome perjuicios de orden psicológico y moral. Por ello, como una mínima compensación por mis desdichas, me ofrecían una beca para estudiar una carrera técnica. Pero eso sí, un Picasso era un Picasso y tres veces a la semana tendría que posar en el Centro Georges Pompidou, donde por supuesto respetarían mi calidad humana.

Entré a estudiar Ingeniería Industrial con la ilusión de quien empieza una nueva vida. Quería ser normal, salir con muchachas de mi edad, trabajar en algo de provecho. Asistía puntualmente al Centro Pompidou, esforzándome por tratar con amabilidad a todos los visitantes, incluyendo a los detestables fanáticos de Picasso que se quedaban frente al tatuaje tardes enteras. El más fastidioso era un profesor marxista de Estética que pretendía utilizarme para fundamentar su tesis de doctorado sobre la manipulación del gusto en la sociedad burguesa. Mi caso demostraba la vigencia del ciclo *mercancía-dinero-mercancía* en la econo-

mía política de la producción artística. Tampoco para él era un simple mortal.

Habría soportado a ése y a mil cretinos más si no hubiera enloquecido al poco tiempo de ser un ciudadano común y corriente. Ocurrió que mi nueva vida, una vida sana, laboriosa y sencilla, me dejaba un profundo vacío interior. Creyendo que me hacía falta una pareja intenté relacionarme con mis compañeras del Politécnico, que nada sabían del tatuaje, y descubrí con espanto que no podía corresponder a su cariño. Esperaba de ellas el trato inhumano al que me había acostumbrado en mi larga carrera de objeto artístico. No sólo era un exhibicionista irredento, sino que había desarrollado un sentimiento de inferioridad respecto al minotauro, una morbosa complacencia en ser el deslavado complemento de la gema que llevaba en el pecho. Y esas jovencitas ni siquiera veían el tatuaje. Me amaban a mí, al hombre que nada podía ofrecerles por carecer de la más elemental autoestima.

No sólo en el amor fracasaba, también en los estudios. Dicen que el arte es inútil o no es arte y mi carácter lo comprueba. Incapaz de un esfuerzo mental sostenido, acostumbrado a la quietud y al ocio, en las aulas y fuera de ellas me dedicaba al *dolce far niente.* Puesto que mi única vocación era el reposo, prefería ejercerla en el Centro Pompidou, donde me pagaban las horas extras a 300 francos. Necesitaba estar en exhibición para no deprimirme, pero el remedio era peor que la enfermedad, pues al huir del trabajo productivo me hundía más y más en mi deplorable condición ornamental. Esa contradicción me arrojó a la bebida. Tomaba solo o acompañado, en plena calle o en los baños del Centro Pompidou; tomaba coñac, cerveza, ron, lejía, lociones para después de afeitar, vinagre. Tenía crudas espantosas, delirios en los que veía luchar a Picasso

contra Dios. ¿Cuál de los dos era el Todopoderoso? La muerte, comparada con esa lóbrega vida, se antojaba un trámite amable, una solución feliz. Rindiendo tributo al lugar común estuve a punto de arrojarme al Sena, pero en el último instante preferí los nembutales. Había ingerido cuatro cuando tuve una idea luminosa. En las últimas semanas, empobrecido hasta el patetismo, había estado bebiendo aguarrás. Tomé la botella y derramé un chorro en un trozo de estopa. Tallando con fuerza desvanecí primero los colores del tatuaje. La mano me temblaba, tuve que darme valor con un trago de aguarrás. El contorno del dibujo desapareció luego de mil fricciones dolorosas. Finalmente, sin reparar en irritaciones y quemaduras, asesiné con esmero la firma de Picasso. Había roto mis cadenas. Yo era yo.

Sintiéndome desnudo, resucitado, prometeico, fui corriendo a mostrar mi pecho a los inspectores del Ministerio. Quería presumir altaneramente mi fechoría, demostrarles quién había ganado la batalla. Pero ellos guardaban un as bajo la manga: la cláusula sexta del párrafo tercero de la Ley de Protección del Patrimonio Artístico. La encantadora cláusula dispone una pena de 20 años de cárcel para quien destruya obras de arte que por su reconocido valor sean consideradas bienes nacionales. "¿Y qué pasa cuando una obra destruye a un hombre?" les pregunté, colérico. "¿A quién habrían castigado si hubiera muerto por culpa del tatuaje?" Cruzándose de brazos me dieron a entender que no tenía escapatoria. En una camioneta blindada me condujeron a esta prisión, donde me dedico desde hace meses al kafkiano pasatiempo de escribir cartas al secretario general de la ONU, rogándole que interceda por mí en nombre de los Derechos Humanos. Como el secretario no se ha dignado responderme todavía, he decidido publicar

este panfleto para que mi situación sea conocida por la opinión pública.

¡Exijo libertad para disponer de mi cuerpo!

¡Basta de tolerar crímenes en nombre de la cultura!

¡Muera Picasso!

Créditos legales

Juan Rulfo, "No oyes ladrar los perros", de *El llano en llamas*, © herederos de Juan Rulfo.

Juan José Arreola, "Pueblerina", de *Confabulario*, © herederos de Juan José Arreola.

Edmundo Valadés, "Asunto de dedos", de *La muerte tiene permiso*, D. R. © 1955, Fondo de Cultura Económica, Carretera Picacho-Ajusco 227, C. P. 14200, México, D. F.

Sergio Galindo, "El cielo sabe", © Ángela González Naveda.

Francisco Tario, "La noche del ataúd", © Julio Peláez Farell.

Carlos Fuentes, "Por boca de los dioses", de *Los días enmascarados*, © Carlos Fuentes, 1954.

Augusto Monterroso, "Mister Taylor", © herederos de Augusto Monterroso.

Elena Garro, "El anillo", de *La semana de colores*, © Helena Paz Garro.

José Revueltas, "Los hombres del pantano", en *Dormir en tierra*, D. R. © 1978, Ediciones Era, S. A. de C. V., México.

Amparo Dávila, "El último verano", D. R. © 2008, Fondo de Cultura Económica, Carretera Picacho-Ajusco 227, C. P. 14200, México, D. F.

Sergio Pitol, "Los nombres no olvidados", © Sergio Pitol.

Juan García Ponce, "Cariátides", de *Imagen primera*, © herederos de Juan García Ponce.

Inés Arredondo, "Sombra entre sombras", © herederos de Inés Arredondo.

Juan Vicente Melo, "Estela", de *Los muros enemigos*, © herederos de Juan Vicente Melo.

Salvador Elizondo, "La historia según Pao Cheng", © Paulina Lavista.

José Agustín, "Cerrado", © José Agustín.

José Emilio Pacheco, "Tarde de agosto", en *El viento distante*, D. R. © 2000, Ediciones Era, S. A. de C. V., México.

Guillermo Samperio, "Sueños de escarabajo", © Guillermo Samperio.

Hernán Lara Zavala, "Reflejos", © Hernán Lara Zavala.

Luis Arturo Ramos, "A ti Lolita", © Luis Arturo Ramos.

Enrique Serna, "Hombre con minotauro en el pecho", © Enrique Serna.

Índice

Biblioteca del Universitario 7
Prólogo 13
Antología del cuento mexicano
de la segunda mitad del siglo xx 31
No oyes ladrar los perros, *Juan Rulfo* 33
Pueblerina, *Juan José Arreola* 39
Asunto de dedos, *Edmundo Valadés* 43
El cielo sabe, *Sergio Galindo* 51
La noche del féretro, *Francisco Tario* 67
Por boca de los dioses, *Carlos Fuentes* 73
Mister Taylor, *Augusto Monterroso* 87
El anillo, *Elena Garro* 95
Los hombres en el pantano, *José Revueltas* 107
El último verano, *Amparo Dávila* 117
Los nombres no olvidados, *Sergio Pitol* 125
Cariátides, *Juan García Ponce* 135
Sombra entre sombras, *Inés Arredondo* 149
Estela, *Juan Vicente Melo* 181
La historia según Pao Cheng, *Salvador Elizondo* 193
Cerrado, *José Agustín* 197

Tarde de agosto, *José Emilio Pacheco* 211
Sueños de escarabajo, *Guillermo Samperio* 215
Reflejos, *Hernán Lara Zavala* 221
A ti Lolita, *Luis Arturo Ramos* 229
Hombre con minotauro en el pecho, *Enrique Serna* 239

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,
Antología del cuento mexicano de la segunda mitad del siglo XX
de Mario Muñoz, título número 29 de la Biblioteca del
Universitario, se terminó de imprimir en enero del 2009
en los talleres de Offset Rebosán, S. A de C. V.,
Av. Acueducto núm. 115, Col. Huipulco Tlalpan, México, D. F.
La edición consta de diecisiete mil ejemplares
más sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado de Mario Muñoz,
Omar Valdés Benítez, Isabel Gallardo Rivera, Lucía Riveros,
Jorge Medina Viedas y Agustín del Moral Tejeda.

Con los nombres fundamentales como modelo y paradigma (Reyes, Torri, Rulfo, Arreola, Revueltas, Monterroso, Valadés), puede decirse que México es, sin olvidar las grandes novelas y los importantes poemarios que aquí se han escrito, un país de cuentistas.

Basta echar un vistazo al índice de esta antología para comprobar que nuestra tradición cuentística es rica y diversa, creadora y viviente. Se trate de Elena Garro, Juan García Ponce, Sergio Pitol, Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco, Juan Vicente Melo, Inés Arredondo, Francisco Tario, Amparo Dávila, Sergio Galindo, José Agustín, Guillermo Samperio, Luis Arturo Ramos, Hernán Lara Zavala o Enrique Serna; se narren amores desenfrenados o improbables, crueles, insostenibles o incestuosos; escenas de una infancia mágica; episodios de sensualidad y misticismo, superstición y desventura, humor y tragedia, incertidumbre, violencia o caos, todas estas propuestas se caracterizan por huir de lo establecido, lo legitimado, lo prescrito por el canon imperante en la época en que a cada autor le tocó vivir. Apuestas fuertes, valientes, que reivindican una filiación novedosa y transmiten no sólo una visión personal, sino también, y sobre todo, una tradición renovada.

En una antología, dice Borges, lo primero que se nota son las omisiones. La de Mario Muñoz, responsable de convocar a esta galaxia de fabuladores, tiene, sin embargo, un mérito cierto: el de que las inclusiones ilustran venturosamente la trayectoria que ha seguido la forma breve en México. Uno de los más antiguos cic narrativos que posee la humanidad se lo debemos a una jo que, para salvar su vida y la de su hermana, le narraba histori un tirano para embrujarlo con ellas, incitándolo a posterga ejecución capital. Es esa prórroga lo que parecen buscar narradores agrupados en este volumen en cado uno de admirables relatos.

Universidad Veracruzana

Biblioteca del Universitario

ISBN 978-607-7605-17-1